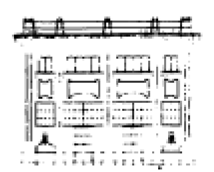

MARÍA
ZAMBRANO
LOS SUEÑOS
Y EL TIEMPO
BIBLIOTECA DE ENSAYO SIRUELA

Serie Mayor
BIBLIOTECA DE
ENSAYO 10

María Zambrano

Los sueños y el tiempo





Ediciones Siruela

1ª edición: octubre de 1998

2ª edición: enero de 2004

Colección dirigida por Jacobo Stuart
Diseño gráfico: Gloria Gauger

Plaza de Manuel Becerra, 15. •El Pabellón•

28028 Madrid. Tels.: 91 355 57 20 / 91 355 22 02

Fax: 91 355 22 01

siruela@siruela.com

www.siruela.com

Printed and made in Spain

Índice

Nota preliminar

Los sueños y el tiempo

Introducción

La vida: sueño-vigilia

La vida: sueño-vigilia

Sueño-vigilia: la ocultación

La caída

Los círculos temporales

La experiencia de la vida

El estar despierto

Del despertar

La atemporalidad

El sujeto en los sueños

El entrar en el sueño. El soñar

Ypnos

La duración y los tiempos

En lo más hondo de la atemporalidad76

La inhibición temporal

La no sincronización

El ensueño sin forma91

El ensueño de la intimidad consigo mismo.

La anunciación

La génesis de los sueños

La génesis del sueño y de los sueños

El Yo en los sueños
El vacío es el lugar del Yo
El viaje del Yo
La desposesión del Yo y el desdoblamiento
El Yo desposeído se convierte en imagen
Lo grotesco
La estructura del Yo

Sueño y realidad

La situación que engendra historias

El tránsito del soñar a la realidad
El seguirse de la realidad de los sueños
El camino de los sueños en el tiempo.
El tiempo inalcanzable
El sueño de la conciencia.
La aparición de lo mismo.
Lo ya visto

El absoluto de los sueños

El absoluto de los sueños

La verdad en los sueños
La procesión de los sueños
El sueño que se sigue

Nota preliminar

Los cinco capítulos que componen este libro inédito son como las islas visibles de un mucho más vasto archipiélago submarino. Pues la investigación sobre *los sueños* y *el tiempo* ha sido uno de los más ambiciosos proyectos de María Zambrano, que ella ha ido realizando al compás que escribía y publicaba sus libros más decisivos: *El hombre y lo divino, España, sueño y verdad, Claros del bosque* o *De la aurora;* libros todos en los que las temáticas de los sueños y el tiempo, y su relación mutua, son a modo de las condiciones *a priori* de todos sus desarrollos, sus ámbitos de visión y escucha, y de esa su más característica tensión entre la pura luminosidad y las zonas de sombra y de vida desprendida del logos que la filosofía deja tras sí y en abandono, por quedar lejos de su zona restringida de visión. Por lo tanto, este que iba a ser el último libro de María Zambrano ha sido mientras se iba, largamente, escribiendo, como el plano subyacente y silencioso o el invisible compás que trazaba el propio método de Zambrano en cada uno de sus otros libros. Múltiples esquemas, esbozos, prefiguraciones y borradores de variado tono y perfil llenaban la carpeta de este proyecto de María Zambrano. Y asimismo formaban parte de él dos tipos de escritos ya publicados con anterioridad: los que sucesivamente fueron publicándose con este mismo título, «Los sueños y el tiempo», en diversas revistas hispanoamericanas y europeas -en concreto, en sendas revistas Diógenes, tanto de La Habana como de París, ambas en 1957, y, en 1960 una nueva versión traducida al italiano por Elena Croce, bajo el título «I sogni e il tempo» en el nº 1 de la revista romana *Quaderni di pensiero e di poesia* que codirigían aquélla y la propia María Zambrano--, y un libro muy específico que ya es su primera, y pronta, afloración: se trata de *El sueño creador* que Zambrano envió -inicialmente- como ponencia al Congreso de Rougemont en 1954 y que, en forma ampliada, publicó en 1955 en el volumen de Aguilar titulado *Obra reunida,* para ser finalmente reeditado en Turner en 1986, con múltiples correcciones y ampliaciones, tareas ambas en que fue decisiva la ayuda y trabajo que generosamente, y hasta ahora en forma anónima, prestó a Zambrano Fernando Muñoz Vitoria.

Ya en ese libro se anuncia expresamente la pertenencia a un más· amplio proyecto y, de hecho, algunas partes de *El sueño creador* son puros esquemas que Zambrano fue posteriormente desarrollando, al hilo de su trabajo ya en el propiamente dicho *Los sueños y el tiempo.* Cuando Zambrano llegó a España en 1984, entre sus manuscritos inéditos destacaban cuatro proyectos prácticamente perfilados y esquematizados: *De la aurora, Notas de un método, Los bienaventurados* y *Los sueños y el tiempo.* Durante los primeros cinco meses tras su vuelta a Madrid, pude ayudar a ordenar, reescribir y dar para su publicación *De la aurora.* Otro tanto hizo poco después J. Carlos Marsé con *Notas de un método.* Mientras, recurrentemente, Zambrano pretendió adentrarse en lo que, de haber concurrido el tiempo con igual firmeza que los sueños (de María Zambrano), hubiese sido su obra más amplia, importante y clarificadora de su propia forma de pensar. Pero en este caso no fue posible, del todo, dar tiempo al tiempo. No obstante, la excelente labor que realizó Rosa Mascarell, como secretaria de María Zambrano en sus últimos años, ordenando e informatizando su biblioteca, correspondencia y todos sus manuscritos, tuvo como una de sus mayores virtualidades lograr -en momentos en que ya la salud de Zambrano impedía su total dedicación al esfuerzo intelectual- que los fragmentos que constituyen *Los bienaventurados* pudiesen ser dados a publicar, e inmediatamente, una parte de esa amplia investigación y labor de escritura que eran los manuscritos de *Los sueños y el tiempo* fuese rescatada para todos y quedase perfectamente ordenada en los capítulos de este volumen. Cada uno de ellos alberga varios fragmentos que son otras tantas incursiones por ese mundo paradójico de los sueños, hecho de inviolables secretos cifrados y de deslumbrantes manifestaciones y aclaraciones vitales. Este libro, tal como se ofrece, muestra una clara voluntad unitaria, más que ningún otro de Zambrano, sólo comparable a la de *Filosofía y poesía, La agonía de Europa* y *Persona y democracia.* Así pues *Los sueños y el tiempo* completa y aclara no sólo *El sueño creador,* sino el sentido de toda la obra de María Zambrano.

Jesús Moreno Sanz

Los sueños y el tiempo

Introducción

No es que me haya propuesto hacer la metafísica de los sueños, ni de la realidad en tanto que soñada, sino que al ser el soñar la manifestación primaria de la vida humana, y los sueños una especie de prehistoria de la vigilia, muestran la contextura metafísica de la vida humana allí donde ninguna teoría o creencia puede alcanzar, en una forma rudimentaria y aun monstruosa, en privación y en exceso, en la impotencia del sujeto y de su correspondiente conciencia, casi como antes de haber nacido. Pues el sujeto está en sueños privado de lo que el nacimiento da ante todo, aún antes que conciencia: tiempo, fluir temporal.

En sueños aparece la vida del hombre en la privación del tiempo, como una etapa intermedia entre el no ser -el no haber nacido-- y la vida en la conciencia, en el fluir temporal. En esta situación intermedia no se tiene tiempo todavía. Todavía porque el sujeto que la padece, sólo moviéndose en el tiempo alcanza su realidad, sólo entonces se apropia de la realidad que le circunda en la forma típicamente humana dada por el disponer de sí mismo. Bajo el sueño, bajo el tiempo, el hombre no dispone de sí. Por eso padece su propia realidad.

Cuál sea esta realidad propia de lo humano es cosa que puede perseguirse, irse vislumbrando en el aparente laberinto de los sueños; laberinto que resulta ser viaje, aunque fragmentario, interrumpido, interferido y recurrente. Se trata pues de perseguir una línea y, más que línea, una dirección unitaria a través del mundo de los sueños que se dan en discontinuidad, a los cuales falta la continuidad de la vigilia, siendo ello por principio la nota que distingue a los dos estados polares de la vida humana, el hemisferio de la claridad y el de la sombra —sombrío por privado de tiempo.

No puede decirse que el que sueña esté privado de la realidad, libre o fuera de ella absolutamente, sino que la padece, que está bajo ella; que no puede ni contenerla, ni ordenarla, que está privado —lo que le permite tratar con ello adecuadamente, adecuadamente a sí mismo, a su propia condición—, desposeído de sí, enajenado en la realidad que le invade. Enajenado por carecer de tiempo, en sueños. Enajenado en la vigilancia por haber de andar en el tiempo, más libre y consciente. Mientras que en sueños, perdido en la realidad, aun en la suya, puede dejarla aparecer sin interferencia ni sombra por momentos, sólo por momentos. Pues que si el hombre entra en la vigilia por el despertar es porque en el sueño inicial que parece ser su vida primera, no puede alcanzarse a sí mismo, a ser sí mismo. Porque si la vida es sueño, es sueño que pide despertar. Enajenación inicial de alguien que busca identificarse. Y de ahí la angustia subyacente bajo los sueños, aun los felices. Pues que el sueño pide realidad.

Y el que sueña pide salir de ese estado en que, desgraciado o feliz, yace como larva en su capullo. De ese estado de inmanencia, que no parece ser propio de la vida humana. Pues si la idea inmanentista acerca del hombre correspondiese a la realidad, la vida sería como los sueños; la realidad, la circundante y la propia, sería solamente padecida, comentada como lo es en sueños, anotada, deformada, entrevista. Y aun las acciones con ella y aun sobre ella tendrían la misma condición: serían igualmente padecimiento, pasividad.

Padecimiento, ¿de qué? Pasividad, ¿con respecto a qué? Es lo que cabría preguntar a los representantes de cualquier especie de inmanentismo. Pues si el hombre padece esencialmente algo, es su propia trascendencia, su propio inexorable trascender. Y esto no nos es posible decir que haya sido encontrado al examinar el mundo de los sueños. La realidad de los sueños y la realidad en sueños. Pero sí que en ella se deja captar. No ha sido en ella encontrado, pero sí en ella descubierto. Se descubre, o queda al descubierto más bien, en calidad de fenómeno, que el hombre es el ser que padece su propia trascendencia. Pues no es posible que tal condición de su ser quede oculta y como aparte de las manifestaciones más elementales y espontáneas de la vida. Lo que el hombre sea ha de ser visible, legible en su vida.

Es pues un fenómeno lo que aquí se intenta penetrar o, más bien, descifrar. Fenómeno en lo que tiene de aparición del ser -y de apariencia que lo encubre-. Encubrir que tratándose de un suceso de la psique no es simple encubrir, sino enmascarar, fingir, sustituir y suplantar. (De ahí que encontremos al descubierto el mecanismo de la mentira y aun de la calumnia.) El punto de vista de estar tratando con un fenómeno primario traza por tanto el camino a seguir en esta investigación. Camino, método, que no es sin embargo el llamado fenomenológico debido a Husserl. Por varias razones: ante todo porque aquí no es necesario practicar la *epoje* acerca de la creencia en la realidad. Tratándose del mundo del

sueño hay que esforzarse más bien en lo contrario, en concederles realidad, la suya, pues que nos enfrentamos con él desde la vigilia, en la cual aparecen destituidos para la conciencia que los rechaza o simplemente los descalifica.

Mas en realidad no existe este problema, ya que la realidad que nos esforzamos en admitir de ellos es, en realidad, propia de una parte de la vida, su parte en sombra. La diferencia pues con el método de Husserl reside en un punto que se mantendría igualmente si se tratase de un fenómeno de la vida de la conciencia plena. Y es justamente el no mantenimiento de la *epojt,* la no reducción fenomenológica, que ha conducido el método de Husserl así practicado -no nos referimos a su último pensamiento--, pues se trata justamente de perseguir y señalar los elementos de realidad aun dentro del sueño mismo. Realidad en el sentido de realidad sin más, como se da en la vigilia, y realidad en sentido absoluto, real sin discernimiento alguno.

Si a la vigilia queda reservado el sentirse en la realidad, entre ella, en los sueños, no más se entra en su hueco, se entra en el absoluto y cuando aparece algún punto de realidad es con este carácter de absoluto que sólo en momentos extraordinarios acompaña a acontecimientos u objetos reales en la vigilia. Si en sueños se da algo real es real absolutamente por falto de sometimiento al tiempo que fluye, como sucede en la vigilia cuando se suspende el fluir temporal.

La suspensión pues, la *epoje* a practicar aquí, está dada ya por la materia misma; es la *epoje* del tiempo sucesivo. Los sueños no nos permiten más que practicarlo, asistir a él. Lo que sería imposible de hacer, y aun de pensar, si sólo contásemos con nuestro mundo diurno, donde nos movemos en un tiempo que no nos lo permite o, más cautelosamente diremos, en una dimensión del tiempo que se hace a la manera de un camino para este ser que padece su propia trascendencia, su propio pasar, ir pasando, ir pasando a, hacia; su rebosar del absoluto inicial de los sueños y del pasar de la vigilia.

En sueños pues, se nos da la imposibilidad de vivir y de ser, de actualizar enteramente lo que somos, agobiados, impotentes bajo algo absoluto. Y absoluto es el carácter atribuido desde el primer momento al Ser desde Parménides. No es por ello real este absoluto dado en sueños. Constitutivamente es irreal. Irreal porque en él el hombre no puede valerse, falto de tiempo y libertad. La vida delira reprimida, se derrama sin cauce, se sobrepasa como si tendiera espontáneamente a ir, a marchar hacia, bajo lo absoluto y despierta por el grano de realidad que a veces emerge —salvadora, aunque amenace—, y el sujeto humano, aun sin valerse, resiste. Entre estos dos absolutos, que aparecen separados, la vida se revela y aun se rebela en su fragilidad. La vida, un soplo, un aliento, apenas nada. Mas nunca nada, la nada.

Fenómeno pues, fenómeno de algo absoluto que se nos muestra sin más, impregnando todo suceso. Mas bajo él, la vida del que padece esboza realmente y mima por momentos su propia trascendencia.

La vía de acceso a este fenómeno ha de ser lo menos imperativa posible; ha de dejar ver, dejar aparecer. Mas sería inútil y nada leal pasar por alto el carácter de este fenómeno, en el que la psique se manifiesta *libremente,* por así decir, cuya licencia de andar por el tiempo no requiere descifrarse. Justamente es eso lo necesario: descifrar y no explicar. Pues lo que inicialmente sorprendemos del sujeto humano es también fenómeno. Es por tanto una fenomenología del sujeto privado de tiempo, de lo que de él brota incoerciblemente ante el contacto nudo con eso, con ese absoluto con el que se las ve a solas, fuera de su medio. El medio del sujeto humano que es la temporalidad. El medio donde vive adecuadamente a su condición actual -actual, presente, pues cabría imaginarlo en otra-. Al igual que en sueños yace sin tiempo, podría encontrarse en otra condición que no fuera tampoco la de la vigilia. Y aun podría suponerlo en otro tiempo, en otra dimensión del tiempo totalmente desconocida o bien insinuada, desapercibida para el hombre que atiende a lo que tiene que hacer en el tiempo o con el tiempo, más que a ese tiempo, más que a cómo se las vale en ese tiempo y las dimensiones que en él se le abran. Pues visto desde la atemporalidad del sueño, el tiempo es ante todo apertura, vía de acceso y vía en que marchar. El tiempo que abre al que padece su propia trascendencia la posibilidad de actualizar esa unitaria contradicción; que si no la hubiera -contradicción- no habría vida; que si no la hubiera -unidad- no habría *esa* que la vida ve como suya.

Si el tiempo oculta y separa, diversifica, analiza y abre a la vez, quizá quiera decir que el tiempo sea camino no sólo para marchar en él, sino para conocer en él, para conocerse en él. El tiempo clave.

El descifrar antes indicado pues, no se refiere al contenido de los sueños tal como se ha venido haciendo primero por las antiguas y más o menos serias claves de los sueños, y en la época moderna por Freud y sus seguidores. Lo que nos permite descifrar los sueños es el tiempo y ellos a su vez permiten acercarse al tiempo tal como *es* vivido por el hombre. *Que* lo descifrado pues entre *los sueños* y *el tiempo* es la vida humana, la vida de aquel que padece su propia trascendencia.

El padecer, la pasividad se ofrece casi pura, y aun pura, bajo los sueños; no ha desaparecido por ello el ineludible trascender del sujeto sometido a esta prueba. En los sueños, pues, aparece un cierto comportamiento del sujeto, y *en* este sentido hasta cabe hablar de una cierta ética del soñar o de una ética en sueños, que no puede referirse en principio a la calidad, ni aun a la significación de las imágenes que la tengan, sino al comportamiento del sujeto privado de tiempo, a la acción que en tal desvalimiento intenta realizar, a cómo acepta su esclavitud y a cómo se mueve aun sin poder moverse. Y la condición del sujeto humano es tal que todo intento, aun fallido, de realizar una acción trascendente, un verdadero movimiento, acaba por *ser* eficaz. Pues resulta ser un ejercicio de su condición. Y valen más los intentos aun fallidos para encontrar la libertad, que la libertad misma cuando se goza de condiciones para ello, desde un punto de vista ético, en sueños y hasta en vigilia.

Este comportamiento del sujeto bajo la atemporalidad del sueño, privado *de* su medio de acción, no ha de ser necesariamente un rebelarse contra la esclavitud de su situación rechazando lo que el soñar le ofrece, al fin cosa suya o que dentro del recinto que le es encomendado se produce, aunque sean las balbucientes y a menudo mentirosas historias urdidas por la psique. La eficiencia no estriba en romper el espejo, por oblicua que sea su superficie, sino en insinuarse, en ir insinuando la conciencia, en ir abriendo dentro del mismo mundo onírico —la realidad hermética y absoluta- un camino o esbozo de penetración. Después de todo como ante la realidad sucede; la realidad que tan a menudo se nos vuelve extraña, inaccesible, justamente cuando más se acentúa su carácter de realidad. Entonces en la vigilia se está en un sueño.

Mas, conviene señalar que tal situación -en la vigilia- no tiene lugar cuando algo se destaca con carácter de realidad simplemente. Es necesario para que se produzca que este algo exceda la capacidad del sujeto, que venga a quedar asfixiado, o bien que la realidad se presente toda ella totalmente: la aparición de algo real con carácter de absoluto.

Apenas es necesario enunciar que la relación sujeto-objeto, o más bien sujeto-realidad, no se da en los sueños con la distinción que en la vigilia,

que no está declarada en sueños por principio. Y cuando acontece, es porque el sujeto se ha proyectado en un personaje al que intenta mover el sujeto real, como el autor a sus personajes o en el que ha cedido algo de sí mismo raramente. Hemos de subrayar la situación de padecimiento máximo, de pasividad habida en sueños, por lo cual su examen significa tomar de raíz la condición humana que es la de padecer su propia trascendencia. De raíz fenomenológica, como la primera y última manifestación irreprimible, como la sombra que el sujeto no puede reducir enteramente ni enteramente absorber en su vigilia, como el peso y el poso de ese su ir, su trascenderlo todo que una y otra vez recae. Marca y señal de la resistencia que se mantiene aquí, inexorablemente.

El hombre es el ser que padece su propia trascendencia. Y, por tanto, padece su realidad: la suya y la realidad en tanto que le es dada, que le concierne. Pero claro es que la realidad le es dada en tanto que le concierne, que es en cierto modo suya, aunque le resista. Mas aun si le resiste es porque le es dada a él, porque con ella se enfrenta ya desde el principio como sujeto. Como sujeto que no es simplemente un soporte, un punto fijo, una cosa o un ser acabado y fijo, ya completo, sino como un núcleo viviente que va más allá de donde está, que tiende a ser más allá de lo que es, que se sobrepasa. Un alguien —ser y no-ser a un tiempo— que trasciende y aun se trasciende. Pues si no se trascendiera a sí mismo, no se habría de padecer a sí mismo, a su realidad. Y este inexorable trascender se le manifiesta a sí mismo como esperanza.

La vida es este haber de trascender que se revela como esperanza, cuya primera manifestación, fenómeno, es la esperanza. El hombre es el ser cuya primera manifestación es la esperanza. La esperanza y no el instinto, y no la inteligencia, que puede ser interpretada, si se la desgaja de la sustancial esperanza, como un instinto privilegiado, como un simple instrumento en la lucha frente al medio. Y puede el hombre ser considerado así como un animal inteligente que extiende y universaliza su dominio en un medio más amplio. Y al decir «animal» nos referimos a la idea del animal como organismo fijo, como una especie de máquina de vivir. Todo ello procede de una concepción mecánica de la vida. Mas que la vida tenga un estrato mecánico no revela el que sea la vida, sin más.

Este padecer la realidad y este excederla se encuentran en la esperanza y revela la estructura metafísica de la vida humana. De la vida a causa del sujeto que la vive, antes que de ella misma. O quizá el ser hombre sea la vía de acceso para descubrir la estructura metafísica de la vida, el lugar donde se revele sin más que aceptar finalmente la condición humana.

No le es accesible al hombre penetrar en el interior de la realidad que le rodea. Pero la conoce interiormente. Interiormente, y no «subjetivamente», como si estuviese sumergido en el corazón de la realidad. Y al mismo tiempo a ella extraño.

En el subjetivismo no hay extrañeza ninguna, diferencia ninguna ni resistencia alguna *de* lo real *que se* da sólo dentro del sujeto hombre, sea sujeto empírico —psicológico— o absoluto —idealismo—. Lo *que* decimos *es* más bien lo contrario: no *que* la realidad *se* le ofrezca al hombre subjetivamente sólo, *en* su interior, como si él la abrazara y aun constituyera, sino que *es* el sujeto quien *se* alberga dentro *de* la realidad, *en* el interior *de* ella y es por ella rebasado, por ella envuelto. Por ella rodeado y cercado. Mas *en* modo singular.

Pues no está constituido por la realidad *en* tanto *que* apa*rece,* por la realidad *que* se muestra ante él. Mas, *¿de* dónde sale *este* mostrarse de la realidad? Si *fuese* cierto lo *que* enunciamos, *que* el hombre como sujeto está enclavado *en* el interior de la realidad, y aun en su corazón, o no le sería visible o se lo sería en modo íntegro. Llegaríamos por este camino que enunciamos como contrario también al idealismo, a la conclusión del *saber absoluto,* de la absoluta visibilidad de lo real, de su total aparecer. A este ser enclavado *en* el corazón *de* la realidad todo le sería presente.

Y al hombre no se lo es, presente del todo, sino que ni siquiera le *es presente* aquella realidad *que* le invita y concierne, ni siquiera aquella que *se* le aparece, pues *se* le aparece en modo discontinuo, fragmentario, alternante. Y no sólo le resiste sino que se siente a ella extraño. Extrañeza que se abre cuanto mayor es su distancia y su conciencia con ella. Dentro de la realidad y *de* ella divorciado, por ella cercado y en inexorable trascenderla. Como si ella, la realidad en su fondo, le abriera un hueco al que no ha ido todavía, un lugar aún no ocupado y que sería su completo acabamiento; lo que es el cese del trascender y del padecer gemelos. Como si estuviera desplazado. Mas no como siendo ya lo que se ha de ser, lo que se tiende a ser, sino por no serlo todavía. Por no serlo todavía y no serlo ya, pues si no lo fuera podría renunciar y cesar ya en su trascender y *en* su padecer. Y quedar así exterior y aun extraño a aquello *que* le rodea, vaciado de intimidad. Sin un dentro, sin ser sujeto en ningún sentido. Sin memoria y sin futuro. Sin tiempo.

El tiempo, el modo en que el hombre vive el tiempo y vive en el tiempo, depende de ese trascender inexorable. De este estar dentro de la realidad, por ella circundado, y de esta exigencia de atravesarla para ir ganando otras capas de realidad; y más allá de la realidad, del ser que con ella no coincide.

Si el hombre estuviera rodeado de ser, sin ser él, sólo padecería como en sueños, sin jamás despertar. Sería, por definición, el infierno. Si el hombre estuviese rodeado de ser siendo ya él, con-siendo, no habría padecer alguno. Pura actualidad, mónada una y diversa, en el centro del ser, aunque él no fuera el centro. Y la lograda trascendencia no sería ya trascender. El tiempo sería el eterno instante en que algo se actualiza, el sólo, único, instante. No la inmovilidad, sino el puro movimiento sin etapas.

De un lado pues, el solo padecer, la total pasividad; de otro, la actualidad sin padecer alguno: el ser ya. Mas la situación efectiva del hombre es padecer y trascender, y no sólo padecer, sino padecerse; soportar la carga de su pasividad.

Que esta pasividad no sea un simple estar inactivo o un

simple no ser; que al no ser todavía, la pasividad tiene acción, se manifiesta. Esta su pasividad es actuante; no es muda ni invisible; tiene carácter positivo, se mueve. Con sólo que esta pasividad se manifieste, se haga ostensible, hay ya padecer, sufrimiento en el ser en quien esto acontece. Quizá la diferencia esencial entre animal y ser humano sea esta revelación de la propia pasividad; si al animal le fuera presente, dejaría de serlo, o bien tendríamos que modificar nuestro concepto que de él habemos.

Esta revelación o presencia --en diferentes formas- de la

propia pasividad, trae el padecer, el padecer a causa de ella, por ella, independientemente de los ataques del medio ambiente. Si es que así puede pensarse, pues que el medio ambiente afectaría de otra manera a un ser a quien su pasividad no le fuera presente (por ejemplo, se vería libre de humillación).

Pero la pasividad se le revela al hombre porque no está implemente, porque no consiste en un yacer, en un inmutable estar ahí que se muestra y se hace presente. Esto sucede en ciertas situaciones extremas, en las que el sujeto se hunde por así decir; se hunde pues se trata, este yacer, de un movimiento, de una situación. Porque tal pasividad se manifiesta, se hace presente porque s.e mueve. Es el sujeto quien la hace moverse. Es movida, su estado *natural* no es de reposo tampoco; por sí misma si no se mueve, se agita, está en tensión, en apetencia. La pasividad se da en la psique ante todo; allí yace el sujeto, allí se entierra en esos estados extremos a que hemos aludido. Lo propio de la psique es la avidez. Una tensión que puede ser, y es con frecuencia, agitación, algo más inferior aún que la *orexis* aristotélica. Pues en la *orexis* la avidez ha penetrado ya en la conciencia. La *orexis,* el deseo, es la pasividad que ha ascendido a un cierto grado de actividad: por eso *es* ya movimiento.

La vida: sueño-vigilia

La vida en el reino animal ofrece una alternativa que no deja de ser extraña, aunque no suela despertar extrañeza, y es la relación, nunca abolida, de sueño y vigilia. En el hombre, al menos en el sometido a cualquier civilización, la alternativa se fija en una relación que sigue en principio a la presencia y al ocultamiento del sol, como si la condición planetaria alternativa de luz y sombra rigiera también la vida que se da en él; como si la vida nacida remotamente en esta alternativa la repitiera siempre dentro de sí misma, dentro de los seres vivientes, cobrando mayor intensidad y aun significación según se sube la escala de la individualidad. Y allí donde la claridad, comparable a la de la luz solar, de la conciencia y de la razón esplende, se adensará el otro lado, el de la sombra. Se adensará de una curiosa manera, aclarándose, poblándose, ofreciendo algo así como otra vida, otra vida en sombra, que cuando se rasga es por otra luz; que cuando se aclara es siguiendo otro proceso.

Instalado en la vigilia, viviendo de verdad desde ella, el hombre siente la otra vida en sombra, aclarada por los sueños o no, como la infravida y, a veces, como la supravida; irreal en los dos casos, aunque no de la misma manera, pues cuando se trata de la *supravida* renuncia, obligado eso sí, y cuando se trata de la *infravida* se aparta o la deja olvidada.

No se tiene memoria de los sueños, aunque algunos se recuerden: quedan entonces fijos como islas, y resulta difícil situarlos en el tiempo de la vigilia y si se hace es de un modo externo. Caen en el olvido más extremo, en un género de olvido en que caen ciertos acontecimientos extraordinarios y, lo que más cuenta, el raudal diario de la vida, en el que cae toda la vida excepto esa línea, esa figura que el sujeto extrae como una línea mesurable, donde es posible medir, comparar, como un drama donde las escenas, los conflictos y los desenlaces se dibujan claramente, mas el resto, casi todo, el fondo de las horas vividas que aparecen como «la

realidad misma de la vida» mientras se viven, caen, y aun se abisman como los sueños, el sujeto las deja irse y aun se desprende de ellas, de ese fondo permanente, ese que podríamos llamar el *continuo* de su vida, lo deja irse, abismarse, salvando de él sólo aquello que le parece necesario para un mañana, aquello también que le parece digno de sí mismo, a su altura.

No ha sido tenido en cuenta por Freud al estudiar el mecanismo de la inhibición, como si ella dependiera tan sólo de una moral social ante todo y no de la contextura de la vida misma o del modo de estar el sujeto viviente, el hombre en este caso, en esa su vida: no habitándola por completo, no enseñoreándola por entero, enseñoreándola sí, para disponer de ella, para extraer de ella un asunto, un argumento, una continuidad en suma bien diferenciada de la continuidad vivida: tratando a su vida como un continuo del que se extrae una continuidad establecida, lograda a través de la discontinuidad y aun de la alteración temporal.

Este fondo, este continuo de la vida viene a ser tratado así como un sueño, como un inmenso sueño. Y cuando algún trozo de él se hace presente a la conciencia, asciende hasta ella al modo de un sueño o la ilumina como un sueño también; mas sólo en el caso de que se trate de algo ininteligible para el sujeto, de algo que se le aparece sin sentido o excesivamente cargado de él, queda como un sueño, fijo, absoluto: punto ciego o estrella. Mas lo que importa advertir es que este pasado genérico vivido en la vigilia cuando fue presente, es tratado como un sueño, siendo como es lo vivido en la vigilia de una estructura tan diferente a la de un sueño.

Existe una zona intermedia entre vigilia y sueño, a señalar

por el pronto, y son las horas, los días, los años que parecen sólo destinados a pasar, lo que se llama la monotonía del vivir. En ella el sujeto se siente perfectamente asentado, seguro, albergado y aun establecido. Y este no cambiar de las circunstancias y de las situaciones da a lo en ellas vivido el carácter del pasar, del pasar simplemente, como si el tiempo sólo hiciese eso, pasar, pasar sin fin entre lo que no pasa. Y la imposibilidad y lo innecesario del abstraer de este continuo pasar argumento alguno, lo va reduciendo en el recuerdo en algo así como un simple hito o como una cifra lo más. Este no ofrecer materia, no ofrecerse como materia, a la abstracción convierte por exceso de estabilidad a la vida en algo donde la realidad se hace fluctuante, incierta. Y este pasar viene a ser vivido como un sueño, como un sueño que no pasa. El tiempo que pasa solamente se precipita o se desliza más bien en un abismo, en el abismo de lo no vivido del todo. De lo no vivido del todo porque le falta algo: ser memorable.

Aparece pues el vivir escindido entre claridad-vigilia y sombra-sueño, con su desgarramiento en el soñar. Y esta escisión que parece esencial, definitiva, señaladora de la estructura primaria de la vida humana, deja ver de inmediato otra aún más radical, aún más señaladora, que penetra también la vigilia: el abismarse de la vida, el abismarse de lo vivido, el irse

quedando el sujeto sin aquello que vive. Y la necesidad de retenerlo de algún modo, retenerlo que es en verdad salvarlo: salvarlo de ser sueño, de caer en la condición del sueño si no deja huella, si simplemente pasa y se va, de salvarlo de ser soñado si no se fija.

Mas fijarlo solamente sería darle cuerpo a esa sombra, darle cuerpo *de* imagen memorable, ampliar el sueño, totalizarlo, cerrarlo también al no dejar escapada alguna, abertura alguna *en* el fluir. Instalarse *en* un tiempo compacto donde todo al fin vendría a ser contemporáneo. Sería un continuo sin discernimiento *que* impediría con su presencia el atender al juego del vivir que sería solamente un almacenar, un atesorar «materia» vivida y, más bien, vivible. Y en esta igualitaria condición, en la que todo es conservado igualmente, nada sería rescatado. Soñar no sería entonces posible, ni necesario.

El que sea posible el soñar no es cosa a probar. Sí lo es *en* cambio el probar esta posibilidad en función de la necesidad deducida *de* la estructura *de* la vida humana. Digamos la validez y legitimidad del soñar. No ya *de* que sea aprovechable, cosa *que* ya se ha hecho y se está haciendo en grande y aun *en* excesiva escala, sino *que* sea simplemente, de *que* suceda así y de lo *que* el ser *en este* suceder revela.

Se trata pues de incluir los sueños y el soñar en el conocimiento de la vida humana, cumpliendo así la ley común de todo conocimiento que deshace el camino del olvido y de la espontánea abstracción: de incorporar a la experiencia este campo *en* sombras, esto «otro» que la vigilia, esta especie *de* réplica *de* la conciencia y que no es sino la súplica *de* todo lo vivido por llegar a ella. Y no hay otro modo de ganarlo para la experiencia sino abordando la validez de aquello que vaga fuera de ella, suplicante y amenazador.

Y no hay otra forma *de* abordar la validez *de* algo vivido que no sea en función de las formas trascendentales de que esta humana conciencia dispone: espacio, tiempo ante todo, como «formas de la sensibilidad». Mas tratándose de algo como los sueños que no sucede fuera, cuya existencia y realidad *se* dan únicamente dentro del sujeto, es el tiempo sin duda alguna la forma de la sensibilidad únicamente apta para ofrecerles este conocimiento, *este* albergue, esta posibilidad que en su validez los transforme en experiencia. El espacio, la falta de espacio propiamente, viene referida al tiempo, como *de* otra parte sucede *en* la vigilia con la percepción *de* la realidad. Un análisis fenomenológico *de* la realidad muestra *en* los primeros pasos cómo el espacio *es* una necesidad originaria, sí, mas como forma toma su *sustancia,* por así decir, del tiempo, del modo como el sujeto está situado en su tiempo.

Es el tiempo la raíz de toda experiencia. Experiencia quiere decir aquí *autognosis*, percatación —término de Ortega—. Mas percatarse no ya de algo que el sujeto tiene ante sí, sino percatarse —como fundamento de todo percatarse de algo— de estar aquí, *de* estar incorporado al lugar *en* que el

sujeto habitaba: su cuerpo, *desde* donde limitado, encerrado y defendido a la par, asiste y *se* sostiene la pre-existencia. *Se* da pues el tiempo antes y como condición del existir o del *ser entre* la realidad, como posibilidad-realización. Y no sólo *de* la vida vista *desde* fuera, medida por el tiempo, extendida por la duración, sino *de* la vida *de este* privilegiado viviente para el cual el tiempo existe, *este que puede* decir *el tiempo existe para mí* y no sólo *hay tiempo* o *existe el tiempo.*

Y por ello, *este que puede* decir *el tiempo existe para mí puede* y necesita rescatar su pasado *que* es, en principio, no lo *que* fue, sino lo *que* ya no es: el no-ser de lo vivido: *desde* lo positivo del tiempo *que se* abre y *se* ofrece, del tiempo *que* llega, rescatar lo por él llevado: completar así el tiempo. El tiempo *se* hace así vehículo *de* libertad. Y ello por necesidad del sujeto *de* recorrer su vida y la vida *en* donde la suya alberga —que ninguna vida deja *de* estar albergada por la Vida—, por necesidad *de* vivirla lo más enteramente posible, *de* enseñoreada como verdadero *sujeto de* ella, a lo cual el término persona parece *ser* el más adecuado y conveniente.

El tiempo sería así convertido *en* camino de libertad. El tiempo, *lo otro,* según *el* sentir inmediato y más aún según la concepción negativa —una concepción secular dada por supuesta, sembrada aquí y allá como supuesto especialmente de tantas morales—. Como si lo propio de un sujeto activo, dotado de autognosis, no fuera el rescate -la percatación- de todo lo que se le presenta como *lo otro,* lo negativo, el lado en sombra, la mitad sombría por donde le es necesario a esta actividad que es libertad dar la vuelta, pasar por ella. Pues claro está que al traer a la conciencia, a la experiencia válida, lo otro, lo sombrío —eso que hemos dicho que suplica y clama—, no sólo se le hace pasar ante el sujeto vigilante sino que el sujeto pasa por ello también, de lo cual quizá sean símbolo todos los poéticos descensos a los infiernos.

La poesía, sin esperar a que la validez, la experiencia de «lo otro» y lo negativo en todas sus especies fuesen establecidas, ha seguido al sol en su camino procurando espejar lo que alumbra invisiblemente para los abandonados por él en su carrera, ha entrado en este tiempo sombrío y lo ha procurado rescatar y se ha deslizado hacia abajo, por la raíz del tiempo, por el laberinto que se abre no más se deja el tranquilizador tiempo de la conciencia, el apto para la formación del concepto —que por otra parte no nacería sino por el beneficio de un átomo al menos de su detención, o de su ensanchamiento—. Pues que el tiempo puede ser transitado de muchas maneras.

Queda el fenómeno de los sueños y del soñar incluido en otro aún más amplio que lo envuelve: el del abismarse de lo vivido y su rescate. El perderse constitutivo de lo que el hombre vive sin más. Pero no solamente, pues que el abismarse de lo vivido como cosa de la vida humana tiene otro grado en el que el hombre tiene su parte: el de la ocultación; como el de perderse, el perderlo y aun el destruirlo. Aquello que sucede fatalmente puede suceder luego activamente, aquello que el hombre padece es

ejecutado por él. Ya que el hombre es la criatura que no se limita a estar como está ni a ser como es en una cierta situación, sino que ejecuta aquello mismo que padece —hasta cuando es sufrimiento, hasta cuando es daño, hasta cuando es muerte—. Se le va lo vivido, se le pierde aun antes de ser vivido enteramente y en él su libertad lanza hacia el no-ser, abisma su propia vida en el caso límite; lo que más quiere, estima o cree necesario lo abisma y, en grado menor, lo oculta. Lo oculta, es cierto, para descubrirlo. O más bien, por el pronto lo descubre tras de haberlo ocultado, perdido o negado. Necesita negar para creer. Y necesita, por lo visto, creer aún más que ver. Sólo cree en lo que un día, un tiempo, estuvo escondido, o anduvo desconocido. Y necesita afirmar lo que un instante fue negado, abismado en esta manera que es más que pérdida todavía: destrucción. Y pasar por todos los círculos de los infiernos de la negación, desde la simple desatención al no-ser, a la afirmación del no-ser, para después extraerlo penosamente en el conocimiento y en la fe, que por eso todo conocimiento va siempre acompañado por ella: todo conocimiento es un acto de fe, que ha debido pasar por un momento oscuro, tan oscuro que puede ser su muerte. Como si el conocimiento, la experiencia en sentido genérico, fuese vida de segundo grado, vida resucitada. Lo cual es acción en el tiempo, libertad en el tiempo, libertad que ha seguido la curva máxima de la fatalidad.

Dentro de este vivir humano, la inhibición originada en nociones morales es un caso particular y minoritario, es lo que podríamos llamar condenado por juicio moral, que también se condena por otra clase de juicios. Parece innecesario afirmar que los sueños nacen de este funcionamiento de la vida humana que primero por sí misma, automáticamente —necesaria, fatalmente—, y luego por la libertad humana, se ejerce ante todo como en una prueba, en sentido negativo. Los sueños son un caso de rescate y aparición de lo oculto, de lo perdido, de lo abismado. Los sueños son, ante todo, La revelación de una ocultación espontánea —automática— o realizada por el hombre: de lo que el tiempo es en su ambigua condición reveladora-ocultadora, esa presencia que salta en el instante para hundirse sin más, de eso que se extiende y dura para irse, estarse yendo; nacidos luego de ese libre echar a perder, abismar y aun nadificar tan propio del sujeto que en su libertad prueba a perderlo todo, perderse con todo. Revancha de la libertad frente a la esclavitud en su condición humana. Necesidad de perder para rescatar lo perdido de un modo más indeleble, de un modo que no sea ya el simple ha sucedido o está ahí, sino el no puede dejar de estar dado por la discontinuidad de la ausencia, de la temporal muerte que fue vivida como la definitiva, intersección de la muerte en la vida, como si el sujeto llamado persona, el activo y no sólo paciente, tuviese necesidad de probarse en ella. Muerte de forma total, como unidad de todas las posibles negaciones: la del no-ser a lo que se presenta como siendo, la de la desaparición a la realidad, la de la pérdida para lo valioso y amado. Juegos todos que se pueden realizar en el tiempo, contando con el tiempo, y aun sabiendo transitar con él, mientras no se llegue a alguno en el cual el tiempo quede abolido ya totalmente: el tiempo, este que se nos ha dado. Pues la ilusión puede ser, la ilusión que

envuelve y engaña a la esperanza, el negar el tiempo, todo el tiempo, esperando rescatarlo después, encontrarlo rescatado, resucitado. Y sin llegar a ello, encontrar de nuevo, resucitado, lo que se destruyó en el tiempo y que no puede vivir fuera de él, lo que no es apto para resucitar en una fe que planee sobre todas las formas de nuestro tiempo. El tiempo no ya como forma de conocimiento, sino lugar donde lo que es sucede: lugar de todo suceso.

Tienen los sueños en su primer aspecto, el de la revelación de una ocultación habida en modo automático, espontáneo, meramente temporal, la comunidad con la vida toda visible. Sueña el animal también, ya que él se mueve o es movido por el tiempo, llevado por el tiempo. ¿El tiempo pasa por él o él pasa por el tiempo? ¿Es criatura suya, que el tiempo absorbe y se lleva? ¿Su vida obedece ciegamente a ese pasar del tiempo, a esta su condición negativa, fragmentaria, devastadora, anuladora? Sea o no enteramente así, el fenómeno del soñar tiende como un puente que establece una comunidad, o la manifestación de la vida humana, con la vida, con lo que en el hombre hay de naturaleza, de vida biológica, cuerpo vivo que obedece a la condición planetaria de la ocultación y la revelación, de la luz y la sombra: del estar presente y del ausentarse, mimesis, alternativa que se inscribe en la más amplia de la vida-muerte congénita con la corporeidad. Lo que la vida tiene de cuerpo, sustraído con frecuencia tanta a la consideración del pensamiento en su rigor, como olvidado también, ya que el haber un cuerpo permite el olvido de ello, cuando el sujeto asciende a su máxima actividad pensante, pues también aquí encontramos que la máxima actividad humana se ejerce a costa de la negación, del olvido. Y el cuerpo a solas, dejado, se despierta, llama soñando, se presenta en sueños: el animal, el simple viviente, y aun dentro del animal, el cuerpo material, el cuerpo hecho, integrado en lo que se llama «materia», integrado por organismos que obedecen y se ocultan en la unidad del organismo animal, del sujeto biológico. Y en ellos, la «materia» que de común con lo vivo tiene lo no vivo —lo no vivo ya o lo no vivo todavía—: la comunidad con lo que hay, con lo que la vida descubre y el tacto sugiere, con esa «materia» que se ofrece pasiva y extraña, distante, y que de algún modo el viviente arrastra, la materia sustraída a ese depósito, a esa remota arcilla, a esa inicial mezcla. El viviente arrastra esa mezcla y entre todos, el que vela, el hombre, sujeto activo sobre todos, impar, participa por ella, y no sólo por el conocimiento, en todo el universo. Y viviendo a costa de ella también, la olvida, la olvida con sólo estar vivo. Llevar hasta ella la autognosis, sería llegar a las puertas de la muerte.

Son, pues, los sueños el fenómeno más espontáneo, por un lado, más total y de mayor extensión, por otro, de aparición en este ocultar congénito con la vida toda aquí conocida: la revelación de ese abismarse espontáneo, originario, que se da en la vida —en la consciente por la libertad, en la espontánea por el simple pasar del tiempo, en la vida sin más por el hecho de darse a costa de lo vivo y en ello como lugar—. Proceden de un olvido que llega al límite, al límite que tocamos al caer en el sueño, bajo el sueño

que es dejarse.

Y en este dejarse la revelación comienza, recomienza la vida desde el límite de la muerte, trayendo consigo tanto como es posible, la muerte o, por lo menos, la no-vida, la no-vida que entra en la vida; la no-conciencia que aborda a la conciencia, la caída, caída en lo que pesa: el cuerpo sobre el cuerpo de la tierra, siguiendo la gravedad, el máximo hundimiento del sujeto activo que se ha comportado como un cuerpo sin más al dejarse en el sueño. Desde él asciende el soñar. Asciende, como desde un supremo olvido, lo ocultado por el tiempo. No sólo como en el olvido de la vigilia, no sólo por su pasar, sino por algo más radical: que en el tiempo no hay excepción, pues antes de que algo sea, está que sea simplemente. El pasar puede ser el *cómo* del tiempo, pero antes y más radicalmente está el que sea, el qué sea el tiempo. Y puede ocurrir que en esta relativa muerte, en esta entre vida y muerte que es el soñar, el tiempo comience por no ser. Y entonces no se trata ya de la legitimización de los sueños, como la cara en sombra e la vida, sino de lo que al tiempo se le debe. Y en este sorprender su forma originaria, en la adversidad y en la ocultación de sí mismo, quizá haya algún indicio para el conocimiento o la revelación de su forma, plural y una en la vida humana.

Sueño-vigilia: la ocultación

El fenómeno del sueño lo es de una ocultación. Es una ocultación desde la vigilia, el lugar donde el sujeto humano ve y se reconoce a sí mismo: ve, es visto y se ve en la relatividad propia de la visión humana. El que duerme se ha retirado del lugar de la visión: ha dejado de ver. No comparece ante la realidad y en tanto que no comparece ha dejado también de ser visible: no está presente. No está aquí sino en un ahí, en un ahí que es también un allá. Ahí en tanto que cuerpo; allá en tanto que persona, en tanto que alguien a quien dirigirse. Ha perdido pues esa condición que parece esencial de la condición humana: ser el que no solamente está aquí viviendo, sino el que comparece.

La plenitud de la vigilia se da en el hombre cuando comparece: ante los demás, ante sí mismo. Entonces está con los demás por estar consigo mismo. Vive estando presente, en un presente que es estar presentándose, sosteniéndose en ese presente que se reitera en actos ininterrumpidos: se sucede a sí mismo. Una tensión para mantenerse en estado coherente, en una unidad que reúne y alza, que hace emerger su presencia como salida de un fondo donde naturalmente tendiese a volver. Como saliendo y viniendo al encuentro de algo. Saliendo de un lugar natural donde al menos

originariamente está y hacia el cual tiende a entrar. Como si el acto de presencia fuese una conversión: salir de un modo de estar para llegar a ser. Estar presente es ser presente. Comparecer es estar aquí siendo. Salir de un mero estar a un estar siendo, como siendo alguien.

Comparecer es estar como ser, como siendo alguien. Lo contrario de la ocultación es esta aparición, nunca total. Jamás el alguien humano se ofrece visible en una total presencia. Ninguna claridad conocida lo baña por entero. Y una resistencia invencible lo retiene dentro: dentro de sí, mirado desde otro; más allá de sí, sentido desde sí mismo. El estar consigo mismo es siempre relativo y requiere igualmente una tensión, como el estar presente a los demás. Su presencia es aparición, fenómeno, aun para sí mismo. Y nunca está del todo en el aquí ni con los demás ni consigo. Parece emerger de un remoto allá: estar viniendo, apareciéndose como si naciera, como si fuera a nacer del todo: deteniéndose y aun volviendo cuando parece va a lograrlo. Retenido en un lugar invisible sin darse del todo a luz: sin actualizarse nunca del todo.

Y no le basta estar aquí y atender: ha de declararlo, de declararse. Su acto de presencia es manifestación activa, declaración. Responde a la realidad que le rodea saliendo a su encuentro para aclararla, para ponerla en luz. Y al hacerlo se declara. Su ser es manifestarse o es manifestándose. Tiende a hacer la luz, a crear una claridad donde la realidad se visibiliza, y los sentidos son ya vías de revelación y de discernimiento.

Al hacerse presente se encuentra a sí mismo como una realidad, tan impuesta, tan independiente como cualquier otra. Y aun mayor, pues en ella encuentra el punto de máxima resistencia. Y así como no puede enteramente emerger desde el remoto allá, tampoco puede ignorarse, ni abandonarse, ni desprenderse de este «sí mismo» que ha encontrado.

Mas puede adherirse a él sin conflicto, o sentirlo extraño. Pues que el hombre puede sentirse extraño a sí mismo. Extraño a sí mismo por no estar consigo; porque algo, la conciencia, se ha adelantado en la luz, se ha casi separado del ser que permanece retenido, anclado en la oscuridad mientras la conciencia vuela recorriendo la realidad, arrastrada por la corriente. ¿Se extraña la conciencia y su centro llamado Yo del «sí mismo» oscuro y yacente, impedido de seguirla, o se siente obligada a entrañarse?

El estar presente —vigilia completa— es vuelo y desprendimiento de la conciencia. Que así el hombre actualiza su conciencia en una forma tan activa que amenaza escindirla y dejar de caer, recaer, en la parte en sombra. Y en la sombra anida el sentir; el sentirse. No es la conciencia pues, la que se siente extraña; no es desde la conciencia desde donde se siente extraño a sí mismo, sino bajo ella, bajo su mirada. El que se ve no está consigo, fuera de sí se ve; dentro de sí se siente extraño, al sentirse arrastrado por esa corriente que le invita a hacerse presente, a desentrañarse.

Mas la extrañeza adviene sólo cuando la conciencia alumbra en plenitud. Pues su claridad escinde lo que ilumina, que queda así separado formando una especie de círculo de claridad donde rigen unas leyes

diferentes, donde se forma un orden *sui generis,* pues que hay visibilidad. Y las leyes y modos de organización de la visibilidad -del medio de la visibilidad- son diversas de aquellas que gobiernan lo sumido en la oscuridad. La claridad no solamente revela sino que organiza: porque separa, abstrae, hace visibles unas conexiones y destruye otras, crea aislamientos, soledades. La primera la del sujeto que desde su raíz oscura se ve frente a lo claro. Y él, ¿dónde está?

En la vigilia el sujeto está entre la zona de claridad y la de sombra: acechado por la una y un tanto ofuscado por la otra, participa en las dos sin anegarse en ninguna: emerge, sobresale como algo impar, amenazado, sí, mas que nunca podrá ser anulado. Por ello media y transmite, hace pasar claridad a oscuridad y a la inversa. Pero antes opone una a otra; distingue. Pues sin distinción la zona de claridad vendría a sumirse no en la oscuridad, como sucede cuando cae en el sueño, sino que conservando su claridad se cerraría el círculo mágico de la luz, como en el sueño se cierra el círculo mágico de la oscuridad. La vigilia total no sería vigilia sino una clase superior de sueño.

La vigilia no es revelación total, ni de la realidad entorno ni de un trozo de realidad dentro del sujeto. No es la total aparición en forma alguna. Y el sujeto al encontrarse en este dintel entre claridad y oscuridad, entre revelación y ocultación, se siente a sí mismo. Se siente antes que nada, se siente porque se esfuerza en ·mantenerse en equilibrio. Para mantenerse en la vigilia ha de mantener la oposición y sobre ella ha de actuar mediando. Ha de contener la resistencia de la zona en sombra. Por un instante algo se agita y aparece ávido de aparecer del todo, vivencias aludidas por lo que está en la claridad, como sucede al que medio ha pensado algo cuando lo ve pensado más claramente por otro: se siente aludido. Lo que ha llegado a ser objeto parece sea inalterable y duradero, parece se haya «salvado». Todo lo que en el hombre vive apetece salvarse, objetivarse pues. Durar habiendo alcanzado lo inalterable. Y si es por naturaleza fluido, algo de lo más viviente de lo vivo, entonces no apetece objetivarse, convertirse en objeto inalterable y que dura, entonces apetece eternizarse.

La conciencia objetiva con su claridad a la realidad que baña. Y si hace sentir al sujeto su distinción —su no ser objeto— también le hace sentir la amenaza de quedarse ante el objeto sin más. Sin más quiere decir: sin vida. Y la oscura vida que ha quedado bajo el incompleto círculo de claridad la llama a su vez a vivir sin más, a vivir nada más.

Es así la vigilia un equilibrio que amenaza perderse en cada instante, sostenido por la tensión y el esfuerzo del sujeto solicitado contemporáneamente por las dos zonas en que la claridad escinde su ser, el ser que tiene a su cargo. En ella el sujeto ejerce su función primaria de separar y oponer el mundo de los objetos

-zona de claridad consciente- y el mundo que queda oculto, el mundo subjetivo. Y paradójicamente, cuando la claridad que arroja la conciencia

sobre lo real se acerca más a la transparencia, a la diafanidad, la realidad parece representársele más por sí misma, con entera independencia, como objeto. El sujeto entonces se libera temporáneamente de la adhesión y del peso de lo subjetivo, del mundo en sombra. Mas pasado un cierto tiempo se le agudiza el sentir de su diferencia con ello; lo ve cuanto más objeto más extraño, más opaco e incognoscible. Es el dintel del conocimiento, su drama: cuando al fin la realidad se ha objetivado, quiere decir que está ahí dispuesta para ser conocida, dócil al fin al conocimiento, entregada al pensamiento, predispuesta a él. Entonces el sujeto que ante sí la tiene, advierte su radical diferencia con ella, su diversidad, cae en la cuenta del esfuerzo desarrollado por la conciencia, se le presenta la duda.

La duda porque piensa. El advertir el esfuerzo y la función de la conciencia hace dudar acerca de la realidad tal como ella se presenta, más bien que a la inversa. El que se sorprende en la duda sabe que piensa y que existe —dice Descartes—. Mas se trata de un razonamiento *objetivo* como hecho desde fuera de sí mismo, desde el exterior que es la conciencia. Como si el sujeto mirase desde su conciencia su existir y lo constatase como una realidad más, aunque esta realidad consista en algo unido al *existir.* Y este *existir* se reduce, pues, al sujeto en un solo punto, en ese lugar en que se descubre a sí mismo desde su conciencia. Nada más. Trae sin embargo, o por ello mismo, la certeza de que vivir no sea soñar ni ser soñado, existir como sombra de alguien o algo que nos sueña. Pero sólo referido a ese instante de inmovilidad y de absoluta *apatía.* Ese instante, más que de libertad, de liberación de todo el sentir; aun del sentirse a sí mismo.

Lo que sucede, en cambio, es que al descubrirse el sujeto frente a la realidad objetivada que le muestra su conciencia, descubre su conciencia misma y duda. Duda de esa realidad que cuanto más objetiva, le es más opaca, más inadecuada. Inadecuada a su vivir completo, a su vivir total, a su situación entre la claridad y la sombra, entre la revelación y la ocultación. Porque no está ni puede estar radicalmente despierto, y aquello que queda oscuro sigue siendo real, *la realidad desconocida.*

El hombre -es sabido— se ha visto y, aun todavía más, sentido a sí mismo en analogía con lo que ha pensado de la divinidad. Aun del Dios revelado. Y Dios es la suprema realidad para el pensamiento cuando con él se las ha visto, hasta el punto de ver en él la esencia misma del pensar y del pensamiento: pensamiento de pensamientos, pensamiento que se piensa a sí mismo. No ha sido posible que en una conciencia más amplia, más total, haya hecho olvidar lo desconocido de Dios y aun el Dios desconocido. El *Ens realissimus* que es igualmente el pensamiento mismo, el acto puro, ha sido en la tradicional religión cristiana el Dios desconocido. Porque el *Ens realissimus* no lo sería, no sería real enteramente para el hombre, si no fuera al mismo tiempo el Dios desconocido, el no revelado ante los ojos humanos, el que el hombre siente oscuramente en la raíz en sombra de su

ser; extraído este sentir del *Ens realissimus* sería una idea, aunque esta idea fuese la idea de la suprema realidad —mas sin realidad como Dios.

El Dios desconocido resulta así el revelado, el revelado en su ocultación impenetrable; como el verdadero Dios, el Dios desconocido es también revelación. El hombre, análogamente, despojado de lo oculto y desconocido, separado de aquello que en su ser resiste a la claridad de su propia conciencia,. *reducido* a sujeto puro, que existe porque duda y piensa, carece de realidad, y más que de realidad, de vida. No es sujeto viviente. Sólo el ser divino lo sería para sí mismo, pues su mismo pensamiento, su verbo que es luz, es misterio para el hombre.

Y es que no existe realidad alguna para el hombre -tal parece ser su condición- que no se le oculte en cierto modo cuanto más se le hace visible. La realidad se da en visión sólo en una zona restringida, en un círculo de presencia que nunca llega a cerrarse; tiende a ser un círculo. El círculo del pensar universal —filosofía— al lograrse deja en sombra y desprendida la pasividad activa que es vivir. O bien queda reducido a un punto fijo.

El círculo de la claridad creado por la conciencia, si se cerrara anegaría al sujeto, lo envolvería, le dejaría sin función, como en un sueño. Estaría dormido en la luz, reposando en ella, mas perdido en ella. Y la conciencia no sería ya conciencia de alguien, o lo sería de un sujeto absoluto.

El hacer aparecer la realidad que le rodea es una función del ser hombre, la especifica a lo que sabemos. Mas esa función es el cumplimiento de otra que la sostiene y subsiste bajo ella: el padecerla. Y el serla. El tratar con la realidad humanamente es padecer sus ocultaciones. Y en cuanto a la «realidad» que es el hombre, el padecerla y padecerse en ella y desde ella -desde lo que ocultamente padece- es lo que se le revela —la realidad objetiva— y lo que de sí mismo se actualiza y trasciende. El hombre padece su propia trascendencia. Y el hombre padece su propia ocultación, su inmanencia o estar, hasta hundirse en ella. El hombre duerme.

Dormir es una caída en una zona sobre la que emerge la vigilia. Es una caída en la pasividad que le retrotrae a la comunidad de los vivientes de la que se ha separado. Es una revelación de lo que en la vigilia queda oculto, el sueño del hombre y lo que en sueños le acontece. Algo que sólo a él puede acontecer, porque sólo él, al dormir, cae.

La caída

El sueño, por ser ocultación total, es caída en el hombre. Es caída abandonar la realidad y a sí mismo. Dejarse aquí como un cuerpo más entre los cuerpos, corporeizarse. Ceder y obedecer a la gravedad. Es entrega a la ley de la gravedad como si ella se extendiera igualmente a la vida y a lo más viviente de la vida: a ese estar presentándose, declarándose y declarando. Como si todo ello se sostuviera sobre algo, como si fuera una victoria sobre algo.

Desde la más intensa actividad de la conciencia, desde el pensar, se hunde en ese estado que es vivir solamente, como todos los vivientes. Y a través de la vida y en ella vuelve a la Jysis, cae en ella. En el animal, el sueño es cesación de funciones bajo el signo de la orexis, del deseo y de la afección. Pero en cierto sentido el animal no duerme del todo, no se acalla. Y lo que en el hombre hay de animal es lo que más rápida y fácilmente despierta si un estímulo le interrumpe el sueño. Quien despierta ante él no es todavía un hombre, sino el organismo animal que en el hombre hay. El animal se recoge, cesa y pesa, se reduce a ser peso porque ha dejado de moverse. El hombre, en lo que de específicamente humano tiene, cae porque su conciencia y la realidad que le corresponde se sumergen. Se ha ocultado a sí mismo, ha perdido su identidad. Y aunque pudiera moverse, hacer uso de sus sentidos, no sería él.

Él, él mismo, este que no sólo se siente, sino el que se siente y se sabe: el sujeto en su soledad. No le ha privado el sueño del uso de los sentidos. Despierto puede quedar privado de ellos en un exceso de concentración o en el límite de la dispersión.

La alternativa de sueño y vigilia marca la primera división en el tiempo humano, que sigue en ello originariamente a la luz solar, al alternarse de la luz y la oscuridad. Y al caer bajo la oscuridad del sueño, más que naturalizarse se materializa como si cayera bajo la gravedad. Se produce una síncopa en su tiempo; en un tiempo que sabe ha transcurrido y que no cuenta para él. La conciencia tiende a establecer la continuidad entre el ayer del momento anterior a la caída y el hoy en que despierta. Y aunque durante esta síncopa haya soñado y preste crédito en algún modo a esa realidad de sus sueños, lo decisivo es que lo mira como *otra realidad* no fundible que lo que encuentra en la vigilia. Puede prestar crédito a lo en sueños vivido, visto, entrevisto o encontrado; se trata entonces de una *revelación* que sirve a la vigilia, no de un acontecer total donde se realiza, donde realmente vive. Puede hasta sentirse vivir más y más verdaderamente en sueños que en la vigilia, mas cuando despierta es ya hoy. Es ya hoy y se encuentra con que lo inmediato anterior es ya ayer.

Es el dormir, soñando o no, lo que determina este sentir y este disponerse a vivir un hoy, un presente, afrontar una unidad de tiempo: el día como una unidad de presente, el hoy. Un presente más amplio que el instante así llamado. El primer modo de presente no es el instante, sino el hoy con el que al despertar se encuentra. Separado por una síncopa —la del sueño— de lo inmediatamente vivido: el ayer.

El pasado se le presenta, pues, originariamente en este modo correlativo del presente: una unidad ya vivida, un día consumido, pasado. Es el *tiempo natural,* lo que no quiere decir que ninguna criatura natural lo pueda vivir de esta manera, sino que en la vida humana es el tiempo dado naturalmente, el transcurrir de unidades temporales que no depende de la conciencia, del transcurrir que en la conciencia habemos del pasado, presente y futuro.

Para que en la vigilia suceda algo análogo, que el instante anterior se convierta en pasado separado, es preciso que un acontecimiento extraordinario se produzca, y en ese caso no es lo vivido en esa parte del día lo que se convierte en pasado, sino a veces toda una época y aun toda una vida.

Nace así la primera experiencia del tiempo humano de una interrupción, mas de una interrupción que es una ocultación de la realidad y del propio ser. Aparece el tiempo en su propio pasar ligado a la falta de presencia. Y a un ceder. A una caída.

Durante la ocultación del sueño el presente ha huido, ya no está, ¿se ha hecho pasado? Estaba ahí, estábamos en él; y ya es irrecuperable la convivencia en esa forma, la coetaneidad del sujeto con la realidad se ha

ido lejos, y cuando despierta se siente por ella abandonado.

La primera forma del transcurrir temporal para el hombre, en que se aparece el diseño de pasado y presente y un cierto mañana —que no puede ser enteramente llamado porvenir, sino tan sólo un después—, procede de una ocultación de la realidad al sujeto, del sujeto a sí mismo. El tiempo como pasar aparece así no sólo ligado, sino procedente de que el sujeto se oculte, quede oculto para sí mismo. Ocultación que es discontinuidad, sobre la cual la conciencia tiende un puente, una «ideal» continuidad. Pues algo, un trozo de este transcurrir temporal, de este tiempo mesurable, ha quedado irremisiblemente sustraído. El hoy nos encuentra en un lugar más allá, es un paso dentro de ese lugar, de ese tiempo natural que sigue, indiferente al hombre, el giro de las cosas naturales entre la luz y la sombra.

Este primer diseño del tiempo, sueño-vigilia, hoy-ayer, presenta más que la forma del transcurrir, su contenido. Se hace sensible por las cosas dejadas atrás: más precisamente por los sucesos y la situación que en ellos tenía el sujeto. Porque se le ha perdido algo, se le ha escapado algo: la espontaneidad con el momento preciso del proceso de su vida, en la que estaba al caer bajo el sueño, porque ha de volver a sumergirse en esa realidad, porque ha de realizar un esfuerzo para recuperarla, y sabe que algo de ella, la atmósfera, el tono, el conjunto de la relación del sujeto con lo que le ocupa, ha desaparecido para siempre. Lo que le está ocurriendo es ya otra cosa, la memoria tiende el hilo conductor; el hilo que señala un camino en el conjunto de la situación que estaba viviendo. Es ya un esquema: la memoria, al traer el inmediato pasado, alega tan sólo algunos datos esenciales, a la finalidad, pues la continuidad establecida por la conciencia a través de la realidad está guiada por la acción, por la finalidad; es un camino, y, como todo camino, es una abstracción. La entrada en el hoy es un desprendimiento, la comprobación de un desprendimiento que es como una cierta muerte, por lo irrecuperable. Y un cierto nacimiento por ese vacío que la conciencia tiene que salvar. Y por encontrarse frente a una unidad compacta de tiempo: hoy. Por estar frente a ella en ese corte con el ayer que se fue, con esa vida ida, donde se estaba dentro. En ese estar fuera de lo vivido frente a lo por vivir no como futuro que se acerca, sino como presente que está ya aquí, presencia que guarda su incógnita.

Es salir de dentro del sueño y de dentro de la situación vital inmediata y que es necesario recordar afuera: salir de la placenta del sueño al fuera del día que empieza. Recordar espontáneamente, como *en* sueños, el dentro *de* lo vivido últimamente, del ayer perdido casi como una patria.

En el vacío *entre* el ayer y el hoy se da lo irreparable del paso del tiempo. El ayer es un lugar tan nuestro como el hoy *que* nos ha sido sustraído inexorablemente. La conciencia trata *de* reparar esta pérdida, mas su función no podrá crear de *nue*vo *este* lugar, estar aquí, en un dentro del *que* sólo se podrán retener algunos elementos, en una forma ya analítica. Sólo a condición *de* operar este análisis la conciencia puede tender su

puente.

Bajo la conciencia alienta una oscura continuidad; sentires y sentimientos comienzan a reaparecer, entran en escena como personajes, pero la escena es ya otra, lo sería sólo porque tienen *que* entrar. Y la situación se desmenuza así, se analiza espontáneamente. Y este análisis espontáneo es ya una operación del tiempo, del tiempo natural. El análisis, la separación que se opera siempre *en* lo vivido cuando ha pasado el tiempo —y basta para ello que haya pasado alguna cosa—, al establecerse la continuidad, lo que fue vivido como un conjunto indiscernible deja ver su composición: se discierne y clarifica. El tiempo separa. Separa al revelar o revela separando. Extrae del oscuro fondo *que* forma la continuidad del vivir sucesos y vivencias a ellos correspondientes. Los hace nacer.

Pero *el* oscuro fondo permanece tras *de* cada revelación. Todo recordar es un despertar sobre un fondo que se resiste a ser revelado, la oscura placenta *de* un sueño *que* fuese la vida, la vida *de* alguien *que* no se da a ver y al que apenas se le da a ver. Y esto a costa del tiempo, de un tiempo que se muestra ante todo como discontinuidad, corte, síncopa. En una *continua* continuidad, ¿se le revelaría al hombre algo de sí mismo? Sin tiempo, ¿tendría ese mínimo de visibilidad sobre lo que está viviendo?

La ocultación que se padece por el sueño es la más extrema y paradigmática de las conocidas. El tiempo se revela por ella. Y el tiempo revela lo que queda a las dos orillas de esta ausencia o paréntesis. El tiempo en su forma originaria se da en un ser que padece su propia ocultación, lo cual sólo puede sucederle a un ser que se padece a sí mismo; que se padece actualizándose.

La experiencia de la vida

Experiencia es la transparencia desde el sujeto que mira su propio vivir. El medio es in duda la conciencia, especie de cristal que se hace visible cuanto mayor sea la transparencia, lo cual no depende ciertamente sólo de ella.

La experiencia es así un inacabable proceso, pues que jamás podrá llegar a su total resultado, a su cumplimiento. Pues si llegara a cumplirse el vivir de un sujeto, le sería presente en orden a la profundidad y en orden al tiempo. Nada nuevo acontecería sin que inmediatamente entrase en esa especie de esfera cristalina, pues el sujeto se habría hecho por completo dueño de sí, se habría apropiado de su propia vida, que sería enteramente suya, sin rastro alguno de esas dos condiciones que parecen acompañar la vida humana: la ambigüedad y una cierta enajenación. Pues que en el hombre se da un conflicto --de esencia trágica- entre su vida y él como

sujeto de ella. Sujeto envuelto en ella porque no la posee totalmente, porque apenas la posee y peligra siempre de ser poseído por ella.

Tiene la vida un carácter invasor, donde aparece coloniza, toma posesión de un espacio y trae consigo un tiempo, una modulación del tiempo, y parece consistir, ante todo, en una avidez que devora y aun consume; en un movimiento que arrastra consigo a aquello que es su centro. Porque vida es siempre vida de alguien, de algo o de alguien a quien tendemos a llamar siempre *ser;* en realidad no conocemos la vida, sino seres vivos.

No es posible por tanto separar la vida del *ser* a quien pertenece, pues que llamándose ser vivo el viviente, el sujeto no es nunca la vida, sino el ser y, por tanto, el dueño de esa vida. Y así, la vida, invasora, devoradora, impetuosa y trascendente, tiene siempre un dueño, como un campo habitado, y lo primero que se siente al pasar de lo no vivo a lo vivo es que tiene, lo vivo, un dueño. Un dueño allí presente. Remite la vida a su dueño y así aparece la unidad *ser viviente.* Mas en el hombre sucede lo inverso, pues que el hombre se siente él, antes como viviente, como él mismo, y luego como la vida se le presenta. Se le presenta la vida como algo un tanto extraño: el asombro de estar vivo. Puede sentir ante el hecho de estar vivo, asombro, entusiasmo o temor. Puede sentir la vida como algo que le adviene, que se le sobrepone y aun que le oculta, que le lleva más allá de sí mismo y aun que le separa, como si fuese la vida una carrera que le aleja de algo hacia lo que espontáneamente se dirige. Y aunque inicialmente fuera a su encuentro, luego sucede que la vida es un extraño camino que se desvía, que se curva obedeciendo a una extraña fuerza, o a su propia ley, siguiendo así una dirección que hay que enderezar, una envoltura que hay que deshacer. La *lucha por la vida* es ante todo una lucha con la vida, y el hacerla es tener que deshacerla un tanto.

Vivir en el hombre es algo que toma su origen desde su dueño, el sujeto que continuamente la rectifica en su espontánea y extraña dirección. Y en este rectificar tiene presente dos polos: uno el futuro, la finalidad a seguir cuando es declarada, o, más simplemente, ese algo en cuya dirección inicialmente partió; el otro no declarado, no descubierto en su presencia. Desde la divergencia entre lo buscado y la dirección autónoma de la vida, vuelve el hombre, ha de volverse, hacia el otro polo, hacia el inicio de su vivir. Inicio que no es precisamente el cronológico, el primer instante de la vida que se recuerde, sino el origen que se actualiza en todo acto originario: espontáneo, libre, creador.

Como si para el hombre vivir fuera originariamente ir a crear, ir a volcarse de sí mismo encontrándose, a realizarse absolutamente en un único movimiento. Un movimiento que no es el que recorre la distancia que le separa de una finalidad a alcanzar, sino un abrirse como una unidad encerrada que se manifiesta, como un día que se abre y que en vez de tener ante sí las horas que han de recorrerse una a una, se hiciera día total y

único, día del todo. Y de este día único caen luego las horas sucesivas, relativas, antes o después en una carrera, en un pasar que llega a su término sin haber alcanzado su fin y que ello ha de repetirse, volviendo a su origen.

Mas ese origen, el instante en que el día se abre, está presente en cada hora, en cada instante de esa carrera, la sitúa, la hace aparecer. Y así, cada hora, cada instante se abre también a imagen y semejanza de esa unidad hacia la que se abre el instante primero de todos. Una unidad no alcanzada, mas presupuesta y actuante al modo de origen y causa y de la que se desprende un transitar, un recorrer. Dicho así, sería ciertamente el eterno retorno. El eterno retorno, tiempo ya, que puede ser el de la naturaleza, el primer tiempo concebido como órbita de un transcurrir sin avanzar, la libertad que en él es solamente espontaneidad.

En el sujeto humano ese retorno al origen llega con una carga. Una carga que es en cierto modo un robo, algo cobrado a la realidad en esa carrera. Y si eso puede suceder es porque al vivir el hombre no sólo encuentra resistencia sino realidad. La realidad que por el pronto se hace ver como una resistencia que se presenta, una realidad no enteramente oculta, dotada de presencia. Y que o bien aparece con una figura y cuando no la tiene llama al sujeto para que se la descubra.

La inconsistencia de la vida, su condición invasora y evanescente, en el hombre queda corregida, limitada, empeñada también por el encuentro y la llamada de la realidad. Y esta llamada, este empeño con la realidad, es igualmente un proceso inacabable que al sujeto humano le lleva lejos de su inicial partida, de esa su primera, auroral salida en la que la inocencia arriesga perderse y el inicial ímpetu, ese abrirse, ir quedándose ciego.

Y así, el ser humano se encuentra arrastrado y desviado de su primer punto de partida, que llamaría vida, por el vivir mismo y aun por la realidad que ha de descubrir. Porque ella, la realidad, le es dada y le sobreviene, como le adviene la vida.

El estar despierto

Desde la conciencia, los sueños y lo que de ellos se extiende a la vigilia bajo la conciencia, aparece como lo oculto, y aun lo que se oculta. El sujeto, cuando en ellos se sumerge, o cuando en la vigilia es arrastrado por estados que tienen con ellos algo de común, cambia de lugar, viaja. Sale del lugar que ocupa regularmente en la vigilia, que no es ciertamente un lugar fijo ni único. Se podría hablar de diferentes lugares que el sujeto ocupa en la vigilia, según piense verdaderamente, sienta, se abandone al fluir de la

constante representación que invade la conciencia, de una parte, y, de otra, en esos estados envolventes del sujeto, como la angustia, el terror o la admiración y su cumplimiento, la contemplación, o el instante en que él se da y ofrece en la acción.

Estos lugares tienen sin embargo algo de común, justamente el que el sujeto está despierto. Y como el estar despierto, ese estado, esa situación del sujeto, es el supuesto de toda investigación, sea psicológica, fenomenológica o de teoría del conocimiento, no ha habido cuidado de caracterizarla, de precisar en qué consiste.

El estar despierto parece consistir en un estar presente el sujeto a sí mismo; en un sentirse inmediatamente como *uno*. Este

uno hace referencia en el mismo sentido a sentir a un ser, el sujeto *se* siente inmediatamente como un ser. Un *ser que* está en un lugar determinado, en una quietud por tanto, en un lugar *que* es el suyo, en un lugar propio, *que* le pertenece porque se está adueñando *de* él constantemente, en un imperceptible esfuerzo *que* se hace sensible en las situaciones, sean cuales sean, en *que* se siente fluctuar.

Y justamente el hacerse sensible de este esfuerzo lo revela y revela a la vez que tiene lugar siempre, que es, en el nivel más bajo, más imperceptible, tensión. Tensión, de ahí la fatiga, la fatiga del siempre estar despierto, que sobreviene igualmente cuando no se ha realizado esfuerzo físico apenas ni intelectual, cuando el consumo de energía no es tal de justificar la caída *en* el sueño. Es la tensión, insoportable a la larga, de adueñarse del lugar en la realidad, entre la realidad, la tensión *de* estarse siendo presente a sí mismo. Como si el estar despierto fuera algo nuevo que sobreviene. Y así la caída en el sueño sería como el volver al lugar fundamental de la vida, al lugar inicial de la vida *de* donde el animal no humano *se* despierta para alimentarla, luchar por ella, continuarla. Como si la vida fuese *ese* estar sumido *en* el *sueño* que ha menester para su mantenimiento el despertar.

Y *de ello puede* ser comprobación la planta, *que* ni duerme ni está despierta porque *se* alimenta continuamente, porque está fija *en* un lugar, *en* quietud absoluta *en* lo que hace al movimiento *de* traslación, *que* marca la diferencia, en verdad abismática, entre los dos grandes reinos *de* la Vida. La falta *de* lugar fijo, la posibilidad y aun necesidad de buscar, *de* recorrer, *de* enseñorear un espacio *que* lleva consigo la marca de la indigencia animal, *le* hace despertar. Inadecuación pues, indigencia *que* exige y lleva consigo la necesidad y la posibilidad de *ense*ñorear un espacio *en* principio indeterminado, múltiple, cambiable. Ya lo meramente «físico» hace del animal un ser vivo *que* tiene que estar despierto.

Y no se da un diferente espacio sin un tiempo consigo. Y así, el espacio indefinido que el animal ha de recorrer, atravesar y enseñorear aunque sea huyendo, le da un tiempo contrastado y discontinuo. Tiempo del sueño, común con la planta que vive en un continuo, al menos en un continuo relativo, que a su vez es discontinuidad respecto a la materia. *Pues donde comienza la vida comienza la discontinuidad.* Tiempo contrastado porque aparecen las dos formas de sueño y de vigilia, en las cuales el animal está presente para los demás, para lo que rodea en la vigilia o ausente, escondido, cuando duerme. La planta está presente siempre. Su ocultación es su muerte y su estado de latencia. En ella ciertamente hay un movimiento, que es un actualizarse, un florecer en plenitud, un aparecer en toda su presencia para decaer, como llama que se enciende y apaga. Y como ese su cambio se da en situaciones —en lo perceptible para el hombre— tan extremas, son imágenes de muerte y renacer, de plenitud y

decadencia, situaciones liminares de la vida. Mas todo ello, en ella, en la planta, se da dentro de un sueño, como criatura enteramente creada, como criatura.

En el ser humano, el cambio de lugar que le despierta es,

desde luego, cambio de lugar fisico, acuciado por las mismas necesidades biológicas que el animal -pues que el despertar, el entrar en ese estado de actividad superior, es en realidad algo que se sufre, *que* sobreviene—. Ello no le está ahorrado. Mas le sucede algo más, de mayor revelación y presencia, de mayor ocultamiento y ausencia por tanto.

El enseñoreamiento del espacio fisico recorrible por su cuerpo en el hombre lleva consigo el estar despierto, algún otro *espacio* a recorrer y enseñorearse. Y para ello ha de hacer presa sobre sí mismo, por así decir, en este estar presente, en este sentirse en unidad y como ser. No se trata de un estar presente en absoluto. Las muchas maneras en que esto tiene lugar indican que se trata de algo relativo, no de un estar presente por tanto, sino de un ir haciéndose presente, de un ir haciéndose uno, adentrándose en esa unidad que sigue vanos grados. Desde cualquiera de ellos que se elija, por ejemplo el que corresponde al pensamiento —el lugar del sujeto pensante, el ser uno sintiéndose ser—, aparecen otras situaciones, como la de ir deslizándose sin más por el fluir de los acontecimientos o por el fluir de las representaciones de la conciencia, como un grado inferior, incompleto, opaco, del estar presente: como una cierta ausencia.

Es la atención sin duda la primera medida de estos grados, la que los atraviesa todos ellos; la atención determinada en los estados en que predomina el sentir como una intensidad que los invade, como una invasión de la que el sujeto paciente no se puede salvar por el momento. Pero la atención no determina así sin más este modo de la presencia, del sentirse uno siendo, o como ser. Pues sucede que en los estados en que el sentir predomina, la unidad se ve amenazada y aun comprometida en ciertos estados como los del dolor extremo o de la angustia y del terror, en que se tocan los límites de la unidad, pues el sujeto se siente perdido, arrojado de su lugar; amenazado de ser arrastrado, absorbido o abismado como en un sueño total, que lo incluyera enteramente, la amenaza de dejar de ser ese uno y, en el caso más leve de estos estados, dejar de estar en ese lugar de su señorío, ser derrocado.

Se siente entonces el ser humano envuelto y desamparado a la vez, la conciencia se le agudiza y la atención llega al máximo; sólo ella parece sostenerle en esta lucha contra esa amenaza total que lo rodea. El estar despierto es, se hace propiamente, vigilia y la atención hace oficio de guardián en la noche. Aparece el ilimitado espacio de la realidad y la inmensidad de la vida, de toda la vida, al descubierto. Son ellas quienes se hacen presentes entonces. Y esta presencia es como una noche donde el sujeto se concentra en ese su sentirse ser en unidad, como la única luz, el único punto de claridad que por el momento nada ilumina; es sólo un estar,

un poder seguir estando, sosteniéndose. Es el estado de vigilia en su máxima intensidad que revela la presencia de una realidad que no se descubre, la inmensidad de la vida que no pasa, que se muestra inaccesible, invisible. Y el sujeto presente frente a ellas. Como en un sueño en que el sujeto se defiende de entrar, y la atención tiende a prolongar y aun a intensificar el estar despierto sólo para impedir que ese sueño le invada y le cubra, se adueñe de él.

Del despertar

No parece existir acción alguna de las que forman el repertorio esencial de la vida humana que no vaya envuelta en una significación, que no aparezca a aquel que ve la vida, como algo más que la simple función que realiza. Aun aquéllas movidas por la necesidad más elemental, y quizá ellas especialmente, han venido a ser no sólo signo sino símbolo en el plano de la esperanza, de su hermana la nostalgia o del conocimiento -y decir conocimiento es decir también amor-; en suma, en el plano de la vida personal. Acciones elementales, que de tan elementales son funciones, como respirar, andar, dormir y su inseparable soñar son términos fundamentales de metáforas persistentes que llegan a alcanzar la perfección del símbolo que forma parte del lenguaje común. No podría suceder así si tales funciones no se dieran primariamente dentro de algo más primario aún que ellas para el hombre: el sentir originario, cuyo diseño marcaría la estructura del vivir propiamente humano. El *a priori* de todo sentir, de todo sentimiento.

El dormir no es sólo función, sino estado: el otro estado de la vigilia, su sombra. Sombra que pudiera muy bien ser su tiniebla originaria. Pues que del estado de sueño hay rastro y pervivencia en la vigilia, como si formara el sustrato de la vida, el fondo del que despertamos. Y el despertar fuera así lo extraordinario, lo nuevo, el acontecimiento a explicar; el despertar, suceso decisivo de la vida que se alza por grados hasta llegar a la vida humana donde el despertar sigue acrecentándose, sigue ganando planos cada vez más lúcidos, más claros de conciencia. Despertar que es a su vez uno de esos símbolos.

Entramos a la vigilia por el despertar que es cosa de un instante. Irrumpimos en ella como si desde algún oscuro lugar alguien, algo, una mano desconocida nos hubiera hacia ella lanzado despegándonos, desprendiéndonos violentamente de un estado natural en el que quedaríamos sin ese impulso exterior. Sentimos el despertar como un

suceso que ocurre por, a causa de... y basta el más leve acontecimiento en torno al que duerme para que éste —aunque hubiera despertado por sí mismo— sienta que ha sido despertado. Y hay siempre una íntima escondida rebeldía en el que despierta que se siente, al sentirse despertado, *sacado de.* Aun el que no ama dormir experimenta este sobresalto y esta resistencia que se esconde más allá, por debajo de todas las intenciones, de cualquier disposición de ánimo.

A este sentirse despertado por algo, aun por uno mismo que así lo dispuso de antemano, se sigue un movimiento de atrapar o de coger algo que se escapa y de hacerlo en el instante justo, como si al dejar transcurrir un lapso de tiempo, por mínimo que sea, se fuese a perder algo de eso que corre; la vida que ya está en marcha y no espera. La vida y en ella nuestra vida, nuestro lugar y algo más, nuestra parte en ella, como si se tratase de una obra de teatro que ha comenzado ya a representarse y el despertar marcase el momento preciso de nuestra personal entrada en escena.

Pero la obra no comienza, no ha comenzado nunca quizá, se viene representando desde siempre. Y al decir representar no queremos expresar con ello la creencia o el sentir de que la vida
-esa en la que entramos- sea representación y no realidad, no la descalificamos de su carácter real, sino más bien lo contrario. Representar quiere decir en este caso algo que se hace, que se está haciendo y que tiene un sentido, aunque lo desconozcamos, y que dentro de ese hacer hay uno que es el nuestro. Se hace, se está haciendo desde tiempo inmemorial; se sigue. La vida es algo que se sigue y en cada despertar nos despertamos a este seguirse y al seguirse de nuestro vivir dentro de ella. La vida se nos aparece, en el instante del despertar, como algo que ya está ahí y en este sentido independiente de nosotros, pero que nos reclama desde su interior. Es algo que sucediéndose inicialmente fuera nos reclama para que entremos en su interior pues en él hay un hueco que es sólo nuestro, de cada uno.

Y es algo —la vida tal como se nos presenta en el instante del despertar— que consiste en un fluir, en un estarse haciendo o siguiéndose, prosiguiéndose. De ahí ese impulso primario de aferrar el instante, de saltar en ese fluir e incorporarnos.

Despertar. Incorporarse. El lenguaje lleva el símbolo de estos dos sucesos, o más bien momentos, de un suceso único, aspectos del instante decisivo entre todos de nuestro vivir. Incorporarse, incorporarnos, como si viniese de un medio que no fuera nuestro cuerpo al que hubiésemos dejado en abandono mientras dormíamos, como si el dormir fuera una vocación de habitarlo.

Incorporarse: entrar en el propio cuerpo, y entrar en ese otro

cuerpo de la vida; extraño cuerpo que no tiene contorno, ni figura enteramente visible, cuya presencia es fluir, cuya manifestación primaria es seguirse. Incorporarse, cuyo sentido trasciende la acción de entrar en

posesión del propio cuerpo, porque es entrar a formar parte de una totalidad de la que sólo es presente su fluir, su seguirse; a una totalidad que sólo deja ver un fragmento, a su vez, fragmentario. Un fragmento que encajamos en una continuidad supuesta e invisible. Hemos de aferrarla y al mismo tiempo, en un acto único, desplegar nuestro ser aun entumecido en la tiniebla del sueño, aun enajenado por el largo viaje de los sueños; desprendernos de la imagen presente, cargada de significación, de hace un instante no más y de ese sopor que bajo todo ensueño se mantiene como si de un hechizo se tratase; destituir del carácter de realidad a lo que nos embebe; desembebernos como un río que ha derramado su caudal fuera del cauce en un lecho sin hueco ni confines, que se ha mezclado, extendido, perdido de sí, enajenado. Ha de volver en sí; despertar es correr en un cauce. Reunir algo de nuestro ser que se ha fragmentado, que ha usado de la elasticidad de la materia viviente hasta poner en peligro su unidad. Esta unidad es lo que aparece en el instante del despertar, lo que crea este instante único, le hace ser uno; un instante.

Y a partir de esta unidad se realizan las diversas etapas del despertar que pueden ser diferentes según las etapas de la vida, según las personas; su estudio aunque cosa interesante está aquí fuera de lugar. Lo que cuenta para nuestra investigación _es la existencia de este algo que es el que sacude, llama, despierta a aquello que hemos llamado *materia viviente* o psique, que estaba sumergido bajo el sueño y fragmentado en el soñar. Esta unidad es la que se incorpora y toma a su cargo la totalidad. A través del despertar, en el desprendimiento que es el despertar, el sueño sin más, cae. Cuando de él persiste algo, comienza su entrada en el tiempo de la vigilia. En ella, en su fluir, hay una constitución del pasado. Mas ningún sueño se constituye en pasado sin más; si así sucede es tras de una elaboración de la conciencia. Pues que tenemos tres especies de sueños: el sueño-historia, emanación de la psique en pasividad. El sueño que contiene una imagen real que puede darse dentro de una historia o libre y sola en forma monoidética. El sueño en que el sentido parece evidente.

En las dos primeras especies puede darse el sueño cargado de significación, y cuyo sentido no aparece. Y así, de una parte, el sueño de sentido evidente es el límite y la perfección. Y de otra parte, la imagen de realidad es el límite y la perfección en otro aspecto. La perfección del sentido y la perfección de la realidad: es evidente que en estos dos casos límites, el carácter absoluto aparece por resuelto, irreductible. Ambos corresponden a la unidad del tiempo, al instante, al átomo de tiempo —que no es atemporalidad.

Su entrada en la realidad de la vigilia, en el tiempo que fluye, ha de verificarse en modo diverso de los otros. Los otros, cualquiera que sea su especie, son los no cumplidos, los que arrojan bajo la historia un enigma a descifrar, una historia a continuar, un significado confuso, en suma: donde se mantiene la ambigüedad inicial del universo del sueño.

Tal diferencia parece esencial al estudio del tránsito de los sueños a la vigilia, como recuerdo, y a la incorporación o eliminación dentro de la continuidad de la vida del sujeto.

La atemporalidad

El sujeto en los sueños

Los sueños descubren al sujeto, lo sorprenden mientras yace privado del tiempo, de ese tiempo de la conciencia donde él puede actuar, donde encuentra la realidad adecuada a su libertad: realidad fragmentaria y continua; libertad condicionada.

Son pues, un modo de revelación del sujeto en la extrema situación de estar privado del tiempo que le pertenece. Mas no sólo en la simple atemporalidad, sino en el otro extremo: el de la supratemporalidad.

Lo primero que se encuentra en el sujeto en su estado de sueño es una inhibición, la más radical que se pueda pensar en la condición presente de la vida humana; está pues, no sólo inhibido, está vencido, desarmado. El sueño vence y hay siempre una lucha, una especie de defensa del hombre despierto para entrar debajo; es una derrota cotidiana.

El entrar en el sueño. El sonar

Hay alguien que sueña. Alguien encerrado en el sueño que quiere salir de su prisión, que no se resigna a estar sumergido. Un alguien que teme seguir así, quedarse así, y logra al fin abrir un resquicio entre la espesa capa que le circunda y separa de la realidad, de sí mismo, que le aísla de su propia vida. Como si la primera función del viviente fuese estar atendiendo, atendiendo en expectativa y en vigilia, abierto.

Si la vigilia fuese solamente, estuviese solamente determinada por la atención a lo inmediato, como producto de un *ser* que consiste en sus

funciones vitales numerables, no existiría el soñar.

No existiría el soñar si la vida no fuese inicialmente sueño. Si no viniésemos del sueño y si vivir no fuese ir despertándose, si la humana acción no estuviese dada por sucesivos desperta*res.* Y si el soñar, primario, inicial soñar, no *fuese* ya un despertar, un no poder sufrir el simple sueño, el sueño mortal.

Como si al soñar *se* recayese en el estadio primario de la vida y no ya sólo *de* la vida humana, sino de la vida sin más que se hubiera ido abriendo paso a través de sueños realizados, realizándose en sueños, concretándose, definiéndose *en* sueños felices por persistentes y dotados *de* forma. Como si la evolución creadora no *fuese* el proceso de una larga cadena de sueños, *de* los cuales otros sueños marginales no han logrado realizarse, encarnarse. Como si el *élan vital* no fuese el soñar, soñar con la tendencia que en el hombre es pretensión de encarnar el sueño y llevarlo al ser atravesando la realidad.

No existiría el soñar si al entrar bajo el sueño el sujeto se adaptara por entero a esa su situación yacente, pasiva, si pudiera en verdad hacerlo, si esa situación yacente no fuese contraria a la vida.

Dormir es regresar. Volver a la situación prenatal, a estar inmerso dentro de algo inmenso, oscuro, invisible, volver a la inicial ceguera, a la congénita invalidez; a respirar, función primaria del viviente, no fuera sino dentro de algo. La temperatura desciende, el corazón espacia su latir, todas las funciones disminuyen su ritmo y su intensidad, las que no cesan. Como si el organismo regresara a una situación arcaica de la que no puede desprenderse. Como si el estado de vigilia, el estado común del hombre y del animal que los separa de la planta, fuese adquirido y consumiera una energía que ha de ser ganada cada noche. Y la noche fuese el tiempo primario, el oscuro tiempo pretemporal de donde la raíz arranca, donde queda todavía hundida.

Mas la planta logra estar en el espacio exterior, visible, como si estuviese dentro de un espacio propio. De ella, de la vida vegetal, parecemos estar separados como por un aire sutil, por un cristal que nos aislara. Y las vemos, a las plantas, como si estuviesen en otro medio, al modo como desde el fondo de cristal de esas barcas que ancladas hacen visible el fondo submarino. Maravilla siempre poder tocar una planta, tanto como a una persona dormida. Y no *es* por la inmovilidad, sino, contrariamente, por un diverso estado de movimiento, por un imperceptible movimiento del que está excluido el movimiento de traslación. Por un movimiento recogido en el propio organismo, que da idea del movimiento del ser: la planta y el durmiente son más imagen del ser que el despierto.

Imagen del *ser,* imagen de la muerte *se* ha dicho del sueño. Imagen del que duerme, más cerca de coincidir consigo mismo, a salvo de desmentirse, de enajenarse en la acción, de multiplicarse en el movimiento

de traslación, de desdoblamiento en la acción. Imagen de la unidad y unidad misma primaria.

Unidad real la del que simplemente duerme y así es visto. Visto como desde lejos, como si su imagen fuese acercada por un potente telescopio desde otro planeta, otro mundo o medio. Visto desde una lejanía sin posible acercamiento. No se está más o menos lejos o cerca del que duerme, sino a distancia fija, por breve que sea, insalvable, como se estaría de un muerto si su presencia fuese visible, o de una imagen, sólo imagen, fantasma o ídolo.

¿Dónde está propiamente el que duerme? Muestra que se puede ser y estar sin convivir. Que se puede ser sin apenas vida. Es como la planta, el máximo de ser con el mínimo de vida. Pues la planta es el organismo viviente que menos funciones vitales posee; vive con el mínimo y su presencia es más total, se acerca más a la presencia pura, oculta menos. Lo que es está sostenido por un leve soplo de vida que la atraviesa, que la sostiene como una aparición angélica. Un soplo de vida mínimo en un máximo de forma. Por ello, reducida hasta el límite la indigencia de la vida, el débito de lo viviente, más cerca de que en ella coincidan debe y haber, promesa y presencia, de que la energía gastada se vierta enteramente en una forma que ni la dilapida ni la retiene.

El soñar podría decirse que es la esencia misma de la vida en tanto que acción del hombre, de la vida en tanto que alguien —el hombre— la está viviendo. Su acción. Una acción que, como suya, procede al par de su pasividad, y de lo que en él hay de más activo —trascendente.

Sueñan los animales superiores, pueden soñar quizá los otros,

la planta podría muy bien ser un sueño realizado si alberga el salto que es la vida, el tránsito y transformación de la materia inorgánica a forma viviente —alma—, el puente que es siempre la vida entre dos realidades, que quedan por ello unidas, mas sin confundirse, sirviendo a su vez a una superior unidad, ya que la vida hace servir, transforma lo que está ahí en siervo. Y en este sentido vida es siempre trascendencia, mas la planta no va más allá de sí misma; queda en sí, perfectamente ensimismada, conclusa, por ello imagen de perfección, realidad.

Y como realidad, sueño, por lograda. Todo lo que se hace real enteramente flota como un sueño, se yergue como un triunfo del sueño realizado. Porque la tensión ha quedado por satisfecha, abolida. Y la lucha que hay en el ir haciéndose real algo, en el irse realizando, acabada. Y ya no hay peligro de que descienda y se hunda como sucede a la realidad que aún no es, que se presenta y llega y se escapa; como es siempre la vida que se está· viviendo. La planta aparece ante la mirada humana como aquella vida que ya no va a ninguna parte, que no corre hacia nada, que vuelve sobre sí misma, la vida en perfecta circulación, que se basta a sí misma, que no propone otra vida. Mientras el animal, al tener movimiento de

traslación, evidencia lo que le falta y el más hacia el que tiende: el poderío y su congénita compañera, la indigencia. Como si algo fuera de sí mismo le atrajese y llamara constantemente, como si el sueño inicial hubiera quedado fuera.

Y el animal que sueña es ya él y su sueño. Mas solamente del hombre puede decirse con propiedad tal cosa. En el animal superior que ensueña hay solamente la mímica de una acción cumplida en la vigilia, la réplica de la vigilia. Si estos sueños existen igualmente en el hombre, no agotan la vasta región de los sueños.

Hay sin duda, como se ha visto, un viaje del sujeto humano en sueños a través de todas las regiones de su vida y de los confines de su vida. Un viaje que no es sólo rememorar sino explorar; una exploración de los confines, un otear y un avanzarse a ver, un interno retroceder y un hundimiento.

La totalidad del universo de los sueños abarca ser y realidad. Atemporalidad completa, atemporalidad donde aparece un átomo de tiempo. Atemporalidad con el sentir del transcurrir temporal, con la representación del tiempo. Y la específica suspensión del tiempo que caracteriza a la aparición de los sueños fantasmas del ser. Y todo ello envuelto, dominado por la función representativa, por el principio de la figuración de toda cosa, de toda situación, desde la simple representación que reproduce y mima, es mimesis, imitación a la imagen simbólica que señala el propio destino. Sentidos que desbordan de toda persona para serlo simplemente, universalmente, de la vida humana y de lo que ella propone, de su pretensión. Y aun de algo que sobre ella se cierne. Este viaje, exploración que el hombre realiza en sueños, es no ya imagen de su propia vida, sino su vida en estado inicial. Su vida espontánea.

Nada hay más misterioso en el vivir que los instantes que preceden al sueño. Se diría que se repiten a la inversa los instantes del nacimiento. Y que se trata de un desnacer. No cabe una situación más radical, aunque sea vivida superficialmente.

Pues no cabe confundir lo profundo con lo insólito, ni siquiera con que lo profundo y esencial aparezca en forma leve. No es necesario hundirse en el abismo para que esté ahí, basta rozarlo. Y al entrar a diario en el estado de sueño el hombre roza el abismo de su nacimiento, pasa rozándolo. Más que imagen de la muerte es el hombre que duerme imagen del no nacido del todo, imagen del que está aquí, mas sin haber abierto todavía los ojos.

Abre los ojos y ya está aquí despierto, nacido. No regresa de la muerte, regresa de algo anterior a la vida completa, de una pre-vida donde no se puede valer, donde la realidad no se le presenta, donde sólo se siente a sí mismo, a su propia respiración, al latir de su corazón, al delicado esfuerzo de sus vísceras, donde sólo tiene el rumor inaudible de sus entrañas; la tensión que es consustancial a toda vida y ese apretarse sobre sí mismo en

la unidad que es el ser humano, ese recogerse sobre sí y ese flotar en un océano sin contornos que es no la realidad, sino la vida. El que duerme está sumido en la vida, sin realidad, si sólo duerme. Y entre la vida y la realidad, si sueña. Entre la vida, flotando a medias en ella, sacado, extraído de su océano por la realidad soñada, presente a través del sueño; la realidad a medias, sometida en tanto que es de fuera y a lo desigualmente revelado —si llamamos también realidad a la suya, a la del ser que sueña y se llama hombre.

Flota a solas en la vida y se siente amenazado de hundirse en ella, de anegarse en ella, de naufragar, como sucede en las situaciones de la vigilia en que la realidad se asume por su mismo exceso. Cuando la realidad excede a la conciencia y detiene su tiempo sucesivo, el sujeto se queda solo, solo con lo que le está pasando, sea un suceso decisivo, sea una nada; queda entonces con el simple hecho de vivir o de estar viviendo esto; a solas con el increíble hecho de vivir, pues que el sentirse vivo, simplemente vivo, resulta increíble y, por feliz que sea, amenazador. Es excesivo y no basta, ha de suceder algo más, algo que saque de esta situación estática. Es lo que sucede en todo despertar: se sale de un éxtasis feliz o desdichado, de un simple vivir, de un simple vivir sin más esto o nada.

Al entrar en el sueño se va hacia esta situación reveladora, hacia el desnudarse de la intimidad última. Se despoja el sujeto de su personalidad, de ese quehacer que al par que lo emplea lo reviste, de su máscara; cae su máscara, y con ella lo que está representado y su representación del mundo; se desprende del mundo como de una orilla y tiende hacia ella las manos en un último gesto de asirse a la tierra que le sostenga para no sentirse a solas en el océano de la vida, en el medio de la vida sin mas.

Despierto el hombre está en un medio ambiente, en unas circunstancias; al ir hacia el sueño se desprende de ellas, de su yo igualmente, del yo que ve esas circunstancias, las abandona y se siente a su vez abandonado. Ir a dormir es dejarse, abandonarse al vivir y al ser sin realidad. Dejarse ir entre vida y ser, o entre ser y vida: ser en la vida o vivir bajo el ser como cielo único, como invisible, negro cielo, en la noche del ser. Dormir para el hombre es abandonarse en la vida bajo la noche del ser.

Abandonarse en la vida, abandonarse a la vida, a su ilimitación sin el asidero de la realidad. Cerrar los ojos en un acto de total confianza. Entregarse, confiar, creer. De ahí el insomnio engendrado por la inquietud, por la desconfianza, por la simple descreencia. La oración que cierra la vigilia del creyente es la más adecuada preparación para entrar en el sueño, es el acto de absoluta confianza que remite a la situación de abandono completo, la despedida de la realidad -relativa siempre en la vida humana-, la vuelta a ese estado inicial absoluto.

Es posible que en situaciones concretas cargadas de peligros, o en el centro mismo del peligro, tal acto de confianza se dé y el que las atraviesa pueda atravesar el umbral de la vigilia al sueño, de la realidad a la vida sin más, porque bajo la inquietud y aun la angustia puede subsistir íntegra, inocente, esa confianza última que es como la raíz de la humana existencia.

Pues existir en el hombre es salir fuera, desprenderse, destacarse

subiendo desde ese fondo último de la vida atravesando la realidad, irguiéndose ante ella o entre ella. En tanto que existe, el hombre está solo; solo y desprendido. En tanto que vive sin más está solo, mas no desprendido. Está sumido en la vida, sin tiempo propio, en el tiempo de la vida misma si en ella lo hay. Mas si lo hay él no lo puede medir, ni contar. Sólo puede contarse a sí mismo como mecanismo viviente, a los latidos de su corazón, a su tiempo visceral que no es un tiempo disponible.

El tiempo visceral es el latir mismo de la vida, o a lo menos con él se confunde; es su manifestación. Y el hombre que se dispone a dormir funde todos sus tiempos en el tiempo de la vida. Su latir se torna manifestación del latir elemental de la vida, se reúne en el concierto de todo lo viviente.

Funde su tiempo con el de la vida. Y para ello se funden todos sus tiempos en uno sólo, ese latido por el que se siente estar vivo y que parece ser un tiempo cerrado pues que no tiene horizonte, no está abierto a realidad alguna, no hay en él lugar para que nada entre. Pues que todo tiempo es apertura. Al entrar en la temporalidad sucesiva el sujeto se abre a la realidad y se abre a otras realidades, o a otros modos de realidad, cuando entra en otros modos de tiempo. Este tiempo último, extremo, del que está sumido en la vida en sueño, no se abre en principio, es el simple latir que es el signo y función viviente. Es signo de la vida en el viviente, la vida misma que trabaja. Y en ello muestra, más que imperfección, indigencia; indigencia que es triunfo renovado ... que podría no renovarse; un recomenzar, un recurrir, no un durar. Por eso es ya tiempo.

Tiempo que se hace y se renueva, porque es lo mismo. Bajo el sueño no se hace sino eso: vivir, seguir estando vivo, dispuesto al nacer que es el despertar. Despertar cada día para lo mismo, suceda lo que suceda, salvo que sea el morir, para reiterar la vigilia hasta la muerte, esto todavía más lejos del durar. Y sin embargo, la vida en su conjunto dura.

Mientras dura la vida hay que vivir, renovar aun dormido,

y el dormir es la revelación de que es así el simple dormir, que es sensible, que es sentido por el que duerme. El que duerme se ve reducido así a «las oscuras cavernas del sentido, oscuro, ciego», al origen, estadio primero del sentir que es ante todo sentirse a sí mismo viviente en la vida, sin separarse. En el tiempo ya, mas no en el suyo, sino en el tiempo común con todo lo viviente. Y a su través con el tiempo cósmico, como si el latir de la sangre, el inaudible rumor de las entrañas fuesen las ondas últimas, las ondas captables del latir de los astros, del rumor del universo. El que duerme se siente así en la 'periferia del universo todo, sumido en la vida, más allá de ella en ritmo con el cosmos en su totalidad. Ligado, pues, a un tiempo cósmico, al tiempo físico que de algún modo penetra en él, se desliza en él por alguna rendija, pues que lo envuelve.

Y así, a medida que se desprende de sus tiempos humanos, se desnace, se reintegra al medio de la vida desprendiéndose del medio de las circunstancias. De la vida sin más, no nos atrevemos a decir de la biológica, pues que en ese medio el sujeto despierta sin romperlo y sueña, sueña como hombre.

No ha roto entonces con ser hombre, con su humana condición, el que duerme mientras duerme. El dormir y el soñar, que es vivir humanamente mientras sólo se vive, como si el sujeto no pudiese aceptar ni sufrir ese su sólo vivir, es una muestra de la elasticidad y amplitud del tiempo, del abismo temporal, en el que unos planos se encajan en otros, desde el tiempo más humano hasta el tiempo de la *fysis,* al cual el hombre no deja de estar sometido.

Entrar bajo el sueño es por tanto desprenderse sin perderlas *de* las envolturas temporales que caracterizan la vigilia, irse despojando de todo lo que a ellas corresponde. Y quedarse por el pronto desnudo y envuelto en el hueco que la vida abre para cada ser viviente. Hueco, imagen del abismo pero que le sostiene en él, cueva dentro *de* la movilidad del medio vital. No *se* hunde el hombre en el sueño, sino que queda alojado en él, abrigado, recogido. Desnudo y envuelto. Envuelto en la última envoltura que es el tiempo físico que lo recoge sin devorarlo.

Está en la vida el que duerme, en ella abandonado y por ella sostenido, como si protegiese de ella misma al viviente, de su ilimitación, de su inmensidad. Como si le protegiese igualmente de caer sólo como cuerpo al mundo de los cuerpos, sosteniéndolo en un tiempo indiferenciado, mas vital, por encima de ese mundo. El esqueleto que permanece es el cuerpo que queda en el mundo de los cuerpos, muestra haber sido algo, es un signo del pasado. Quizá provenga de este hecho el sentir a la materia como pasado también, a las rocas que muestran el esqueleto del Planeta, su pasado, lo que queda de una vida que fue, de lo que pudo ser remotamente como organismo viviente y ahora es ya sólo duración.

Y esta materia duración sostiene la fragilidad de la vida que se da sobre ella, sostenida en ella. No conocemos ninguna vida que no esté sostenida, soportada por algo que dura, que dura simplemente, como si su continuo recomenzar, como si esa su reiteración constante no se bastase a sí misma y hubiera de estar.

Pues la vida no es un estar, un estado: es un hacerse que ha de estar sostenido en algo que simplemente está ya ahí desde antes. Y esto que sostiene y está es receptáculo y molde, pues su dar no llega a un dar que no deja huella, que no imprime carácter; está impresa del carácter de aquello que la sostiene visiblemente: la duración.

La duración aparece así con el carácter de lugar. Y por ello no se advierte su carácter temporal, de ser, a su vez, un movimiento. Y basta detenerse, fijarse, para quedar como apegado a ella y en ella extenderse, como si la vida fuese una extensión del ser viviente. La fatiga extrema, la distracción, producen este extenderse en la vida y el anegamiento de la esperanza. Vivir entonces es quedarse en la vida, en ella extendido como en sueños, y asistir pasivamente a su desenvolvimiento, como si ella lo hubiera de hacer todo, de dar todo hecho.

El decaer en la duración es, en efecto, aceptarlo todo hecho como un

traje sin medida. Echarse sobre la ilimitación de la vida tomándola como una extensión plana y continua, como una llanura donde acontecen *cosas.* Estas cosas son sueños, son como sueños en la vigilia. Sueños que se van concretando, tomando cuerpo con un carácter de pesada realidad, sin haber pasado nunca por realidad verdadera, por simple realidad que sólo lo es verdaderamente cuando es sostenida por el sujeto desde su tiempo propio. Sueño para el hombre el hundirse en la vida como en un estado. El estar vivo es el haberse quedado solo en la vida, algo que le es dado y que dura. Estar bajo el sueño, en el sueño, es estar en la duración, asimilarse a ella. Es consecuencia inevitable que el despierto sienta el sueño como una sustracción, como una privación, si quiere seguir' despierto; como una promesa y una compensación si la fatiga o la desgana lo vence.

Tanto en sueño como en vigilia, la duración no sostiene completamente, no acalla m anestesia nunca del todo. El ser viviente no puede caer nunca en la anestesia perfecta. Allí donde va sigue sintiendo. Y a medida que la realidad se le aleja siente su propio estar vivo, siente estar viviendo; que es lo que sucede en los desfallecimientos de la esperanza con agudeza insoportable, como en ciertos modos de estar dormido, en cierto tipo de sueño donde se engendran los sueños más violentos.

En el sometimiento total a la duración, que llega a la entrega, el movimiento propio de la vida se rebela automáticamente, ciega. Abandonada se niega a seguir así, a este mimetismo de lo que le es contrario, al mimetismo del estar. Nacen de ello los sueños-realidad, realidad porque son movimientos reales del ánimo, a veces acompañados de acción, igualmente en sueño que en la vigilia. Son el tipo de sueño que engendra crimen y violencia, como ciegos que son. El sujeto viviente no puede hundirse en la ceguera sin peligro -y de ahí el temor a cerrar los ojos-. Como si al estar vivo correspondiese ya desde el principio y la raíz de la vida el haber de tener ojos para ver.

La duración y los tiempos

Mientras se está en el sueño, se yace en esa continuidad que dura. No es el instante, pues que éste se destaca y tiene unidad, es unidad, es *un* instante, aunque dure, pues la unidad vence y se impone a la duración subyacente. La duración es justamente lo subyacente bajo todo tiempo que corre; sólo queda vencida en la supratemporalidad, en la reunión de los tiempos. Bajo el tiempo sucesivo de la conciencia late, y en ella se recae de tanto en tanto en las pausas y roturas que aparecen en la vigilia. Islas en la

vigilia.

La duración no es un transcurrir sino un seguir, una dilatación que no detiene la marcha del tiempo para quien a él está apegado. Es una sombra del tiempo. O su lecho. Lo que le contiene y separa de allí donde no hay en absoluto tiempo -si es que esto sucede en alguna región del cosmos conocido--. Es el primer vagido del tiempo, su anuncio. No hay transcurrir pero hay un pasar, o un ir monótonamente. Es el desierto uniforme, homogéneo, del tiempo, lo que queda del planeta cuando todo accidente se ha retirado, pero sigue siendo planeta, lisa superficie sin más, extensión que pide ser ocupada.

La duración es como la materia prima según Plotino y aun según Aristóteles, porque parece llamar al tiempo, pero débilmente. Y si le llama también le resiste. Es el tiempo caído en la inercia o el tiempo no despierto todavía. Porque es la posibilidad del tiempo allí donde no hay movimiento.

Mientras que la atemporalidad es la privación de tiempo en el movimiento, los sueños son la inmovilidad de un movimiento: hay movimiento en ellos, mas no hay tiempo. En la duración hay tiempo vacante, extensión temporal sin movimiento que la ocupe. El movimiento del hombre que duerme es el solo latir de sus vísceras, la monotonía de un movimiento que se reitera igual a sí mismo. Y en cuanto se altera en forma tal que produce un movimiento no reiterativo, no rítmico, surge el soñar. Es decir, que el movimiento se recoge bajo la atemporalidad, si es que no se produce el despertar al tiempo sucesivo donde tal movimiento puede alojarse en la conciencia, aparecer en ella. De ahí que todo dolor monótono se aloje en la duración, todo lo que en el ser humano no tiene altibajos. Mientras que los momentos intensos de dolor se producen en cambio en la atemporalidad y son vividos como un sueño sin salida. Y aun el olvido subsiguiente, cuando el dolor desaparece, se desvanece como los sueños.

La atemporalidad pues, se produce, surge y no dura. Cuando un sueño dura es que está a flor de conciencia, inmediato a la conciencia. Cuanto más nacido en un nivel profundo del sueño, más cerrado a la duración.

En el desierto de la duración, todo movimiento, sea fisico, sea de la psique o del sujeto, en su recóndita intimidad, produce como una esfera, la esfera temporal sin realidad, donde lo que no puede ser real, es; toma el aspecto de ser.

Soñar es despertar sin tiempo, bajo el ser. Los sueños son fantasmas del ser proyectados sobre el fondo de la continuidad, donde late ya una representación del tiempo, donde el tiempo está indicado. El hombre que duerme despierta dentro de la duración sin poder liberarse de ella. Y así, la vida que en él se despierta es la vida sin fronteras, no es suya, y si el sueño encierra lamentos de su vida es como si le fuera ajena. Es vida sin más, suceso sin más, sin sujeto. El sujeto en sueños está privado de tiempo. Y la primera consecuencia es que su vida queda desprendida, enajenada; es vida abandonada, dejada a su fatalidad.

Mas la vida no puede nunca abandonarse a ese continuo, a ese estar ahí que la envuelve, enteramente. No puede allanarse en él, que es desierto preparatorio del tiempo, ávido de tiempo. Es residuo de algo que estuvo en el tiempo, que vivió. O apetece llegar a la vida, a los sucesivos tiempos que la vida va haciendo suyos, en los que el viviente va penetrando, tiempo cada vez más acelerado.

Abandonada a ese continuo, la vida se encuentra con el reposo, su infierno. Tal viene a suceder con todo intento de abandono al destino y aun al bien y a la felicidad que por el sólo hecho de transformarse en un durar se convierten en lo contrario de su esencia. Hay cosas que no pueden caer en la inercia, la vida misma la primera. Y lo que no puede caer en la inercia se asimila al sueño. Vida y sueño tienen esta comunidad de raíz y de origen. La vida comienza soñando.

Comienza el soñar despegándose del lecho de la simple duración, a solas sin realidad, postrado el sujeto. Su inacción no le permite conducir esa vida que se despega, que se despierta al tiempo, al medio temporal donde se filtra y ordena. Todo sueño tiene carácter, al par, de emanación y de insurrección. *De* ahí el carácter fluyente; el sueño fluye y es posible sorprender su formación como un humo que se desprende de un lago quieto y que queda sin atmósfera pesando sobre él, traído por él, que recae en él y vuelve a levantarse. U na emanación de la que sólo y no siempre -en cierta especie de sueños- logra desprenderse algo, atravesando la envoltura de la atemporalidad.

Un centro de gravedad oculto -como todos- atrae a ese girón de vida que se desprende de la vida en sueños, de la vida en su primer vagido. Se desprende y recae, y así los sueños se desvanecen. Multitud de sueños atraviesan el dormir sin que aparezcan en el recuerdo más tarde, en la vigilia. Sólo los que anteceden al despertar de la mañana o lo provocan en cualquier momento alcanzan la presencia. Mas algo de ellos se desvanece en seguida en la conciencia, *se* hunde a través de ella, pasa por ella para sumirse en el lugar de donde salieron.

No han tenido tiempo para hacerse visibles. Lo fueron en un lugar de donde no queda recuerdo, donde ser visto no quiere decir ser recordado, ni poder serlo. Han aparecido, mas sin dejar figura tras de sí, en una luz que no deja de ser tiniebla, en una tiniebla que no ha perdido su condición ocultadora por falta de tiempo. Sin tiempo las cosas no aparecen.

Allí donde comienza la realidad comienza la diferencia y, con ella, la discontinuidad. La atemporalidad encubre, porque lo que en ella aparece no encuentra su lugar. Es el enigma de todo sueño, aun de aquellos que parecen reproducir la realidad. Parece que el lugar de lo real, de las distintas clases de realidades, para el hombre, sea el tiempo, los tiempos. Los que el sujeto moviliza y aun crea. La función primaria del sujeto es disponer del tiempo, disponer en el tiempo de lugar adecuado para que las

diversas formas de realidad se alojen. Cabe pensar que haya otras para las cuales el sujeto no encuentra el tiempo adecuado, el tiempo coincidente en que encontrarse con ellas, y están ahí rodeándole, presionándole, como sierpes o pájaros desde un propio elemento.

En lo mas hondo de la atemporalidad

Todo sueño es la inmovilidad de un movimiento. Pues no existe estado alguno, situación ninguna en la vida humana, de completa inmovilidad. La vida en su estrato más elemental, en su límite con la no vida, es tensión, conato de movimiento, predisposición a un movimiento o movimiento reprimido, apresado. Y los sueños nacen de esta imposibilidad, de esta absoluta quietud en el necesario reposo. Vida primitiva por ello, primaria, vida rebelde y en rebelión que reitera el ímpetu primero de atravesar lo que se le opone. Por eso todo sueño tiene carácter, por quieto y apacible que sea su contenido, por lo que la vida tiene en su origen primero de oscura lucha, casi de delito, de perturbación del orden establecido.

Entre el continuo que sirve de fondo al ser que duerme, a la vida que se detiene para proseguir, y la atemporalidad, nacen los sueños, esta pseudovida o vida primaria, auroral, manchada en su origen por tener que abrirse paso, por no ser dada en un medio enteramente apto para recibirla. Una vida que busca su lugar, que desciende. Pues es la vida de un alguien que la deja caer, que cae él mismo.

Se desprende de sí mismo el que entra en el sueño; se desprende de su vida y queda flotando en la vida de lo que no se puede desprender. En un estado embrional, flotando en las aguas de la vida que son las aguas del tiempo donde todo lo nacido aparece. Nacer es nacer en el tiempo, en medio de los tiempos y, por el pronto, en su noche.

Y en sueños se reitera a diario esta situación: nacer en la noche de los tiempos, despertarse sin poder abrir los ojos, asistir a este estar flotando, sostenido por lo mismo que amenaza.

El nacimiento, el despertar soñando, se da en un medio acuoso, poblado de seres aun no nacidos y a medio nacer. Mientras se duerme se está en la comunidad de las sombras de los no nacidos y de los que ya nacieron del todo: de los muertos. En un reino que es el par vida y muerte. Reino que se deja sentir no más que nos abandonamos en la vigilia misma, dejando olvidado el cuidado y con él la circunstancia. Esas circunstancias conformadas por el cuidado, por la preocupación, por la finalidad explícita y concreta.

Si el soñar tiene caracteres de atentado, el atentado de la vida que no puede reprimirse nunca enteramente, el entrar bajo el sueño sin soñar todavía ha tenido caracteres de catástrofe: es la derrota del sujeto que se desprende de la realidad y de la conciencia. De la realidad al quedarse sin tiempo donde coincidir con ella. Es una retirada frente a la realidad, un dejarla ahí, abandonada. Dejar su puesto de vigía, el *aquí* y *ahora* donde está enclavado como vigía frente a la realidad y aun ·sobre ella. Dejar de ver. Y ver tiene antes que ser conocimiento teórico o afán de lograrlo, por eso no se ve todo en la vigilia sino lo que sorprende o extraña.

Sorpresa y extrañeza son las reacciones primarias del sujeto humano cuando despierta. Hundirse en el sueño es aceptar lo que le rodea como conocido, familiar, dejar la sorpresa, esa sacudida que despierta, ya en sueños ya en la vigilia. Y si el que va a entrar en el sueño tiende a soñar, la aceptada sorpresa de los sueños se dirige hacia su encuentro, para no sorprenderse ya de nada.

La extrañeza surge no ya ante lo que llega de improviso, ante un cambio no previsto; la extrañeza «pura», metafísica, nace ante el simple hecho de que las cosas sean, estén ahí. Se extraña más el que_ está en sí, el que ocupa el *aquí* y *ahora,* en una quietud que viene de estar en un centro, de alzarse vigilante sobre ese íntimo centro, sin haber cortado con él la comunicación. Dejar de extrañarse en la vida, es una abdicación que puede llegar a ser abdicación moral.

Bajo el sueño el sujeto se ha entrañado: se pierde en las entrañas de la psique privada de tiempo, donde sólo late el palpitar de las vísceras y de oscuros sentires sin sentido que a ellas corresponden, un vivir sin más finalidad que la de alcanzar el término, el instante del despertar.

Entrañamiento del sujeto en la psique y reducción de la psique; reducción que es apagamiento en el simple contacto sensible con el rumor de las entrañas que funcionan. El sueño perfecto que es un descender de lo humano hasta el lugar donde la vida confina y hasta amenaza ser hundida en la *fysis*. Es lo que el dormir tiene de imagen de la muerte. El cese del tiempo en la duración y el abismarse del sujeto en la psique, que queda apagada, reducida. No en quietud sino en pasividad, en un reducirse en su límite máximo. Cesar, no en la nada, sino en el continuo de la duración. Continuo que parece sostener el tiempo, todos los tiempos y aun resistir a ellos; especie de materia origen del peso en sí mismo, que hace que todo lo por él atraído pese a su vez.

¿El peso sería privación del tiempo?, ¿sustracción del tiempo? Caída a un tiempo más lento. Se siente en la vigilia el peso de lo que retarda el ritmo del tiempo propi0 de cada persona. Se dice metafóricamente de una persona que es pesada cuando alarga el tiempo y lo hace sentir, cuando sujeta el paso del tiempo y lo detiene. Entre gravitación y temporalidad existe una íntima, estrecha relación. Y la pesadez es torpor, lentitud en movimiento, entrada en un tiempo más lento.

Lentitud, torpor. Dormido el hombre se hunde en el universo fisico y entra a formar parte de él como un cuerpo, sumiso como un cuerpo. Como un cuerpo sometido a las leyes de la gravedad, con sólo un hálito de vida; un cuerpo que respira, respirar que se prosigue en la duración.

Como cuerpo vivo no puede quedar privado de un oscuro sentir que es sentirse a sí mismo. Este sentirse a sí mismo como cuerpo en sueños origina un modo de ensueño apenas humano. Pues desde el principio la vida necesita *saberse* en algún modo, por oscuro, por apegado que esté al organismo viviente. Como si de la vida fuese esencial el serse presente, el hacerse presente a sí misma. Y esto no puede suceder si no hay un viviente, un sujeto, por inexistente que sea o por no existente todavía.

Mas en esta situación no se siente el sujeto a sí mismo, el sujeto que ha dejado su lugar. Es un sentir difuso, sin referencias, sin indicaciones, pues que no está despierto el centro del sentir.

La inhibición temporal

El ir hacia el sueño no es sino el cumplimiento de un suceso —su total realización— que tiene lugar constantemente en la vida de la vigilia.

El río de las vivencias más que pasar ante el sujeto se despeña dentro de él, en su fondo invisible. De ese caudal algunas vivencias, solamente algunas, son percibidas por el sujeto, falto de tiempo para percibirlas todas; alcanzar esta percepción es ya un privilegio. Desde este punto de vista resulta cierto que ser es ser percibido —Berkeley—. Ser percibido, captado por el sujeto en' el incesante fluir que desborda su conciencia, es alcanzar a ser. Mientras alrededor de lo percibido distintamente, una masa de vivencias pasa sin lograr darse a ver: conatos, larvas ávidas y condenadas a pasar sin detenerse por falta de lugar; lugar que es en realidad tiempo. Sería cuestión de tiempo que estas larvadas vivencias llegaran a ser sentires, pensamientos, impulsos que siguen su curso.

No es por tanto necesaria la inhibición producida por represión moral, para que el sujeto se quede sin asistir a lo que pasa en la psique en la que está; para que lo que nace en la psique o se eleve desde ella, a través de ella, pase a ser alma. Y para que el alma sea visible a la conciencia. Para que el sujeto humano se mantuviese enclavado en él en un medio transparente. La atención llevada a su máxima intensidad y mantenida en la más perfecta continuidad no alcanza a envolver la vida que la desborda; no tiene tiempo.

El vivir es siempre una aceleración respecto a la conciencia, como lo es con respecto a lo que no vive. La vida parece ser incontenible; la vida por el pronto es un desbordarse.

Y este desbordarse es una aceleración en el tiempo; la irrupción de un

tiempo acelerado tanto en relación a la *Jysis* como en relación a la conciencia humana, los dos límites entre los que parece ir la vida, aunque sean de bien diversa naturaleza.

Y así, ese fluir incesante de las vivencias, de los procesos vitales visibles y de los que tienden a serlo, corre incontenible, se escapa de la conciencia.

La primera acción de la conciencia es, pues, una especie de suspensión temporal, de *epoje*. La simple atención es el indicio y el fundamento del Método Fenomenológico hecho patente por Husserl. El prolongarse de la atención sobre cualquier vivencia, o un grupo de ellas, desata por sí mismo su referencia a la realidad. Disuelve lo que contienen de creencia en ·la realidad y las convierte en cambio en *ser* -cosa que Husserl ciertamente no aceptaría, como tampoco Ortega y Gasset, pues que ninguno de los dos acepta que el *ser* nos sea dado en el sentir, y en esta afirmación nuestra, se da juntamente en el sentir, en su entraña.

La atención prolongada, pues, a las vivencias percibidas, las lleva al terreno del ser, les da ser, ser por sí mismas. Y al hacerse así visibles, aparecen sus relaciones con otras alejadas en el tiempo; las hacen surgir de la masa oscura que forma el fondo. de la conciencia de vivencias apenas dibujadas; se crea una cierta continuidad que hace pensar en el ser como orden.

La persistencia de la atención logra continuidad y transparencia, convierte el fluir de la vida en un cierto modo del ser, sugiere, insinúa, anuncia ya el ser. Y esto lleva tiempo, consume tiempo. El que se toma el sujeto para sí y que regala a las vivencias privilegiadas, elegidas por su atención. Y mientras las demás se desvanecen o quedan rondando ávidamente alrededor del círculo de claridad central. En la vida de la conciencia, la claridad consume tiempo -la luz absorbe tiempo.

Y así se verificará una especie de escisión, pues que la masa de vivencias no elegidas para ser elevadas a sentires, percepciones o pensamientos, no cesa por ello de seguir ·dentro de la vida del sujeto, así como no dejan de vivir los individuos no elegidos por la gracia o la justicia. Lo que les sucede a estos sentires y pensamientos larvados es que se pierden, que se desprenden y precipitan en una especie de remolino, imagen efímera de la condenación eterna. Eterna porque es la condenación del tiempo: quedar arrojado en lugar de quedar asumido, alzado a un plano de la temporalidad superior en la espiral del tiempo que se va estrechando según se acerca su centro.

Queda lo no elegido por la claridad de la conciencia, fuera del tiempo, bajo el tiempo, en los infiernos de la temporalidad sin tiempo, allí donde el no haber tiempo es una verdadera, radical privación. De allí serán sacados por la actividad mediadora que es soñar, en el mundo intermediario de los sueños.

Pues que en esta privación de tiempo lo que la padece se precipita y

cae en una profundidad abisal, no ha perdido su incompleta realidad, pero tampoco su apetencia de realidad. Es la situación típica de lo condenado. Y a mayor poder de la conciencia, sigue un mayor número de estos condenados al no tiempo, al no ser.

Y así vimos que sin intervención alguna de ninguna traba moral o social, por el mismo funcionamiento de la conciencia que no alcanza a repartir el tiempo por igual entre todo lo que ante ella surge y la atraviesa, se crea una primaria y constante, inexorable inhibición, que conduce por sí misma al estado de sueño, que es ya sueño aun durante la vigilia. Pues que entrar en el sueño es desprenderse de lo que está pasando en la psique, quedar la psique abandonada del sujeto. Y así, la parte que en la vigilia queda abandonada se hunde, sin interrumpirla, en los abismos del sueño, por quedar privada del tiempo y de ser visible -forma plena de la realidad.

La realidad necesita ser sostenida por la conciencia en el tiempo; abandonada, cae. Y como el tiempo es movimiento, toda realidad no sostenida tiende a caer, está cayendo siempre. Pesa.

Pesa la vida. El río de las vivencias es arrastrado; cae desde el tiempo donde pasa un instante como si pasara por la luz, a la duración donde yace; como chispas de luz absorbidas por la neutra oscuridad sin fondo.

Lo que está privado de tiempo en la vida, pesa. Pesa y cae, se precipita. El único modo de no pesar es quedar en el presente sostenido por la conciencia, lo cual sería a su vez una detención del tiempo sucesivo; quedar en un tiempo sin pasar.

La privación del tiempo es caída. Y la velocidad de esta caída parece estar en proporción con la cantidad de tiempo del que se le priva al sentir o al pensar que cae. El exceso de velocidad en el fluir del río de las vivencias produce un estado semejante al del sueño: de una parte una duración que atrae hacia sí, que sepulta en sí a lo apenas nacido. Y de otra el delirio. Llamamos delirio al automatismo de la expresión sin intervención alguna del sujeto; la enajenación de ciertas vivencias más intensamente vividas de la conciencia. Una vida sin lugar que salta fuera de su cauce, desligada de su centro.

Una situación pues, esta que señalamos, en la que el río de las vivencias está dominado por la gravedad, atraído irresistiblemente por la duración que le aparta del tiempo, que le desvía del curso de la temporalidad. La masa de las vivencias va así dominada por la gravedad y sin centro.

Mas, si la atención retiene en el espacio del presente, ensanchándolo, una de esas vivencias privilegiadas; el tiempo entonces se alarga, se dilata. Y el instante presente no alude ya al futuro, pues que de ello justamente depende el ensanchamiento del presente: de una especie de aislamiento del influjo del futuro, de esa presión que el futuro ejerce sobre el presente que se ve así empujado a abrirse a otro instante igualmente presente. Pero ya *otro.*

El presente no es un instante, sino una sucesión de instantes separados entre sí por un vacío apenas perceptible: ese vacío indispensable para que el tiempo pase, ese poro que en la atemporalidad no existe. Un presente prolongado como una nota sostenida sería, en la vigilia, atemporalidad.

El instante presente viene como una onda, como una reiteración modulada, como una pulsación; esa pulsación que se encuentra en el fondo último de todo lo vivo y que aun la luz de los astros emite cuando llega a esta nuestra atmósfera.

Así, hay diferentes modos de presente según la velocidad de su reiterativo pasar que depende de la presión que ejerce el futuro y de su opuesto polo, la atracción de la duración subyacente. Hay modos en que el presente no resiste apenas y pasa efímero. Es el carácter extremadamente efímero de ciertos instantes tan cercanos al desvanecerse de los sueños.

Mas en lo efímero es el instante el que pasa, sin incidir ni en la conciencia ni en la sensibilidad del sujeto. Es un modo de pasar también sin centro, desprendido del centro y, más todavía: desprendido del campo de la sensibilidad, lo que en sueños no acontece, al menos en esa forma. Pues que los sueños no se desvanecen porque no incidan en la sensibilidad, sino contrariamente, se desvanecen más rápidamente cuando han nacido sólo de ella; cuando su sustancia es meramente sensible. Son entonces inasibles y casi sin argumento; mas dejan huella. Son efímeros por inasibles. Y no lo son como afecciones de la sensibilidad o emanaciones de ella. Mas tienen en común el pasar sin pesar, como humo desprendido, como esencia evanescente.

Humo que en los sueños se desprende de una sensibilidad herida, de una herida abierta que no siempre causa sufrimiento. Y en la vigilia simplemente de lo inasible y pasajero, de que la realidad a que tales vivencias se refieren no es admitida porque no afecta, apenas es sentida; algo más percibida que sentida, mientras que en los sueños es más sentida que percibida.

Pero a causa de ese efímero pasar, de ese desvanecerse, en la vigilia se llega a una situación análoga a la de los sueños por falta de realidad. Una falta de realidad que determina no la falta de tiempo -la atemporalidad- sino un tiempo vacío, un tiempo hueco. Un tiempo sin realidad, contrapartida de la realidad sin tiempo de los sueños. En los sueños que se desvanecen hay una referencia al «ser», mientras que en la vigilia -en lo efímero-- se está lejos del ser, suelto del ser, sobrado de tiempo y sin realidad, con sólo la «forma» del vivir.

Lo efímero pasa sin peso, pasa simplemente. Ni siquiera puede posarse en sueño; no se materializa nunca; por eso encanta, fascina, prolongando la pasividad en que han caído la conciencia, el sujeto y la sensibilidad. Es sueño de sueño. Soñar que se está soñando; soñar que se está viviendo. Sin vida, pues que la vida se torna en ese estado inasible, lejana, inasequible como en sueños sucede con la realidad. Se sueña ávido de realidad; se permanece en lo efímero ávido de vida. La vida está lejos y es por ello

indolora. Se acaba soñando que se vive sin sentir, que se vive en otro modo de vida en el que el único sentir fuese sentirse vivir, simplemente a salvo de lo que la vida da y exhibe, de ese golpear constante de lo real que hiere y despierta, que sobresalta y hace despertar. Ese vivir en lo efímero es vivir sin sobresaltos, no ya desde la atemporalidad, sino desde el simple pasar del tiempo en la insensibilidad. La insensibilidad pues, es en cierto modo el equivalente en la vigilia de la atemporalidad de los sueños, determinante de una situación de estructura análoga y al par inversa, como hemos procurado describir.

La insensibilidad hace que el pasar de la vida sea un simple pasar sin congoja. Mientras que bajo el sueño el sentir crea el sueño acongojado, sin más realidad que ésa: la cuita, el cuidado perenne de todo ser viviente. Y el argumento se inventa o *se* edifica sobre el sentir *de* esa herida que se ensancha y se ahonda todavía más cuando nada concreto está pasando.

Lo efímero es como un sueño sin cuita, lo que es vivir sin estar herido, o asediado por la realidad, y sin estar acongojado por el propio *ser.*

Mas en la situación opuesta a la de lo efímero, cuando el presente se dilata y ensanchándose parece absorber pasado y futuro, se produce un apegarse del sujeto a este instante de tiempo que le lleva a los confines del estar soñando. Porque el modo normal de vivir el presente es sentirlo como fragmento de una corriente temporal: percibiendo su movimiento. El ensancharse del presente es un sumirse en el presente, un abismarse en él. Y a una cierta duración de ese estado, el instante parece ceder y diversificarse; un vagabundear de la atención comienza dentro de él, como si dentro de este ancho presente se esbozara una complejidad que deshace su unidad; como si una contenida fluencia, o a lo menos una labilidad, lo irisara como el agua impura irisa una redoma de cristal. Como si no fuera posible que el tiempo se mantuviese así: recogido, uno, esférico, cerrado en sí mismo, con la pureza de una gota de luz suspendida en el vacío. Como si la unidad del tiempo no pudiera mantenerse, y se descompusiera en sí mismo, por sí mismo, al no hacer alusión al pasado y al futuro; al no estar engarzado en la relatividad. Y aun: al no hacer alusión o al no estar situado dentro de un modo: el sucesivo, que a su vez alude y se sostiene en la relación con otros modos del tiempo; del tiempo vivido más allá de la conciencia, bajo ella y sobre ella, en la vida humana.

Se asemejan, según vemos, a sueños y aun se deslizan hacia el soñar los estados en que el tiempo es vivido en un ensanchamiento, en una dilatación que llega a ser estancamiento. Como si el correr del tiempo y las vivencias que arrastra estuviese sujeto a un cierto ritmo, fuese ritmo; ritmo susceptible de ser más o menos acelerado, mas dentro siempre de unos ciertos límites, tal como sucede con la respiración. Un ritmo, un cierto ritmo y una referencia a un centro íntimo en el interior del tiempo; a un centro, algo así como el corazón del tiempo, que con su latir sujeta y unifica, sincroniza las diversas series de tiempo vividas a la vez por el

sujeto, lo que en sueños se pierde. Y así, se revela un aspecto del tiempo —u suceso en el que había quedado visible o a medias visible— Se produce una revelación de las entrañas del vivir temporal, fragmentaria, efímera y con carácter de absoluto.

Y siempre que en la vigilia se da esta descentralización, este descorazonamiento, se va hacia el sueño y aun se vive en sueños. Pues que la sincronización no llega nunca a ser completa. No hay tiempo bastante en lo humano para que todo lo que pasa sea vivido desde el corazón. Hay en la vigilia, pues, un sueño constante, un caer en el sueño de series enteras de vivencias privadas de tiempo. Su acumulación pesa, va formando esa pesantez, ese torpor que anuncia y conduce al sueño, al entrañamiento que es entrar bajo el tiempo en las oscuras cavernas de1 sentido.

La no sincronización

Se nos presenta esta cuestión: la atemporalidad dada en el soñar, ¿proviene de la no sincronización en grado extremo?, ¿una especie de desintegración del tiempo? ¿La atemporalidad sería tiempo desintegrado? O, más precisamente aun, ¿aquello que adviene al despertar dentro de la desintegración del tiempo?

Como se ha dicho, no todas las vivencias son percibidas, ni las que alcanzan a serlo transcurren con igual velocidad. A esto se añade que ninguna vivencia aparece sola, desligada como un astro solitario. La que aparece así en el horizonte de la conciencia es centro de otras que giran en su torno o que la acompañan palideciendo en su luz o iluminándose en su destello. Lo que se da en momentos excepcionales, cuando una realidad o un pensamiento se aparece como la solución de un conflicto o como la cifra de una esperanza largamente sostenida: cifra de esperanza o de amor. Y está también la forma -genéricamente- de la aparición de la verdad, de la verdad que se encuentra o se descubre repentinamente: de lo que se da, se ofrece o se revela.

Toda vivencia forma parte de una serie, más bien de un sistema del que forman parte otras alejadas en el tiempo. El pensamiento, sentir o impulso que pasó inadvertido, la imagen que palideció antes de concretarse, se revelan y aun arrojan su significación cuando aparece otra que las llama: el pasado que yacía y que resucita cuando algo que era su futuro se hace presente -lo que constituye el fondo de lo que se llama experiencia-. El pasado que pasó a serlo sin haber sido nunca presente y que puede ser considerado como anticipación del futuro, o más bien como algo que fue retardado o preterido hasta que llega el instante en que aparece inevitablemente' algo que no puede ser entendido, asimilado, sin esta especie de resurrección. Los dos modos suceden y este último tiene lugar cuando se trata de algo que la persona no quiere tomar en cuenta; origen de un error que se repite o cuerpo de un umbral que se resiste a ser traspasado.

Cuando así sucede se da una contemporaneidad entre la os

cura vivencia que se alza desde el pasado -ese que forma el lecho del olvido-- y el pensamiento que está llegando mientras que el olvido resucita. O bien el pensamiento se detiene hasta que resucita aquello que fue olvidado —que le resistiría como un obstáculo— En todo caso, hay un instante que les es común, se unen en un presente. Una serie de vivencias les siguen y aun pueden brotar otras de esa su conjunción. Se da entonces la contemporaneidad de lo que ha nacido separadamente en el tiempo. Y todavía más precisamente: de lo que ha atravesado la conciencia en un modo temporal distinto. Y así, aquello que pasó precipitándose, privado de tiempo o confundido en la masa de las vivencias, se une con lo que llega destacándose con tiempo propio, el que le es necesario para ser visible y actuar.

Del hecho de que no sea posible para la conciencia repartir

igualitariamente el tiempo entre todas las vivencias que la inundan, se sigue esta disparidad de suerte entre ellas. Y como ninguna vivencia va sola, series enteras y aun series de series entran en el pasado sin haber tenido presente. Reaparecen más tarde, resucitan a la llamada de otra que llega portadora de mayor claridad, claridad que proviene de que goza de un tiempo propio que ilumina estas oscuras vivencias que son vividas así en su plenitud, sólo entonces, sin el contexto temporal que las acompañaba. Pasaron por ser pasado antes de haber sido presente. Y así el presente les llega sacándolas con su luz del pasado de privación, especie de nacimiento a medias.

Y algo apenas nacido, ¿puede haber permanecido enteramente? ¿Puede no haber ejercido una especie de influjo, de hechizo sobre ciertos grupos de vivencias atrayéndolos hacia sí, encerrándolos, creando si no un círculo mágico, un casi círculo mágico, separándolos del resto del fluir en que nacen y haciendo pesar sobre ellos algo así como una fatalidad, un peso, un destino?

Se trata de la atracción ejercida por el lecho del pasado donde yace la vida a medias vivida; canto de la sirena que se yergue entre las aguas del olvido asomando su medio cuerpo apenas incorpóreo. Un canto que no tiene palabra por falta de articulación, pero que sí tiene voz; lamento, llamada, promesa, seducción, en suma. El canto de lo vencido que no se resigna; el vagido de lo apenas nacido y arrojado sobre las aguas. Pues que ese lecho del olvido es movedizo, ondulante porque fluye sin encontrar la salida. Es el mar interior comunicante con el mar océano de la vida toda, donde puede ir a dar si no se aferra a un trozo de tierra firme, visible por instantes para volver a ser sumergida.

Es ese mar interior de la psique sin palabra, donde surgen voces inarticuladas, de donde nos llega continuamente un rumor semejante al del mar: confuso, anónimo y rítmico. Parece formado por una muchedumbre de vagidos donde se puede percibir con cierta distinción lo que llora por nacer en esperanza, lo que lamenta el no poder nacer ya y aun lo que clama, la amenazadora voz vindicativa ante *la injusticia del ser* de Anaximandro. El *apeiron* primero que promete y amenaza, lo que hay de *fysis* en la psique humana: el lugar donde se muere y donde se engendra, inconsiderado y aun huido y, al fin, ignorado por ella. Pues que sobre esa *fysis* no parece haber planeado nunca el *logos* filosófico. Ya que los cuatro elementos -las cuatro raíces del ser según Empédocles, *el fuego que se enciende con medida* y *se apaga con medida* de Heráclito, al cual todo lo viviente retornará un día, el agua que es el ser de todas las cosas de Tales y el mismo *apeiron* de Anaximandro son cósmicos, son el universo y no específicamente humanos, como sustancia, agua y *apeiron,* como *logos* propiamente, el fuego. Mas en lo que hace a ese mar interior, *fysis* en lo humano, sólo el *Nous* de Anaxágoras parece poder penetrarlo. Mas no ha seguido, como es notorio, la filosofía ese camino.

Y así ha quedado bajo el *logos,* sin que se haya intentado siquiera atraer hacia su dominio ese llanto, ese vagido, origen último de la voz que surge sin palabra, canto inicial entre muerte y vida, entre humano y no humano, el canto oceánico de la vida apresada en la psique humana.

Es ese rumor en que se hunde el que duerme, el que lo acoge en el lugar del silencio, del esperado silencio inaccesible. Al caer en el sueño se es acogido por el rumor *de* la psique *que* cuando sucede felizmente *es* un acunar, pues que el rumor *es* rítmico. El mar interior *de* la vida *es* la cuna donde *el* hombre *se* adormece hechizado por su canción. La canción primera con *que* la vida madre aduerme a sus criaturas en la vida y en la muerte; canción de muerte y canción de nacimiento y resurrección.

Al caer bajo *el* sueño se es acogido por la vida sin palabra, por no haber llegado hasta ella o por estar más allá, donde todo es posible, en *el apeiron,* lo indeterminado primero, acrecentado por lo *que* se ha vivido si de ello el sujeto, aun en sueños, se hace cargo. Y es el poeta Calderón de la Barca quien lo enuncia y anuncia —pues que es una buena nueva— al decirnos que el *hacer bien no se pierde ni aun en sueños.* Pues que si no es así, este indiferenciado *apeiron,* este mar primero de la vida humana puede ahogar, hacer olvidar con su canción, hacer envolver al que en él entra, su tesoro ganado paso a paso *en* la vigilia, en su tiempo propio: sin identidad, la identidad que ilumina la oscuridad primera llamándola a incorporarse, a despertar, a resucitar ya aquí sobre la tierra, ejercicio indispensable —se nos figura— para el feliz cumplimiento de la de todas maneras inexorable resurrección, despertar total y último.

Mas se hace necesario saber que en principio la identidad no aparece, por el contrario, se pierde en sueños; el sujeto *se* queda sin su imagen, esa imagen que continuamente, sin darse cuenta, hace y rehace, la persona sin máscara reconocida. Sólo el ser a solas, el ser que es indisolublemente, solamente él se encuentra depositado sobre el mar de la vida, olvidado. Y si cede a constatar este olvido aparece el desamparo.

El análisis proseguido hasta donde nos sea posible de la atemporalidad y de la subsiguiente inhibición solamente temporal, sin tener para nada en cuenta las inhibiciones según Freud y sus seguidores, según Adler y, en cierto modo, según Jung —con quien nos une la consideración de ciertos horizontes—, esperamos *que* nos conduzca al camino temporal, a vivir *el* tiempo como camino, para *que* no sólo el obrar bien ni aun *en* sueños se pierda, sino para soñar bien, para que el soñar sea camino de vida, *de* la que no acaba.

El ensueño sin forma

Sobre la duración, deslizándose sobre ella, se da una vida que viaja como agua que se desliza sobre un plano liso que recorre siguiendo su propia ley de buscarse un camino; la ley de toda vida que es buscar un camino en tanto que es vida de alguien.

Al estar apegado a la duración corresponde un ensoñar más que un soñar. No es el sueño propiamente dicho, es un deslizarse del vivir del sujeto sin guía. Es una continuidad falta *de* cauce, del cauce de la temporalidad precisamente. Y va desde la pasividad extrema hasta los estados en que la fantasía no puede ser detenida en la misma vigilia. Es una continuidad no lograda por la atención, el empeño que une la discontinuidad temporal. Es la continuidad primaria, la *expansión* de la vida que raramen*te* se deja retener ni en vigilia ni en sueño.

En vigilia *se* extiende como indeferenciado fondo, como primera materia vida, que se desliza cortando la continuidad de la conciencia, que la dispersa ..Es lo que la vida tiene de fluido, de no enteramente reductible a la conciencia o soporte de la conciencia.

Es la autonomía de la vida. Lo que siempre se escapa a toda situación o estado del viviente: lo no conquistable en modo total ni duradero por ningún acto de conciencia, por imperante que sea su actualidad, por muy absorbente que sea su función. Por intenso y decisivo que sea, todo acto de conciencia deja un halo, un sobrante, un fondo vital intocado. Por envolvente que sea un estado de ánimo, deja suelto y a veces desprendido como un anillo de materia vital que indiferente sigue ... viviendo.

Pues en lo que hace a la vida humana -única de la que tenemos un cierto conocer interno-- parece apuntarse, si no darse del todo y en grados diferentes, una especie de escisión categorial: una diferencia entre lo que sucede y aquello donde sucede: la vida que el viviente propiamente vive, a la que llama propiamente mía, y su soporte.

La vida humana es ante todo la vida de un *ser viviente,* es una vitalidad colonizada por un sujeto. No es vida ella sola. Y lo que llamamos vivir se presenta como una serie de estructuras anímicas ante todo, ya que las funciones meramente fisiológicas, si las hay, se hacen sensibles desde la psique y presentes desde la conciencia. Es la atención marcada por la finalidad la que diferencia en pisos, por así decir, la intimidad del sujeto con su propia vida. Y de la intimidad del sujeto consigo mismo. Son dos formas de intimidad netamente diferenciables que sólo en instantes privilegiados coinciden, se unifican: es la plenitud de la vida.

El sujeto está ciertamente en su vida, mas parece saber, y en ocasiones sentir, que la vida tiene confines, y que está haciendo suya una vida que se le ha dado, su vida, sí, pues que le pertenece. Mas que esa vida cambia de

amplitud, y aun de tonalidad y consistencia, que es un medio fluido antes de que sea un fluir; que el «río» de su vida se abre paso en la vida como en un mar. Y que el río se ensancha y ahonda, cambia de volumen, de consistencia; que le resiste o amenaza; le resiste y le amenaza siempre, mas en grados diversos. Y por momentos se siente flotar casi olvidado de sí mismo. El olvido de sí mismo que en la vigilia crea un estado análogo al del sueño. Se deja llevar por la vida y puede sobre ella sostenerse casi inmóvil, con sólo respirar a compás de su ritmo, en coincidencia con su pulsación. Es como un sueño en el que no es necesario estar dormido, cerrarse y ocultarse como en el dormir. Es un dormirse sin ocultarse: por darse, por entrega a la vida vencida de momento, la doble resistencia del sujeto a su medio vital; de la vida enclaustrada en el sujeto, el que la sostiene y alimenta; una doble entrega sin restricciones. Ha caído la máscara; la representación que se sigue en la vida.

Y llevado por la corriente, envuelto en el sincronismo, se desliza, sin sumergirse como en el sueño. Hay conciencia, mas sin apenas representación; lo que llena y forma el estado del sujeto es casi puramente sensible, es sentirse en la vida sin amenaza ni resistencia. Y la finalidad que despierta y mantiene en vela la conciencia se ha retirado. Se está viviendo en la vida, en su medio fluido, cambiante, sin nada sólido, sin apenas soporte, esa isla que en medio de la vida, aun de la nuestra, sirve de soporte y de pedestal a la figura humana.

El contenido de la conciencia que no ha cesado es indiscernible, por no ser representativo. Es meramente sensible, huidizo y semitransparente, pues que no se trata de visión alguna, de modo alguno de ver, sea intuición de realidad presente, sea representación formada por recuerdo o intención.

Parece difícil de admitir que en la conciencia pueda no haber contenidos representativos cuando no está ocupada por los conceptos y que la conciencia subsista. Mas no sólo subsiste sino que en tales estados goza de una específica lucidez: la proporciona el sujeto, pues que no se interpone para nada. La conciencia en el sujeto pensante arroja su sombra, muestra sus opacidades, sus puntos ciegos, más ciegos y más opacos cuanto más concentrada es la atención y mayor la actividad del concebir. Así en el olvido, sin imágenes, lejos del concepto, abandonada y libre de la cerca de la atención, se expande y sutiliza, se hace diáfana, se limpia de toda huella, se purifica abandonándose sin retirarse de la vida. Es conciencia naciente sin memoria, es conciencia sin determinaciones; pura conciencia in *status nascens*. No sirve a ningún uso: es.

Y sí pueden atravesarse los mutables confines de ese río más allá de la restringida seguridad de su cauce. No son los desiertos que atraviesan en la vigilia por la falta de interés o de energía vital, sino el viaje en que se es llevado más allá de los lugares donde se suele morar, donde el sujeto se fija y se detiene: para mirar, para inspeccionar y descubrir; el lugar donde el sujeto está más allá de la cárcel de las circunstancias y aun sobre ellas,

sintiendo su naufragio --o su seguridad que en este caso es lo mismo-- para salvarse de ellas, para atravesarlas o sobrepasarlas.

Aquí no hay circunstancias. Y hay conciencia, tenue e invulnerable, *in status nascens,* en estado de pura libertad, sirviendo porque no está obligada a servir, sirviendo porque no está siendo usada.

Nada es usado, dirigido, en esta situación. Nada oprimido por la razón imperante, imperante siempre por muy vital que sea. Flota la vida sobre las aguas.

No hay drama ni oposición alguna; no se ha caído allí por un naufragio. «Allí», no el «aquí» donde el sujeto humano padece y hace su vida, el aquí donde en medio de su vida existe, se esfuerza en existir. Que por eso es el perenne náufrago. Si no tuviera que existir, salir de algún modo de la vida que le es dada, no se sentiría nunca náufrago, como el animal no se siente, ya que no es la adversidad, sino el tener que hacerse su vida entre las circunstancias lo que le obliga a sobrepasar circunstancias y situaciones, a existir llevado, obligado por la finalidad que es trascendencia.

No trasciende pues por su esfuerzo. Trasciende, sí, de una curiosa manera. Porque al dejarse llevar flotando en intimidad con la vida, con toda la vida —y no sólo con la suya, y no sólo con la humana— no ha dejado de ser, y es entonces cuando se despierta, se une a la vida, se identifica con ella. Y la vida, ella, es trascendencia.

Se despierta en la Vida a la vida humana; nace. Nace sin violencia alguna, desprendiéndose, como parece desprenderse del lecho acuoso del horizonte con su lumbre, la aurora. Es fuego que se adentra y mezcla en las aguas: vida que se aclara e ilumina. Y el foco en combustión que se consume, el que crea y destruye vida, no aparece. No está así el hombre en tanto que crea sino en tanto creado; no destruye ni consume todavía. Alumbra, irradia, desprendiéndose levemente de la vida, lo que le hace flotar sobre ella. Se desliza por la duración como una promesa sin angustia. No hay angustia porque el tiempo no es necesario en esa libertad sin necesidad, sin circunstancia. Hay un trascender sin temporalidad, sin haber de seguirla ni atravesarla. El hombre, la criatura humana, aurora de la Vida. Y como ella forma una corona, no importa dónde aparezca o esté. Vida que alumbra a su criatura, que se alumbra más bien en su criatura, dejada allí, depositada en ella, caída en su regazo, por el momento sin drama.

Puede recorrer sin detenerse, deslizarse por lugares no humanos o no humanizados todavía; que lo fueron antes rememorando lo que un hombre recorrió inmemorialmente; pasando sin memoria por donde ya pasó un primer hombre; aventurándose sin angustia ni temor por donde ninguno se ha detenido todavía; vislumbrando, como nubes, circunstancias que lo serán un día y que para él son formas desconocidas, como dioses, lejanías remotas que serán horizontes. Hasta que un abismo se abre entre las aguas, una impenetrable oscuridad que acomete súbitamente las raíces del viviente que no pueden deslizarse más fuera de su medio. La oscuridad del

confín y el abismo sobre el que se da la vida, ese abismo sobre el que la duración, preparación del tiempo, se extiende como plano de deslizamiento, como indiferenciado sostén y que parece tener un límite. Y la oscuridad última del *ser,* del ser que va a existir. Pues toda luz para el hombre, la que ve y la que goza, sale de la tiniebla.

Y al despertar de esta intimidad con la vida, al cesar el ensueño, se siente lo que toda la vida tiene de sacada de las aguas. Y si es el hombre el existente, de salvado de ellas.

El ensueno de la intimidad consigo mismo.

Ensueño es intimidad sin tiempo. Sin tiempo todavía. Es una especie de vagabundear en la duración, pues la sola adhesión a ella no despega al sujeto del dormir, de ese estado de entrega a la total gravitación. El ser humano mientras duerme es un peso que vive una cosa, un trozo de materia donde la vida está encerrada. Encerrada y reducida, sumergida en la materia y aislada por ella; también protegida. Y si la vida no desbordase la ley de conservación no habría ensoñar ni soñar (la ley de la conservación biológica, se entiende). Sería el estado reparador, ya que el vivir produce una usura.

Mas la vida tiende a escaparse de su propio reposo; como el agua se desborda para alcanzarse a sí misma. Y este desbordarse es ya su tiempo. Así el ensueño no es todavía tiempo, tiempo en el sentido de temporalidad. Es una especie de pretemporalidad en la que el tiempo está anunciado; ese vagabundear, correr sin cauce, es avidez de tiempo. ¿De cuál? ¿De cuál de sus dimensiones si se le considera en el modo de la temporalidad —pasado, presente, porvenir—? O bien es la avidez de tiempo en otro modo, vagabundear siguiendo sin ley, persiguiendo, las diversas caras del tiempo; dar vueltas, recorrerlo siguiendo, ¿qué figura?, ¿qué estructura?

Hay en el ensueño, aun en este de sola intimidad con la vida, un anhelar. Un anhelar que parece constituir la esencia misma del vivir—. *Vivir es anhelar,* y anhelar supone no tener y tener más; no haber llegado y estar más allá. Anhelar es el *a priori* en la vida.

Y este *a priori* es tiempo o engendra tiempo, el tiempo. Sin anhelo la vida no se daría en el tiempo, no sería ya tiempo ella misma. El anhelar es el fundamento del hacerse que es vivir. Hacerse que proviene de un sujeto, que supone un sujeto aun en el campo de la vida biológica meramente, de la más elemental.

En esta dimensión primaria de la vida anhelar es tendencia a la apropiación: al presente. Y en el ensoñar humano la vida sigue su elemental ley del anhelar, y por esto desbordarse y perseguir para apropiarse de un presente, en el cual estar presente a sí misma. La vida se busca en el presente, se despierta sucesivamente para buscar presentes donde encontrarse y producir una forma.

Frente a ella, la materia es como el pasado. Desde la vida, la materia es pasado que ella ha de atravesar para encontrar su presente que llegará a ser pasado de cierta manera, que llegará a ser materia. Entrar bajo el sueño es caer en un pasado remoto, materializarse hasta el límite en que la vida puede hacerlo, tocar el fondo último de la gravedad, como se ha visto: uno de los aspectos de la ocultación. Ensoñar es desmaterializarse ya, comenzar a vivir desde ese estado de ocultación en la materia que es pasado y que es

peso. Anhelar el tiempo, todo el tiempo. Mas desde la forma del presente, a través del presente inmediato.

De ahí la rapidez y la inestabilidad de las imágenes y aun su tenuidad, la avidez del presente no es el presente. Y sólo el ancho presente permite la fijación de imágenes. En el ensueño la avidez lo desborda. Y ni siquiera lo imita.

El ensueño es el escaparse de la vida, su huida de la materia: ese pasado que ha quedado ahí desposeído. La materia, mirada desde la vida, está despojada como lo está la persona anciana que ya no puede ni rememorar, pues que se rememora siempre avivado por la esperanza, por un cierto futuro. Y en tal sentido no es la persona vista desde sí misma, sino vista desde afuera, desde una vida en la cual ella no puede ya entrar. Permanece ahí visible desde su pasado, visible en un pasado sin remedio, sin reavivación posible. Y en tal sentido la materia es lo contrario del tiempo, lo que le es irreductible por consumido por él. Recordar, revivir, es como el ensoñar: salvarse del pasado, salvar el pasado.

Mas propiamente, ensoñar es transformar el pasado en presente en tanto que tiempo del que vive: dejar de estar tendido en el pasado para buscar el presente, aunque sin llegar a hacerlo, pues el presente sería ya estar despierto y, en la forma más alta, superconsciente.

No se trata pues de tener pasado, ni siquiera de esos estados de ánimo en que el pasado se *echa encima* e invade la conciencia. Esto es un hacerse presente del pasado, y en forma más plena que cuando fue presente.

Ni tampoco se trata de esos estados en que el sujeto se inclina hacia el pasado como si intentara vivir en él de la nostalgia. Se trata de un estar como pasado, yacente en el pasado; cuando simplemente se duerme, lo que se revela en ese sentir que se está durmiendo. Es un yacer en el pasado sin aliento temporal alguno. Sin un mínimo de *respiración temporal,* suspendido el *a priori* por el cual la vida es actualización temporal.

En la vigilia son posibles tales estados en forma fugitiva o asentándose en la permanencia. Es lo que constituye el fondo de la *depresión,* de toda depresión normal o patológica. El individuo por ella afectado no es que rememore su pasado, lo recorra ni se deje invadir por él, es que está yacente en el pasado, hundido en el pasado, inmovilizado en pasado, materializada su presencia para sí mismo; ya que el hombre nunca puede ocultarse completamente, su presencia a sí mismo es la de una ocultación, lo que no es igual que estar del todo oculto. Está presente a sí mismo como oculto. Está presente a los demás como la forma materializada y sin vida de aquello que era. Aun vivo se puede decir, y sería lo adecuado: fue. Está ahí en tanto que fue, dejando ver que fue y lo que fue.

Mas cuando lo era no lo era así, sino en tránsito, en acción, en actualización de la temporalidad, haciendo continuamente de su pasado presente. Lo cual sólo se da cuando actúa el futuro. El presente que es estar presente y hacer presente es salvación del pasado en futuro. Para el

deprimido, ensoñar es el tránsito inicial a la vida, ya que vivir en plenitud es hacer presente, y hacerse presente es estar haciéndose real, que es estar apareciendo. La vida es una continua aparición. Y en el hombre, en y a través de la conciencia, él es el medio de la aparición: lo que entra en ella se hace realidad.

La génesis del sueño y de los sueños

Si el despertar es un arrancarse, el momento de entrar en el sueño es un abismarse de la conciencia que se sumerge como si fuera reabsorbida. Son los movimientos del cuerpo los que toman, si así puede decirse, su lugar. La respiración, de hecho, disminuye, viene a ser la protagonista del ser vivo. Y tiene lugar, al mismo tiempo, un imperceptible movimiento que la cruza, un movimiento interno en sentido horizontal que tiende a ser curvilíneo. Es el movimiento que tradicionalmente se imprime a los niños para conducirlos al sueño, el mecer.

Y al mecer al niño la antigua nodriza movía siguiendo el movimiento de la Tierra, aunque de él nada se supiera, ni haya sido jamás esa la intención. Era simplemente un hecho cuya explicación sería dada recurriendo simplemente a la experiencia: *así se ha hecho siempre, los niños se duermen así.* Es el balanceo de la cuna, el mismo que tendría si -como la de algunos infantes maravillosos- estuviera en las aguas, en el mar, en un río caudaloso y no en la tierra. Como si el ser humano volviera al elemento agua, como si acompañara también por ese breve tiempo el curso del planeta, como si tuviera que reintegrarse al movimiento de un cuerpo que es simplemente habitante del universo físico: un cuerpo abandonado en las aguas o un cuerpo que sigue la carrera del lugar donde habita.

Sin duda que este movimiento de la cuna o del mecer de los brazos de la niñera impelía a algún movimiento interno, por el pronto muscular; los músculos laterales del tórax que acentúan su movimiento hacia adentro y hacia afuera, de fuelle; la. respiración se atenúa pero se llega al límite, el aire baña así los pulmones en una forma no desigual como suele ocurrir en la vigilia. Se verifica así un ensanchamiento de la caja torácica y el hueco que corresponde al diafragma tiende a alzarse.

Si la posición correcta en el sueño es la derecha, no es en cambio la más espontánea, que como es sabido tiende a ser la misma que el embrión

tiene en el vientre materno: plegadas las extremidades inferiores de modo tal que las rodillas toquen la frente y se forme así una figura redonda en lo posible, el cuerpo tiende a ocupar el espacio al modo de una esfera, a replegarse sobre sí mismo, a envolverse. Todo ello parece indicar que lo espontáneo, al disponerse a entrar en el sueño, es volver al estado pre-natal.

Al cesar toda percepción, la conciencia se abisma falta de asidero, mas después queda como flotando, viene a flote y entonces es cuando se producen los ensueños que son así como un estado intermedio entre el sueño profundo y el estado de vigilia; un querer despertar, una tensión de la conciencia por ponerse a flote.

Mas al hablar así parece que la conciencia se personifique, que actúe con independencia, lo cual podría ser cierto si el hombre consistiera en su conciencia, si lo que nombramos Yo fuese conciencia y nada más. Si la conciencia no fuese algo creado por el sujeto, ganado por él y que procede, en cuanto acto del sujeto y en cuanto a estructura dependiente, del contacto con la realidad en la cual ha de vivir.

Por lo tanto en los sueños asistimos a la génesis de la conciencia, los sueños son su primer paso, el punto de partida visible en este movimiento de incorporación, de afirmación del sujeto —por el pronto llamémosle Yo.

Los sueños, pues, son un estado pre-natal, que participa en algo del estado prenatal biológico, mas que no lo define, sino que lo sostiene, que se funde dentro de una totalidad que no puede caracterizarse en un modo estático, pues son, por el contrario, el estado donde en germen subsisten todos los componentes de la persona humana replegados sobre sí mismos, como el cuerpo tiende espontáneamente a estarlo, al modo de una espiral distendida por la tensión suprema que es la vigilia, especie de despliegue en el cual son perceptibles los diferentes planos que componen el «ser» humano. En sueños aparecen encajados el uno en el otro. Pues es la temporalidad, el tiempo de la conciencia -antes, ahora, después-, la que permite este despliegue, la que lo mantiene, la que permite también la *inhibición.*

Cuando la temporalidad cesa, el ser humano se cierra sobre sí mismo y así se abre, se pueden abrir dentro de él fisuras que no corresponden a los planos distintos en que se despliega la vigilia, diríamos, *en orden de combate*. La espiral se enrolla sobre sí misma y la conciencia aparece entonces en algún punto especial cortando lo que en la vigilia está junto, separando lo que está reunido, mezclando lo que está separado en orden a las imágenes y, lo que es aún más decisivo, en orden al tiempo mismo.

Tres elementos por tanto han de tenerse en cuenta para la génesis de los sueños: los movimientos corporales y la posición del cuerpo; las asociaciones de la memoria profunda que es también fantasía; la situación de la persona, el punto del proceso en que se encuentre.

Decir persona es decir libertad y disponibilidad de tiempo. Por tanto,

la mayor intervención de la persona en los sueños crea una especie de sueños con una característica muy especial: el haber un átomo de tiempo que en los otros falta. Lo cual establece *zonas del sueño* según la preponderancia de cada uno de los tres elementos mencionados.

La génesis de los sueños está determinada, en primer lugar, por el intento de salida de un estado de inhibición, mas esta inhibición es por el pronto el sueño mismo, el sueño absoluto, el abismo donde la consistencia va a dar y del cual el sujeto hace por salir, repitiendo así desde el origen, desde la raíz, el nacer de la vida propiamente humana, el incorporarse. La imposibilidad de permanecer en ese estado de simple estar flotando como en el mar, de seguir el curso del planeta, de la vida como cuerpo físico viviente. Como si en el hombre se concentrara y acabara el impulso total de la vida, de todo lo viviente, a liberarse, a crear su medio propio, a desprenderse de las condiciones *naturales,* a sobrepasar el medio donde vivir le sería más fácil, le supondría una gran economía.

Lo que en la fiera es el despertar continuo, el sobresalto que impide el hundirse en un sueño profundo y duradero a causa de los peligros circundantes, en el hombre civilizado, doméstico, son los ensueños continuos., despertar que se verifica dentro, y tan sólo dentro, del propio ser; despertares que ocurren en diferentes zonas del ser, como si la claridad de la conciencia brotara de un fuego por frotación entre corrientes distintas, entre *materias* diversas en la heterogeneidad del ser. Una conciencia espontánea e instantánea como un fuego fatuo y, como él, errabunda.

El Yo en los sueños

Todo sueño es un viaje. Y así paramos en ellos como en una ciudad o paraje extraño donde nada podemos hacer. Todo sueño nos deja como solemos estar, en un lugar desconocido donde hemos llegado por error. En ese sentido diría que todo sueño, por agradable y venturoso que sea, aparece como un error, más bien como un azar; se presenta como un azar, algo a lo que hemos llegado por ventura o por desgracia, sin saber, sin hacer camino.

Pues toda situación *de* la vigilia llega porque vamos hacia ella y más o *menos* la hemos previsto o buscado; *estamos yendo en* la vigilia hacia algo, se llegue o no *se* llegue *en* realidad, mas nuestro movimiento es ir, estar yendo hacia.

En los sueños es a la inversa; ellos son los que se presentan ante nosotros. O bien vamos hacia ellos inevitablemente y en este ir

encontramos el carácter del encontrarse. Los sueños nos sobrevienen. Falta el ir, el camino, el proceso que hace inteligibles las más difíciles situaciones en la vigilia, la base de lo que llamamos lucidez; hacer las cosas en uso de razón aunque no se razone. Y así el sueño es un viaje y un hechizo. Un estar hechizado. Lo es en lo que respecta al encontrarse ya en un lugar. Mas también todo sueño es un viaje, un viaje encantado. Viaje porque en ellos hay un movimiento que no quita sin embargo el carácter de que no haya camino. Un moverse sin camino es un errar, un andar errante. Y así, el que va errante se encuentra de repente ante algo extraño. Extraño aunque sea conocido y aun familiar.

La ambigüedad de los sueños se manifiesta también en que la familiaridad de las imágenes contenidas en un sueño se da envuelta y contenida en la extrañeza que proviene de. que son sueño. Lo que el sueño nos presenta deja el Yo en suspenso. Suspendido, sin lugar propio, exento, errante; lo arroja fuera de su sede, cualquiera que sea. Y aun la conciencia, la doble conciencia, en el caso de que exista también la de la vigilia, parece no pertenecerle.

La conciencia de la vigilia pertenece al Yo, le es propia. Habita en ella, es su casa. En el sueño la conciencia está separada del Yo, enajenada en el sueño mismo. Es inherente al sueño, no al sujeto.

Cuando el sueño está envuelto por la conciencia de la vigilia disminuye, por así decir, la enajenación, tan sólo porque es posible la crítica, el enterarse del suceso, el saber de su absurdo, si lo hay, y, lo más importante: el saber que es un sueño. Cuando este saber es muy claro la enajenación, por el contrario, aumenta y llega a ser total, el Yo está afuera, tal como si fuera de la propia vida asistiera a ella, es un superviviente.

Y entonces el Yo no tiene lugar alguno donde insertarse. Se siente muerto, o más exactamente, arrojado del área de la vida, del espacio o terreno donde la vida tiene lugar, inmóvil.

En la vigilia tal situación adviene en momentos tales como

los de ser sometido a juicio sin apelación, en el de sentirse o verse condenado con absoluta injusticia, el de ser calumniado, la situación en la que se es víctima de un error ajeno. Más todavía, quizá se asemeja el sueño al descubrimiento de un error propio que ha envuelto toda la vida y sin embargo es un *despertar*. Despertar que convierte toda la vida en un error, cuando la nueva verdad no ha dictado todavía su sentencia ni ha señalado el camino a seguir; pues en ese momento, el Yo se ha quedado sin sede, no puede sentirse solidario de todo el error pasado ni descubre todavía el futuro, no sabe qué hacer y queda en el aire.

Igual puede acontecer ante una dicha excesiva no inesperada, sino a la inversa, largo tiempo esperada, pues la esperanza cumplida es un sueño potenciado: sueño en el presente y sueño porque confiere retrospectivamente carácter de sueño a la vida real, de la que emergen presentimientos, pensamientos marginales, entrevisiones, todo el cortejo

liminar que no acompaña a las esperanzas formuladas y que se nutren mientras no se cumplen —y más aún cuando parecen imposibles— de indicios que llegan a la superstición. El cortejo *mágico* de la esperanza se actualiza en el instante de cumplimiento y confiere carácter mágico al suceso, por muy racional que sea su desarrollo.

Pero ya es hora de declarar, tras de lo hasta ahora encontrado, el carácter mágico de los sueños. Y cómo de ellos ha tenido que desprenderse toda magia, la creencia en la magia *que* sostiene todas las prácticas declaradas, y estas otras más graves sin declarar que inundan periódicamente la conciencia despierta y la vida social. Y aun los llamados *momentos históricos,* aquellos *en* que se cumple una esperanza —aunque, sea para más tarde ser derrocada— o aquellos de máxima desdicha; en suma, siempre que una realidad llena la conciencia y obtura el paso del tiempo, la conciencia está abismada, el Yo no encuentra su sede y, duren lo que duren, tales estados son vividos en la *atemporalidad de* los sueños. Mas ello sólo sucede cuando la realidad no sólo desborda, sino cuando toma una figura, clara o enigmática: cuando sentimos y vemos al par algo real, claro en sí mismo, forma, sin duda alguna, una totalidad, pierde su carácter fragmentario habitual. Mas esa totalidad es simple. Cuando la totalidad es compleja, pierde algo de su claridad, es como una esfera de visión que se difumina en los bordes y aparece entonces una zona *de* claroscuro, que acaba desvaneciéndose en la oscuridad. Entonces estamos ante un hecho de *conocimiento,* por lo cual, y como es sabido, todo conocimiento deja lugar a dudas, suscita dudas, interrogaciones; hace sentir, aun apareciendo como enteramente válido, su insuficiencia. Mas cuando la realidad que aparece lo es en la esperanza cumplida, atrae hacia sí no sólo los pensamientos y creencias formuladas, sino al cortejo de indicios, entrevisiones, conjeturas, larvas de pensamiento y conatos de deseo; el horizonte interno se cierra por completo, está invadido, como en los sueños.

De ahí que la expresión de tales situaciones sea la de ponerse *fuera de sí,* una forma *de* embriaguez, o la de quedar petrificado. Como cuando salimos de ciertos tipos *de* sueños gritando, abriéndonos paso en algo cerrado, pues el quedar petrificado, inmóvil, sería la muerte.

Ello está en conexión con el mundo mágico, donde aparece siempre un dintel a pasar, una puerta hermética que ha de abrirse, un recinto a franquear. En lo cual lo primero *que* hemos de retener es la separación entre un dentro y un fuera; si se está dentro hay que salir y si se está fuera hay que entrar ... como en los sueños. En ambos casos con carácter de absoluta forzosidad. Es el Yo, por el momento sin sede, que quiere, necesita hacerlo; el dintel es el de la *atemporalidad;* está constituido por ella. El dintel es el paso de la atemporalidad al tiempo. Cuando se quiere entrar, el peligro es de enajenación, de haber perdido el centro, de andar errante. Cuando se quiere salir, el peligro es de asfixia en la atemporalidad,

en el lleno de la atemporalidad.

Mas, ¿qué es entonces el *fuera?* Atemporalidad pero de otro modo, de otra estructura de lo lleno, de un andar errante; y errar, como es sabido, propiamente se puede sólo donde existen varios caminos posibles a elegir o varios posibles caminos a abrir. Quiere decir que entonces el Yo, sea realidad, sea sueño, se encuentra libre, mas sin sede; libre, mas desprendido, y que tendría que elegir otro camino temporal que el habitual del tiempo sucesivo en el que suele andar, que tendría que instalarse en otro tiempo, en otro mundo. El peligro es la locura.

El Yo, pues, en los sueños, como en las situaciones extremas de la vida real, bordea el infierno, los infiernos, a causa de ser anulado, en peligro de anularse. Y ello por haber perdido su propio lugar. ¿Hay pues un lugar del Yo en relación con el tiempo?

El sueño es un viaje mágico en el cual el viajero anda a la vez preso y errante, cautivo; un viaje en cautividad; encadenado si va en compañía, pues va en no buscada compañía, o en apretada compañía que no le deja el vacío necesario para mantenerse a flote. Que va perdido si va solo, que logra su soledad a cambio de andar errante.

Enajenación o asfixia, y a veces las dos cosas, en la suprema ambigüedad de los sueños, pues el Yo errante puede desplazar esto que es como su envoltura, como el pns10nero que arrastra consigo su caverna.

El vacío es el lugar del Yo

De todo ello parece deducirse que el Yo tenga un lugar que le sea propio, un lugar adecuado. Ha de ser tal que permita el correr del tiempo sucesivo, que empuje a la conciencia a generarlo por un movimiento intermitente. Ha de ser tal de no estar sumergido en él, ni tampoco cubierto por la temporalidad, sea del *éxtasis* de las esperanzas cumplidas o del lleno de la. atemporalidad. Ha de ser por tanto, un vacío, un cierto vacío que le mantenga aislado y a flote sobre ese océano de las vivencias declaradas o a medio declarar, esa masa de vivencias sordas, ese rumor que llamamos psique. Ha de estar sobre ella sin perder el contacto con ella, ha de flotar marcando así una especie de estela que es lo propiamente vivido. Sólo son vividas propiamente, de entre todas las vivencias posibles y a medio hacer, aquellas sobre las cuales pasa el Yo; sólo allí las vivencias a medio nacer nacen enteramente. Sólo allí nace la vida, como si la vida humana naciera solamente del contacto del Yo con la psique; sólo allí se humaniza la vida, el resto es vida, sí, mas no humana, vida cósmica, vegetal o animal. Por eso en el sueño recaemos en ese modo de vida y en los sueños despertamos de la vida cósmica, a la vegetal raramente, a la animal con más frecuencia y a la humana en los sueños donde aparece la *imagen de realidad.*

Los sueños son, pues, intentos de humanización, etapas de humanización. Recaídas si son mirados desde la normalidad de la conciencia despierta, escalones de una escala ascensional, si se les mira desde aquel lugar donde la vida gime y se agita produciendo ese rumor que en todo momento se deja oír en nuestra alma, ese lugar donde tantas vidas posibles gimen, yacen.

De ahí, el rencor y la tensión constante que en las naturalezas más ricas de vida aparece a veces con tanto peligro. Es la avidez primer signo de la vida, de las vidas posibles, que llaman al Yo para que las haga vivir; son las zonas de la vida sumergidas que quieren entrar en el reino de la psique visitada por el Yo, la tensión de la simple vida por entrar de algún modo en la luz que se hace *fenómeno,* que se manifiesta. No es otro el origen de las imágenes que llenan el espacio de los sueños. Lo que constituye el contenido de los sueños.

Un cierto vacío es lo que paradójicamente constituye la sede del Yo, su envoltura; por él es libre, no se adhiere definitivamente a nada, a ninguna zona de las vivencias que se despiertan; por él puede desplazarse, apartar unas masas de vivencias, despertar a otras. El movimiento previo a la memoria y al olvido. Vacío que es distancia respecto a las vivencias mismas. Sólo en los momentos de un gran dolor o de una extrema felicidad el Yo se sumerge bajo la intensidad de las vivencias que son sentir y la conciencia se suspende. El tiempo entonces no cuenta.

La persistencia del vacío, es decir, de la distancia respecto al pensar, es la que lo hace posible justamente. Sin este vacío no pensaríamos, sin esta independencia del Yo que puede hasta detenerse en el tiempo, vale decir, hacer un hueco en el tiempo, mantener a una distancia mayor todavía de la ordinaria todo lo que le acosa, la vida, en suma, y a solas pensar.

Esto no quiere decir que el pensar requiera la abolición de todo acto de sentir. Es necesario declarar la paradoja que se da, tanto en el pensar como en el sentir. Cuando pensamos se tiene la impresión de que *las cosas* aparecen ellas ante nuestra inteligencia, asimilada por una metáfora ancestral del conocimiento a la visión —y ha de tener su razón, sin duda—. Y sin embargo, en el pensar somos eminentemente activos. Inversamente, cuando se tiene la impresión de actividad, de ser activo y cuando sentir es, en realidad, pasividad, pues sólo en virtud de la pasividad sentimos, somos afectados, alterados. Ello proviene de algo que aquí nos interesa -puede provenir de algo más-, de que al sentir nos manifestamos, nos declaramos y descubrimos más que al pensar. Al pensar descubrimos la realidad, al sentir descubrimos nuestra propia realidad. Realidad en sentido análogo al de la realidad exterior: lo que nos resiste.

El Yo, por extraño *que* parezca, *es en* cierto modo más extraño al sentir *que* al pensar, pues que *en* el sentir *es* pasivo y asiste a esa herida en la propia realidad, en la psíquica —análoga a la que llamamos física, en esto, en resistirnos, en sernos incoercible y enigmática, sólo que nuestra—. Por tanto el Yo asiste en principio impasible, mas si la tensión aumenta asiste como un inválido y si aumenta aun más está en peligro de anegarse en el mar del sentir.

Pues el sentir dolor o placer, avanza y crece al modo de las olas marinas; y aun la intensidad puede compararse a las mareas. Y aun la opacidad de ciertos estados sentimentales con la opacidad de las aguas, y su agitación. Y como ellas es envolvente y amenazador. Los estados sentimentales de equilibrio son transparentes, parecen revelar sin declarar, como dejándose ver las diversas zonas de sentires y aun de imágenes correspondientes. El Yo entonces asiste, flota sobre estas aguas tranquilas y se permite el espectáculo de ver dentro de una realidad que no le amenaza, que no le constriñe, que le acoge. Y aun podríamos decir que en ciertos momentos paradisíacos el vacío que le rodea es reemplazado por un mar de sentimientos, por un lago en calma. Entonces se siente el alma y el Yo encuentra un lugar mejor que el vacío, que le liga con la conciencia. Es cuando recibe eso que se llama *la inspiración.*

La situación del Yo aparece pues doble: *respecto* a la conciencia *que se* extrema *en* el pensar, su lugar *es* un cierto vacío; *respecto* al sentir, cuando se da el equilibrio, flota sobre el mar del sentir. Cuando el sentir *es* semejante a una borrasca o se desborda, llega a sumergirse o siente la amenaza. En los momentos *de* intensidad y transparencia del sentir, aunque sea de dolor, se siente rodeado por él, pero en modo tal *que* tiene

visibilidad, es la inspiración tradicional o la lucidez, términos no exactamente equivalentes.

Esta distinción es necesaria para entender la situación del Yo en los sueños. Decimos Yo en el sentido de *sujeto del conocimiento* y de centro de la voluntad —quizá esto último sea mejor llamarlo *persona.*

En los sueños el sentir aparece por sí mismo, irrumpe, y la conciencia es inherente al sueño, no al Yo, no al sujeto. Por tanto el Yo no está ya en ese vacío que es su lugar cuando la conciencia le rodea en el tiempo sucesivo. Se ha escindido la estructura que señalamos en el primer punto: de un lado la conciencia desprendida del Yo que queda inválido, como cuando en la vigilia el sentir le desborda, aunque en el sueño en cuestión no existe este desbordamiento. Es pasivo, pues, en el conocimiento: no piensa.

No piensa porque está fuera de su centro y, al ser así, no dispone de tiempo, no puede usarlo, no tiene tiempo disponible sino tan sólo tiempo a sufrir. Es externo y está encerrado; ha sido hecho prisionero porque es necesario, pues sólo por donde él pasa la vida psíquica se despierta; la vida en potencia psíquica, en potencia adormida por haber sido rechazada, o bien por no haber sido nunca despertada. El Yo es el que despierta la psique, el que actualiza los contenidos y aun los sentires, siendo él por principio impasible. Pues siente tan sólo lo que le amenaza.

Mas el Yo en el sentir se da en función del movimiento. Es como un punto que se desplaza cuando se siente amenazado. Y puede efectuar movimientos diversos y sumamente sutiles para mantenerse a flote. A veces huye, a veces deja pasar simplemente. Se defiende en los sueños. Y a veces, por huir, pierde el conocimiento, deja la conciencia adherida al sueño y por eso es imposible y dificultosísimo guardar memoria de ciertos sueños, de los más profundos: de aquellos que no han estado sugeridos por él.

Pues también sugiere. Son los sueños que responden a un proyecto, a un designio más que a un deseo. De los sueños de deseo él toma cuenta y son arrastrados luego a la memoria. Se defiende, en principio, porque ha sido hecho prisionero para aprovechar su conciencia, para quitarle en cierto modo la conciencia. Se diría que existe una lucha por la conciencia en el interior de cada ser humano. Que la zona inmensa, no favorecida por ella, quiere apoderarse, como si existieran Yos en conato, en formación, en larva.

El Yo reinante está elegido por la persona, por la voluntad persona que es un proceso, un proyecto de vida con su finalidad correspondiente. Está elegido por la finalidad que es ética. Pero no sólo por ella. Pues el Yo reinante está ahí por un pacto o por un cierto pacto. Por eso cambia a medida que la persona se integra y que la psique se aclara, se apacigua, o se transforma. Y eso hace inteligible que una persona con un proyecto de vida muy alto no pueda sostener el Yo correspondiente, el que le daría el conocimiento necesario, pues la psique que no está en situación no se lo

permite y le hace descender. No es que existan varios Yo, sino que el Yo se sitúa al nivel de una zona determinada del alma, entre la psique y la persona; por eso cambia de posición, es móvil.

En los sueños desciende, es hecho prisionero. Así, muchas de las imágenes con que ciertos sueños comienzan, son imágenes sugeridas por este movimiento; por ejemplo la de una escalera que desciende, la de una gruta que se abre o, por el contrario, una escala que sube.

Los movimientos que ejecutamos en sueños corresponden a los movimientos del Yo, a su relación con la psique, que son medidos por la persona -el proyecto vital, la finalidad permanente y decisiva, lo que podemos llamar: la vocación.

A la luz de la situación del Yo podemos ir ya sorprendiendo la finalidad del sueño: es producto de una doble finalidad y de ahí su constitutiva ambigüedad; las vivencias de cierta zona de la psique que apetecen manifestarse, que contienen un conato de Yo, en torno al cual se podrían organizar y vivir con un Yo que les perteneciera y las despertara. Pueden ser zonas arcaicas, abandonadas, correspondientes a estadios de la historia ya superados, sueños prehistóricos. Sueños de liberación. Sueños de una vida mejor, de zonas de la psique inhibidas y que darían una zona más alta, más clara, más pura. Inhibidas por la necesidad de la *lucha por la vida* o de la convivencia social que no se da a esa altura.

La finalidad proyectada por el Yo, lo que él pone en esa finalidad, es intermediario de la persona, de la voluntad, de la vocación, que va en busca de fuerzas aliadas, de imágenes de que alimentarse; cuando lo obtiene *es* un hecho de amor.

El viaje del Yo

El Yo es atraído como por una fatalidad. Obligado como un rey que confiriese con su sola presencia poder, vida, legitimidad a un acto al que asiste involuntariamente o, peor aún, encadenado. Como un rey que por el hecho de asistir o un sacerdote que por el hecho de estar presente en una ceremonia, le confiriese a ésta carácter sacro y eficacia: capaz de transformar en sacramento un gesto que otro ejecuta sin su aquiescencia.

Está eticadenado y ha sido conducido allí sin saberlo, se encuentra ya, ha despertado por encontrarse ya desde hace tiempo en aquel lugar. El lugar de los sueños. La raíz griega «YP» indica que es bajo, dormir es entrar de nuevo debajo. Mas hay un dentro quizá que no es *bajo,* un estar dentro que no es estar *bajo.* Los sueños revelan algo de este lugar. Bajo el

sueño, el sueño mismo, pues, cubre y encierra al *ser* cuando duerme; una película, nada, *en* suma, la impermeabilidad al fuera donde creemos encontrar la realidad.

Entrar bajo el sueño es entrar dentro de sí mismo. Mas ocurre *que* en *este* dentro no hay propiamente sí mismo, *en este* dentro yo *me* reconozco. Si consideramos los sueños *desde* la vigilia como imágenes de la realidad *de* nuestro interior, *es* como asistir a las ruinas de una construcción, *de* esa construcción *que* el Yo edifica constantemente. La vida *de* la vigilia *es* esencialmente un hacer arquitectónico, un continuo y no deliberado edificar. Nos edificamos constantemente, edificamos nuestro mundo.

El yo pienso está en la base de todas mis representaciones —Fichte—: *en efecto, es* la base, el fundamento desde el cual *se* ordenan las vivencias de la vigilia; es la piedra que sostiene su fluidez y la que desde su vacío crea ese fluir no como un simple caudal. La metáfora del río *de* la conciencia no corresponde a la realidad enteramente, *pues* ese fluir del río estará creado por el Yo y la conciencia temporal, con su tiempo sucesivo ordenador, que *es* ya arquitectónico.

El Yo tiene siempre a la vista un proyecto, aunque sea mínimo, varios *en* realidad. Un proyecto total dentro del cual *se* dan proyectos secundarios, bien como etapas necesarias, bien como *desviaciones* adecuadas a aquel proyecto central. La vida *de* la vigilia está ordenada, la finalidad preside a su desenvolvimiento aunque esta finalidad sea un *no sé qué hacer, en qué emplear mi tiempo.* Y en cualquier momento que nos detengamos, podríamos dibujar un plano de lo que en nosotros está pasando, más bien de lo que dejamos pasar. En ese sentido Bergson tiene enteramente razón: nuestro vivir es pre-concepto. Mas no sólo en que todo esté dispuesto para el concepto *de*terminado por el conceptuar, sino porque es orden, estructura, perspectiva. Contrariamente, en los sueños no hay perspectiva alguna, aunque plásticamente la haya, aunque aparezca un horizonte, una puerta abierta, no dejan de ser por ello una ordenación.

La impresión, así, de los sueños contemplados desde la vigilia *es de* hundimiento, como lo es el instante *en que* entramos en él. Es un viaje hacia una sima, una caída. En la sima tras de la oscuridad total, pues el soñar, inmediatamente de entrar en el sueño, es cosa que sólo adviene en estadios en que la persona ha tomado, por así decir, la dirección del sueño. Y entonces el soñar no va acompañado de la impresión del *encontrarse ya,* sino de una especie de género de creación, especie de poesía real, de vida en otra dimensión.

En la vigilia los acontecimientos se mueven y el Yo permanece fijo, base y fundamento del cambiar. En los sueños el Yo es arrastrado en una situación que no es reposo ni movimiento, como sucede al que está en un lugar inadecuado; tiene ese torpor del que entra en lugar extraño. Pero es más aún; es falta del medio adecuado donde poder moverse; en suma, la atemporalidad. En ella comienza la muerte; es ya muerte para ese punto

extraño que nombramos Yo. Por eso está desposeído de sus funciones, al mismo tiempo que es aprovechado, como un muerto puede serlo. Como la vida se apodera de lo muerto, de cualquier cadáver, corpóreo o histórico, de algo vencido sobre lo cual proliferan' mil pequeñas vidas, mediocres vidas que al par que lo matan lo aprovechan, tratando de extraer de ese cadáver lo que fue su esencia vital, su vida propia, su ser. Pues en lo muerto está su ser o su espejismo y la vida que apetece ser, los conatos de ser vivientes, se apoderan de ello. No otro origen deben tener las antropofagias: querer captar la fuerza del que fue enemigo. Mas reposa en la creencia de que el cadáver contiene el ser. Y la vida que no lo tiene lo apetece; y sólo alcanza en este caso alimentar la vida. La transfusión del ser se alcanza por otros medios.

Lo que en sueños aparece, la vida psíquica espontánea, tiene análoga conducta —la analogía del sueño con los mundos primitivos es constante —. Quieren apoderarse del ser del Yo momentáneamente muerto, como los súbditos preteridos del cadáver del rey revestido aún de sus atributos del campo que quedó sin consagrar, del sacerdote investido de sus ropas, a quien se le mueve la mano para que trace los signos, cuya voz se hace resonar, se imita.

Así aparece en sueños el mimetismo del Yo, y es lo que nos

convierte en personajes de nuestro sueño. Ellos nos hacen decir lo que nunca diríamos, lo que no es nuestro. Es una falacia, una suplantación, como si alguien quisiera convencernos de que somos así, de que queremos aquello. Es como la contrapartida del reinado del Yo en la vigilia, el mimetismo, la danza que devuelve, que intenta jugar en un medio distinto donde no es posible el movimiento y la situación que al Yo pertenece. No siempre son los sueños en que se toca el fondo infernal de ese dentro, de ese estar bajo. Es lo anónimo de la psique, la materia sin marca, sin sellar aún, sin efigie ni nombre, la materia no incorporada a la construcción que es la vigilia, a la edificación constante que el Yo hace, mimesis que llega a ser burla, ludibrio. Es la jerigonza, la bacanal, lo grotesco, que fatalmente se había de dar en algún momento en esta gruta encantada. El momento que todos los héroes han sufrido de caer entre las manos de las burlas anónimas en las que yace un homenaje. Momento de máximo oprobio y de máximo honor que sólo al héroe es concedido. Tal sucede a Don Quijote enjaulado entre burlas, paseado con los ojos abiertos y sin poderse valer en la Jaula de los Leones. Todo rey, héroe o redentor pasa por el ludibrio, rebeldía y homenaje de lo que se resiste a ser parte de su orden.

Es la atonalidad de los sueños, en los sueños de esa clase en que el Yo es abatido y paseado en un viaje a través de sus infiernos. Atonalidad que fatalmente había de darse en la esfera de la atemporalidad, pues la atonalidad es también falta de tiempo, de un tiempo donde todos los elementos que en ella suenan, todos los sonidos podrían desplegarse en la armonía. Pues el pecado de toda armonía es ser limitada, por tanto dejar

algo rondando a la puerta que irradiando creará «extravagancias».

Aparece el Yo como un héroe y aun como un redento. Desciende traído y despierta Mas al despertar, como se encuentra en *otro mundo,* en *otra vida* distinta de aquélla, tiende a hacer lo que en la vigilia el medio propio hace: tiende a crear la vida. Todo parece ocurrir como si este punto aislado, el Yo que no está propiamente vivo, que asiste como testigo apartado e impasible a la vida, la produjera con su concurso. Y que allí donde llega su acción -cualquiera que sea- no haya vida sino potencial de vida, *materia* viviente, pero no todavía vida.

El Yo pues, vivifica. Y al vivificar establece un orden, edifica. Orden y vida no están pues en antagonismo desde la raíz. La estructura total de la vigilia, predispuesta al concepto, no es sino una forma de la vida, y sólo se revela *orden* muerto ante una estructura superior *que* sea al par más orden y más vida. El estado *de* lucidez y el pensamiento mismo cuando fluye son esa vida donde el concepto actúa como materia.

¿Vivifica pues no lo que tiene ser, consistencia, sino esencia? La vida, la humana en este caso, es producto de la acción de algo que tiene *ser* con algo necesitado, ávido de ser, ¿de dos atemporalidades entonces? El Yo no es atemporal, un punto de identidad que mueve y gobierna, un trozo de materia psíquica viviente, centro protegido por una envoltura que lo aísla, de condición tal *que* cuando desciende hace que *lo otro* ascienda; *que* cuando duerme hace que *lo otro* se despierte; que aun en su impotencia actúa, vivifica. Los sueños serían así etapas indispensables *de* la vivificación de aquello que es sólo vida en potencia, pasividad viviente.

La desposesión del Yo y el desdoblamiento

El Yo pues, así desposeído, sin sede propia, asiste a su propia ruina. Todo debería ser *anónimo* en los sueños, en el sentido de ser solamente un cuadro presentativo de las ruinas de la psique, pues que sin el punto de referencia, sin el eje y el sostén del Yo la psique ofrece, entregada a sí misma, a su ir y venir atemporal, la imagen perfecta de la perfecta ruina: de lo que antes de ser, sin ser aun, recae sobre sí mismo, sin la tensión del llegar a ser.

La tensión de ser que mantiene la vida de la vigilia. La vigilia que en sustancia no es otra cosa que esto: tensión de ser, tensión hacia el ser, tensión en el llegar a ser. Y, al decir tensión se dice ya orden primario, el orden elemental. Pues sin esa tensión cada vivencia se extiende hasta tropezar con la otra, o superponerse a ella, como en sueños ocurre: cada vivencia de recuerdo tiene su cortejo que la sigue y emerge junto a ella. Y si una de estas vivencias del cortejo se apoya en otra, con la cual está enlazada, o se enlaza dentro del sueño mismo, se hace preponderante; es una inercia, un estado de inercia que es una lucha desaforada, es la anarquía.

Y así, viene perdida, no lograda todavía en el sueño más que la noción, la realidad del *límite,* el límite que engendra el orden, el límite que mantiene la tensión de ser. Pues toda vida, o mejor todo viviente que sufre la tensión de ser, traza continuamente su propio límite frente al medio que lo rodea, como se da ya en la planta —en algunas como la enredadera se siente la impresión de que no hay más límite que el de las propias fuerzas —. Se da más aún en el animal, aunque en los inferiores, como el gusano, parece no haber más límite que el de la extinción brusca sin razón, sin causa interna.

El límite procede de una causa interna, de adentro, de lo más íntimo de la vida. Y está en razón inversa de la inercia que, como es sabido, produce una conducta *reaccionaria* al actuar en vista de, es decir, por reacción. En los sueños todo se da como si ante un estímulo ignoto se desatara la aparición de un grupo de vivencias sumergidas que al no estar bajo el imperio del Yo, en la fijeza de la temporalidad, se coligan entre sí de modo inerte, sin límite, tendiendo cada una a expandirse cuanto le es posible, sin más límite que el impuesto por aquello que el sujeto puede aportar o la vida que este grupo de vivencias posee por sí, como si un vegetal adquiriese el poder de asistir a parte de su propia vida, a un fragmento que no corresponde a un momento, a un paso del proceso en que consiste su perpetuo integrarse, un análisis caleidoscópico múltiple y multitudinario. El hecho, pues, de que algunos animales sueñen deja de parecer extraño, mas aún en ellos existe diferencia entre el sueño y la vigilia, aún en ellos el sueño es latencia puesta al descubierto por un repertorio de posibilidades.

Y así, en los sueños, todo tiene carácter multitudinario, excepto en ciertos sueños privilegiados, superiores, que llamamos sueños de la

persona, en los cuales aparece una imagen privilegiada, la *imagen de realidad.*

Mas con respecto a la vigilia humana, la del animal *es sue*ño, una cierta clase de sueño, un sueño organizado en el cual la tensión *de* ser es tensión *de* ser ya todo lo que se puede ser. Mientras en el hombre es tensión por *ser.* Y, en *este* sentido, el límite está puesto más allá *de* lo alcanzado. *Este* límite inalcanzable, especie *de* horizonte *que* mantiene la vigilia en el hombre, hace que se creen otros límites en el interior mismo *de* la masa *de* vivencias, que las saca de lo multitudinario, las jerarquiza. Y eso *es* lo propiamente humano.

El Yo desposeído se convierte en imagen

En todos aquellos sueños que por su carácter primario, elemental, que forman la base de los sueños, a partir de la cual se van ganando ciertos planos superiores, el Yo desposeído, inoperante, aparece en una o varias imágenes. Podemos formularlo así:

I. En los sueños en que el Yo está desposeído por completo aparecen una o varias imágenes que lo representan y sustituyen *que* son su contrafigura;

II. En los sueños en *que* el Yo conserva un especial poder que llamaremos de ser la guía del sueño, estas imágenes no aparecen;

III. Cuando el Yo se resiste a *ser* desposeído se manifiesta en forma trágica, *en* sonidos inarticulados, en gritos a veces; consigue que se articulen algunas palabras *que* sirven de admonición;

IV. Y existen los sueños en que una historia aparece coherentemente, anónimamente, sin autor.

Los sueños considerados en tanto que historia, en tanto que argumento, son historias sin autor y en busca de él. Pues todo sucede como si esta multitud de vivencias sin Yo tendieran a buscarse un centro, un capitán responsable. A veces lo logran y aparece un protagonista extraño, desconocido.

¿Quién es? Para responder a esta pregunta, o a lo menos para que pueda aparecer su alcance, es necesario examinar la contextura del Yo, al atisbar alguno *de* sus caracteres, o de su conducta más bien. Y atisbar también la conducta *de* la psique cuando campa sin Yo.

Y parece imposible que la psique ante el Yo desposeído no trate de crear otro. No *puede* formar otro Yo *de* naturaleza igualmente *abstracta,* ha *de* ser por tanto no el Yo neutro, indiferente, sino un Yo de contenido concreto, un personaje. Un protagonista receptáculo *de* alguna vivencia especialmente activa, por esencia, trascendente. Hay que buscarla en los extremos, en una especie de sentir *que* pueda envolver a los demás, el terror o la esperanza. Sólo ellos pueden engendrar un pseudoYo, que *en* ocasiones —en los sueños de la persona— pueden ser un Yo más verdadero, un Yo que diseña una persona más íntegra. Son sueños de desprendimiento.

Como la esperanza está en la base de la constitución de la persona, solamente partiendo de ella estos sueños pueden describirse, o más bien estos sueños que descubrimos ya aquí nos llevan más allá del Yo, a algo, a una realidad en formación, a aquello que se integra en nosotros y que llamamos persona. Y la persona está prefigurada y caricaturizada por el personaje que el Yo ve alzarse ante sí. Cuando es el terror el que lo inspira es grotesco el personaje. Son esas especies de sueños grotescos en que se hace tan difícil de reconocer el Yo perdido. Es una humillación para el sujeto, reencontrándose así otro, verse *reducido* a simple receptáculo, doble, sombra que sirve, que es utilizado por un terror infantil siempre. Son sueños de la infancia, o sueños en que se recae en la infancia y entonces acusan una situación peligrosa, pues son por sí mismos una situación infantil. En este sentido: infancia no ya cronológica, sino infancia de la persona misma. Pues en los sueños aparece la situación de la persona, el momento del proceso en que consiste íntimamente nuestra vida, el momento que estamos atravesando.

Y es la infancia la debilidad del Yo y la debilidad de la persona que necesita verse magnificada, aparente. Por eso estos sueños no significan terror de algo externo, sino terror de la propia debilidad, la debilidad ella misma manifestada como terror. Desdoblamiento.

En los sueños de esperanza no existe desdoblamiento, o, si existe, es una figura abstracta, cuanto es posible, que acompaña al otro, al Yo reconocido como tal. Si es una figura sola entonces no hay desdoblamiento sino trasunto, ambigüedad del crecimiento.

Lo grotesco

El Yo así desposeído se lanza fuera de sí en ciertos sueños, o bien es necesitada la psique --o algo que en ella esté latente de representar una pantomima, pues no puede pasarse sin el Yo y entonces lo contrahace.

Hay un tipo de sueños en el cual el Yo al desdoblarse se libera. Otros en los cuales su aparición, bajo la ropa de un personaje, es la prosecución y

el cumplimiento del hechizo. Pues tan desposeído se encuentra que permite que su lugar sea ocupado por otro en tanto que otro, revestido de figuras con que ostensiblemente se le caricaturiza. Asiste, pues, a su propio rebajamiento como un espectador. Se diría que las vivencias inhibidas o rebeldes llenan su hueco. Tiene lugar entonces el mimetismo del Yo, un trozo de la perfecta locura en que el sujeto anonadado ve, sin poder impedirlo, su propia degradación. Acusa, por otra parte, la impotencia de la psique sin el Yo odiado, derrocado; es la ruina de la esperanza más íntima, la n1ina de esta tensión por ser que define lo humano. Y en verdad lo que se mimetiza y se pone en caricatura es justamente no el Yo mismo, sino la tensión por ser. Muestra que en el anonadamiento del Yo la tensión por ser anárquicamente toma el poder y muestra su impotencia, sin ese guía constante de la vida que es el Yo. Es el abatimiento de toda arquitectura; por eso esta clase de sueños dan origen frecuentemente a una especie de danza infernal en que varios Yos revestidos de figuras igualmente huecas y chocantes, van y vienen. Es la psique abandonada enteramente a sí misma, a su pura actividad sin acción, donde la ausencia de tiempo es total. El tiempo ni siquiera se insinúa. Los movimientos son puras gesticulaciones, el tiempo no está ni siquiera prefigurado. Ni ha dejado su impronta, su imagen, como en los sueños en que hay un movimiento coherente, representado ya entero, en el cual el sujeto no puede ciertamente intervenir, del cual se es esclavo, mas al menos existe, con el movimiento ordenado, la representación del tiempo. El tiempo está fotografiado; quien así sueña sabe ya del tiempo. Son sueños pues que corresponden a la experiencia, en los cuales el estado pre-natal no es por lo menos puro, o está superado.

Los sueños típicamente arcaicos, prehistóricos o prenatales son aquellos en que el Yo aparece en caricatura, y más aún, son aquellos en que aparecen varios Yos sin que ninguno de ellos tenga la calidad del Yo verdadero. El Yo verdadero no reviste nunca vestidura ni disfraz alguno. Lo que aparece, ocultándose bajo un disfraz, es un falso Yo, o bien otro, el otro que es un personaje que aparece en pocos sueños a lo largo de la vida. El *otro* es extraño, absolutamente extraño.

La ausencia de representación temporal, el que el tiempo no

esté representado, es ese desconocido, es la absoluta atemporalidad; es el estado anterior al momento en el cual se nos dio el tiempo. Es el laberinto de la psique en lucha por acceder a la vida, en tensión por llegar a un nivel donde la vida le será posible y como no hay Yo —no funciona—, cada grupo de vivencias lucha por erguirse en Yo.

Y así cada uno de estos «personajes» tiene el carácter de personajes ancestrales, arcaicos, de recuerdos milenarios venidos del fondo de las Edades. Son los personajes de la pantomima histórica, de la comedia que el hombre ha jugado a lo largo de su historia, el carnaval de la historia, cuando aparecen los muertos. Y no tiene por qué ser recuerdo de lecturas ni de conocimientos habidos, residuos de la imaginación despierta. Pues son

creación, lo mismo que lo fueron en su día.

Los personajes fundamentales del repertorio del teatro humano son relativamente pocos, y han ido surgiendo del hombre mismo, de sus apetencias, de sus impulsos, de sus necesidades y de sus incontroladas esperanzas, son criaturas de su delirio por ser.

Y es que mirada desde afuera, desde un plano superior a lo humano, desde una conciencia pura separada de la vida, desde un Yo ultraterreno no comprometido por la aventura terrestre, toda la historia será un sueño, lo que los sueños son para el Yo humano que en la vigilia los contempla. Este Yo ultraterreno no comprometido en la aventura nuestra, se encontraría sumergido en ella, por ella tomado y desposeído si en ella entrara un momento, y sentiría nuestro tiempo sucesivo como falta de tiempo, como angostura e imposibilidad de actuar, nuestro tiempo disponible de libertad sería para él atemporalidad. Y nuestra vigilia delirio. Se encontraría de repente asaltado por la masa de acontecimientos, en un lleno sometido y desposeído, como nosotros en sueños. Y aun se podría reconocer en la caricatura y en la burla de nuestros personajes históricos. Más que reconocido, aludido, pues que el Yo en sus suplantaciones no se reconoce sino que siendo. Pues que el sujeto humano, el ser humano, no se reconoce en los personajes de sus sueños suplantadores, en los impostores del Yo, pero se siente aludido en el malestar que aun en la vigilia sentimos ante un acontecimiento que no nos incumbe directamente, un hecho vergonzoso que no ejecutamos ni recae sobre nosotros, pero que por algún motivo· nos alude, nos insinúa que en algo somos cómplices o estamos ligados a ello. Ciertas monstruosidades de la historia tienen este poder, pues que todos pertenecemos a nuestra historia, la de nuestra cultura, y aun más la de nuestro país, aunque contra ellos hayamos protestado, pues no nos reconocemos nosotros individualmente o como grupo, pero sentimos el parentesco.

Y aun aquí apunta el motivo central de la aventura del Yo en los sueños: la desposesión. Ser desposeído no del ser, sino del poder. Y así, siempre que el poder nos avasalle sentiremos estar viviendo un sueño, un mal sueño, como sueño parece también la situación contraria: cuando el poder nos conduce, nos dona una fortuna, o nos colma con sus dones —el poder, sea del destino o de una persona— nos parecerá estar viviendo un sueño feliz. Y como en los sueños felices, un cierto malestar quedará latente: el malestar de sentirnos sometidos a un poder que nos colma, sea de horror, sea de dicha o de regalos.

En estas situaciones límites el Yo pierde el poder y lo siente enajenado. Se siente vivir de precario y, pasado el primer instante de felicidad acompañado de sorpresa, se siente disminuido, siente su *reducción,* su sujeción a un Yo superior que tiene el poder y que lo dispone todo por él; no sabe qué hacer con el tiempo, y a fuerza de que le sobre cae en no tenerlo. Y se siente ir y venir errante como en sueños y deja de

sentirse causa, origen y fuente de su propia vida; siente que la vida le llega de fuera, ya hecha, regalada, y como no se le ocurre qué pedir, porque no puede rechazar aquello que le colma, se queda fijo, en esa fijeza propia del Yo que asiste a su propio sueño realizado: está poseído.

El estar poseído por la vida es correlato del estar *desposeído* del Yo, es una situación en la cual la vida ni fluye del interior del sujeto, el tiempo en suma, ni fluye desde su intimidad, que se encuentra detenida, encantada, prisionera. No es posible entonces el crecimiento que por otra parte ha perdido su finalidad. Todo es ya para bien o para mal, como en los sueños.

Y como sin embargo se podría decir del tiempo *epure si muove,* se da el fenómeno de la *recurrencia,* que se podría llamar igualmente de un *eterno retorno,* parcial y limitado que no es locura, pero sí tierra intermedia, situación en la cual la locura comienza a dejar sentir su proximidad; a medio camino entre el campo magnético de la locura y el de la normalidad, pues el Yo no ha perdido su identidad, no se ve fuera de sí, disfrazado, como en los sueños de los que nos estamos ocupando, como en la locura perfecta, como en el delirio histórico de algunos *grandes hombres.* Pero se encuentra sin poder y sin quehacer, despojado de su función, inmóvil, como en el sueño más próximo a la vigilia.

Podemos señalar ya las etapas del viaje del Yo a través de los sueños —se entiende que estas etapas son situaciones—:

Inmovilidad (desposesión del poder pero no enajenación);
Anonadamiento, el sueño es entonces una perfecta pantomima;
Desdoblamiento que es enajenación:

A) En varios personajes revestidos de pretendido poder, impostores;
B) En uno figurado y apareciendo el mismo Yo en forma auténtica abstracta (con poder o sin él, es la cuestión);
C) En uno acompañado de la imagen con el sentir de realidad de la persona (en éstos hay siempre un movimiento representado y un mínimo movimiento real).

La inmovilidad del Yo es esencial al sueño en sentido primario. De tal modo que es lo que determina el sueño o lo que el entrar bajo el sueño —si es que tiene otro origen— determina. De ahí que el hipnotismo haga caer en sueños al que lo sufre, lo cual vale tanto como decir que la fijación del Yo, su inmovilización, determina el caer bajo el sueño. Y basta quedarse fijo en un momento cualquiera durante la vigilia para que el sueño ronde y se nos aparezca como lo que percibimos, o que una noticia nos suma en el estupor. Mas el Yo se despierta siempre.

La estructura del Yo

El Yo no va solo. Atrae consigo un cortejo de vivencias. Su lugar es el vacío. Pero este vacío está rodeado de vivencias, unas más próximas que las otras. Se comprende que las más próximas sean aquellas en que se da el proyecto inmediato que el Yo rige y conduce, aquellas en que se da su quehacer inmediato. El Yo está rodeado *de* una atmósfera formada por vivencias de cierto tipo cuya composición cambia. Por *eso* pertenece esta atmósfera a la estructura del Yo, pues le acompaña siempre, y es lo que forma el llamado *estado de ánimo*. Es sabido que la misma situación puede darse, y se da de hecho, con diferentes estados de ánimo. ¿Qué es este estado de ánimo sino la atmósfera que rodea al Yo, que le sirve de sostén en medio del océano de la psique? Ella, si su composición *es* positiva, le sostiene y mantiene en alto, le eleva de nivel. Es aquello que la psique ofrece al Yo, lo que pone a su disposición, de donde saca sus recursos, sus fuerzas, pues él no las tiene, ha de tomarlas. Todo lo que es energía proviene de la psique o actúa mediante ella.

Esta atmósfera que rodea al Yo es don de la psique y exigencia del Yo sin duda, tal vez atracción del vacío que le rodea y vasallaje; nupcias entre el Yo y la psique. Y así, cuando ella no está demasiado avasallada por el Yo, le ofrece lo mejor. Puede expresarse de otra forma diciendo que el equilibrio adviene cuando la psique, por no estar avasallada ni comprimida, no comprime al Yo, reposa en calma, no alberga en su fondo ningún grupo de vivencias en revuelta. Y así, por una parte, no ofrece por sí misma dificultades al Yo que vaga libre, al considerar las dificultades que las solas circunstancias externas le plantean, puede pensar sin ser atraído por las circunstancias internas, por el cerco que la psique le pone.

Mas no es enteramente exacto todavía. Puede ocurrir que en la psique exista alguna revuelta, y sin embargo el cortejo o atmósfera de vivencias que rodea al Yo sea bueno y le permita pensar *en* la cuestión que dentro se plantea con la misma libertad que si se tratase de lo que está fuera. Es la expresión del acuerdo interior, eso que se llama *estar de acuerdo consigo mismo,* también autenticidad. Pues que entonces las decisiones del Yo están respaldadas por la psique, *pues* esta clase de vivencias son intermediarias. Intermediarias en el sentido de ser más profundas, de venir *de* zonas más profundas de la psique, de ser el fundamento psíquico del Yo, su base. De ser mudas.

Muda *es* toda vivencia *que* no tiene palabra, que no *es* palabra. Y palabra *es* también imagen, *morfa* solidaria del *logos. Pues* no llegan a *ese* plano superior en que la forma adviene. Así pues, no tienen forma, no son «cosa», no hay *en* ellas rastro *de* cosa, de objeto, pues hay también *objetos psíquicos.* No es posible abstraerlas. Son una masa fluida, ambiental, intermediaria entre la esencia del Yo, la pureza del Yo, pura intención quizá, pura inteligencia, por tanto sin figura, puro agente, y lo que constituye la psique, vivencias declaradas y esa masa potencial, esa disponibilidad que no *es* materia y la hace asimilable a la materia o comparable a ella, *en el* sentido *de* potencialidad. Vivencias no objetivas, no capacitadas para sentir por sí mismas, para haber una distinción dentro *de* la *masa* de vivencias *que* tienen figura, forma, que llegan -algunas- a la palabra. Son pues inasibles, indiscernibles. ¿Son muchas o una? Son la multiplicidad pura, pues no son ninguna, no hay ninguna *que* sea una; son la multiplicidad pura que rodea la pura unidad del Yo.

Son ellas las que como muralla rodean al Yo poniendole sobre las vivencias que tienen nombre, figura, distanciándole de ellas, dejándole, en *el* vacío, en su puesto, singular, salvándole su unicidad. Son *el* clima, *el* estado de ánimo. Y como tal, la sombra que cubre al resto de la psique. Como la atmósfera, puede estar sombría, cargada de nubes e interceptar la irradiación del Yo y crear así esos estados de obnubilación en que parece imposible decidirse, actuar aun mínimamente. Esos estados en que no se sabe propiamente qué sucede dentro del alma, de tan difícil expresión, para los cuales no hay adecuada expresión en el lenguaje.

No es angustia, no llega a serlo, pues falta esa íntima presión de la angustia y la disolución consiguiente de todas las vivencias objetivas en la masa anónima. La angustia es la situación de pura condición anónima, en ella caemos íntimamente en el anonimato. Mas en la angustia se está desde lo más íntimo de la persona, es un atentado a su esencia.

Aquí se trata de una situación en que el ánimo queda paralizado por esta interposición, entre el Yo y la psique, de este halo que puede ocultarle. Y no más una vivencia se destaca para que alcance inmediatamente relación ante el Yo. Están pues estas vivencias en una situación privilegiada, como de cortesanos cerca de un monarca. De tiempo en tiempo alguna de ellas se intensifica, se destaca, origina una especie de enturbiamiento, de inquietud *sin motivo* ... puede ser un aviso, una señal de alarma de que algo avanza desde lo más íntimo de la psique. Bañan la conciencia, la tiñen. Cuando está en calma esta atmósfera, la conciencia es límpida, clara. Son la *conditio sine qua non* de la lucidez superior, refuerzan o debilitan al Yo, dirigen insensiblemente la atención, crean también la *tonalidad.*

La tonalidad que es ordenación de las diferentes tensiones que existen en la psique, unificación de sus diversos niveles. Mudas, son esa especie de atmósfera silenciosa donde la música se origina, o más bien se crea. Esa música que siempre envuelve a una persona, que regula sus movimientos, que les imprime ese especial sello del bienestar o del disgusto. Y esa *aura* que envuelve a toda persona, su *sombra,* que predica en su favor o en su contra, pues ella mismo lo está, predispuesta. En su calidad atmosférica son sombra, claro-oscuro, que puede deformar o dejar transparentar en primer término los sentimientos, y desviar los impulsos hacia una meta un tanto equivocada, que la conciencia si se esfuerza puede desde luego enderezar. Son la capa superficial y destacada de eso que se ha llamado *el fondo del alma,* alma ellas también ...

Sueño y realidad

La situación que engendra historias

En los sueños siempre hay una historia, salvo en los sueños monoidéticos, apariciones de puro sentido o en que el sentido sobrepasa, trasciende enteramente, la pequeña historia, la mínima historia.

Sentido e historia parecen estar en sentido inverso en los sueños. Desde los sueños de la psique, en que el Yo está plénamente sumergido, hasta los sueños monoidéticos, se tiende una escala en que, a medida que el sentido aparece más claro, la historia se va consumiendo hasta llegar a desaparecer, hasta ser sustituida por un acto que el sujeto cumple —máxima libertad— o que ante él se cumple. Suceso único —o acción— destacado, con sentido pleno, del que podrían derivarse multitud de historias o sin historia posible: sueños de acción en los cuales se goza de un instante, de un instante regalado.

En el otro extremo —salvo la pesadilla— a medida que el Yo está sometido, bajo el nivel del tiempo, la historia, las historias crecen y proliferan, se engendran unas a otras. Cuanto más se *espesa* la atemporalidad, más se espesa y complica el producirse historizante; más la psique engendra historias según se acentúa su inmovilidad bajo la pasividad impotente del Yo.

La psique se hunde en la atemporalidad cuanto más herida está por algo, por una herida permanente —abierta un cierto tiempo— o sufrida durante el día anterior. En el sueño, la psique herida se hunde y refugia en un primer habitáculo, retorna cuanto le es posible a su modo *natural,* y se hace, se convierte en puro sentir, se entrega a su llanto, a su resentimiento, a su padecer cualquiera que éste sea. El padecer le agrega pasividad o se hace pasiva para padecer, recogida bajo el tiempo, el que transcurre donde está aún más sometida, pues no puede entregarse a su padecer por estar sujeta al Yo que dirige la conciencia, que atiende las cosas de la vida. Cambia de dueño o lo deja para sumergirse en su propia esclavitud y en ella entregarse a su padecer, sufrir sin ser vista.

¿De dónde pues la historia, las historias? ¿Quién las engendra? Emanación del sentir de la psique, por el pronto, como de un lago en el que el agua está quieta por encharcada, sin transparencia. El fondo de la psique, ¿se revela en historias?

Sin. duda en ello interviene la conciencia. Los sueños son la primera forma del despertar de la conciencia y el primer paso en el camino de la representación. Con elementos sin duda traídos de la realidad, se urden las historias. La psique novelera, novela a ciegas discerniendo con intención, mas ambiguamente, confusamente por hambre y prisa de engendrar historias que *demuestren* lo que le pasa y aun por qué; es su resentimiento que acusa, señala y aun encubre. Sustrae un elemento, el esencial. Y mientras, en sordina, prosigue, como una sola nota sostenida, ese su sentir que sostiene las historias.

Y así ocurre en la vigilia. Es un signo de vida humana, de humanización inicial, en sus primeros pasos. Mas ¿hace la psique algo? A veces, sí, y entonces actúa como alma que obedece a su función transformadora, mediadora, pasiva-activa, centro del ser viviente. Y es entonces verdaderamente cuando la psique descansa, porque sólo entonces, de verdad, vive. Entregada a su esclavitud, sometida a ella roza los confines, el fondo de su receptáculo; no se conoce, urde historias para aferrarse a sí misma, a su situación actual, a su herida. Urde historias, las muestra, enseña su herida, la vive así y aun se goza en ella como una mendiga. Es pobre, sedienta, ávida.

De estas historias quedará en la vigilia el recuerdo, la resonancia. Y un confuso sentimiento de que ha pasado algo, de haber sufrido algo. Pues sólo el sufrimiento ha sido real, lo único real. Pero algo de la historia, de las historias, se mantiene aún en el más completo olvido como irrenunciable. En esto aparece la necesidad primaria y el ímpetu original de crear historia, de buscar aun en la pasividad, y más en la pasividad, la representación y el encadenamiento de imágenes que figuran y representan, que miman un drama, un suceso.

Según ello, la representación no procede del hecho de tener que aprehender la realidad que nos rodea; una realidad corporeizada, sino antes que nada de la constitución del sujeto mismo, como Kant nos hizo ya presente. Mas en el mundo de los sueños se hace presente que aun bajo el tiempo y en ese singular espacio, que en su estructura nada tiene que ver con el *real,* la representación surge y se desborda, sin cauce, oprimida por la ausencia del tiempo, por el espacio que ella misma ha de crear y apresurada, imantada por la necesidad de representar, rara vez crea.

La espontaneidad del crear o engendrar la historia, el espeso historiar, a veces desprovisto de sentido, arroja sin embargo uno: que la psique pasiva, abandonada a sí misma, con sólo su padecer —su herida— urde historias, produce una historia múltiple, abigarrada, confusa; una historia inmanente. A lo que puede replicarse diciendo que este historiar inmanente

tiene lugar de un modo derivado, no primario; que si así sucede es porque en la vigilia, ante la realidad, la historia se produce: hay historia porque siempre nos está sucediendo algo y la psique reproduce en sueños, mima, lo que ha de hacer o más bien sufrir en la vigilia. Razonamiento válido si la historia, las historias, estuviesen reducidas desde siempre al mínimum: si sólo pasara lo que tiene que pasar y lo que efectivamente nos pasa; si mucho de lo que nos pasa no viniera de una emanación, si no fuera parte de nuestra historia inmanente, por ello incomunicable y que sirve de fondo y enreda por momentos la verdad de lo que está pasando, de la historia que pasa por todo; y si ésta misma no tuviera empañada su nitidez por la multiplicidad de historias inmanentes nacidas del padecer, de la herida, de las heridas.

Pretendemos mostrar aquí que hay una actividad historizante primaria. Una necesidad irreprimible a encontrar la representación del sufrimiento. Y un sufrimiento primario anterior a todo suceso que haga sufrir, un padecer *a priori.* Un padecer *a priori* por el hecho de estar vivo como hombre —y aun de estar vivo—. Luego un suceso hiere, provoca un conflicto, no hace sino actualizar la herida primaria, el padecer de la psique pasiva que ha de ser ir, ir más allá, distenderse cuando ella sólo quería vivir agazapada, quieta y ávida, llevando la realidad a sí, sin carácter de realidad, indiferenciadamente, tendenciosamente. La vida de la psique es tendenciosa.

Es imposible que no salte a la vista la noción de *libido* de Freud. Mas si ella coincide en sus caracteres con ese fondo de la psique delata, hace evidente, que el ser hombre no puede ser identificado ni reducido a ello. Sino que la herida de la psique consiste ante todo en estar, en un ser que ha de afrontar la realidad en el tiempo, la libertad y, por tanto, necesitado de conocimiento. Y esto es un simple hecho porque en el ser humano, a quien tal psique pertenece, hay constitutivamente una actividad, y aun una acción entre todas, porque hay una unidad invisible, desconocida, que actúa y exige a la psique salir de su sueño originario y despertar. Y la obliga a acompañarlo en su camino, en su nacimiento.

Hay proceso de ascensión de la psique a una llamada nacida de la trascendencia. Y éste es su sufrimiento originario a priori, al que responde desde su pasividad, en su pasividad, urdiendo historias en mínima colaboración con la conciencia, en el fondo oscuro de la memoria. Por esto todas las historias están siempre teñidas de *resentimiento,* como lo están las historias de la vigilia, cuando no se ciñen a la verdad, que cuando no han sido engendradas por la sola finalidad, siguen siendo historia inmanente.

Esta historia, estas historias, tanto las sucedidas en sueños, como las que se desarrollan en la vigilia, no alcanzan el nivel de la realidad: tocan a la realidad en un punto, aquel de donde parten, el único suceso real, efectivo: el de la herida, el sufrimiento, el llanto. Si ha sido ocasionado por un acontecimiento, si se trata de un hecho. El resto, el ámbito o lugar donde

la historia se desarrolla está bajo la tendencia que al modo de una sustancia elástica se distiende y dura —tanto en sueño como en vigilia— y hace como de nota fundamental que sostiene toda la frustrada, inconexa melodía. La tendencia, que como tentáculo se sale, emerge de la psique, especie de queja donde se da, se apoya, el desfile de las imágenes.

Y así, en tanto que dura la historia inmanente, la vigilia tiene la contextura del sueño, de uno de estos sueños en que el tiempo falta en el sentido en que se ha dicho y con él la libertad-realidad. Se está en el interior de un sueño emanado de la pasividad que padece, y ese padecer no elevado, no ascendido a dolor, es el que engendra, urde las historias irreales.

Irreales no sólo porque el sujeto no esté, no haya entrado, en la realidad, irreales también por su carencia de sentido, porque sólo revelan, sólo arrojan la queja mantenida en la tendencia, la herida inicial que se distiende y puede absorberlo todo, borrarlo todo, arrastrar consigo todo, siendo entonces el sujeto impotente para detener la nota prolongada, fascinado por ella. Y toda acción en que se envuelve a la historia será como una irrupción en la realidad objetiva, será violencia, sólo violencia. Destrucción.

El tránsito del sonar a la realidad

Los sueños no pasan, se desvanecen; no caen en el pasado, suceden con los acontecimientos vividos en la vigilia. Se opone a este *pasar,* en primer término, el carácter absoluto de los sueños que coincide, en el caso mínimo, con su atemporalidad y que en ocasiones va aun más allá de la atemporalidad. Lo que de algún modo tiene carácter absoluto, no pasa cuando de ello nos salimos. Pues no es ello quien nos abandona, sino nosotros quienes nos salimos de su recinto, de su presencia. Nosotros, es decir, el sujeto que lo sufre y lo sostiene. Y así, se queda detenido aun cuando ya nos hayamos salvado de su círculo mágico, como las murallas de una ciudad dejada atrás. Y hay siempre una violencia que retrasa el verse libre o ausente de ello. Y cuanto más acentuado haya sido el carácter absoluto del sueño, y más intensa su realidad -como sueño-- mayor es la violencia del arrancarse, más larga la duración de su obsesiva presencia.

Se opone también a que pasen los sueños, cuando en ellos hay una significación oculta; un enigma a descifrar. Se opone a que pasen sin más, cuando en ellos ha aparecido una imagen real. Y lo que no siempre coincide con la existencia de la imagen real, un sentido evidente, una significación resuelta en sentido. (Pues que la significación, siempre enigmática, cuando deja de serlo es porque se resuelve en sentido, en el

mismo sueño —sueño resuelto ya— o más tarde.)

Se comprende que estas diferencias dentro de los sueños dan origen a diferentes maneras de verterse en la vigilia, de desembocar en el fluir de la vigilia que es ante todo, eso: fluir, temporalidad. ·El carácter fluido de la vigilia la diferencia radicalmente de la consistencia atemporal del sueño.

Se trata, pues, de ver cómo en el fluir temporal de la vida, de lo que llamamos propiamente vida —la vigilia—, se resuelve el absoluto de los sueños. Lo cual ilustraría, de ser descubierto, o vislumbrado, un proceso más amplio: aquel por el cual todo lo *que se* da inicialmente en un modo inmóvil entra en el fluir *de* la vida; el modo cómo lo *que se* presenta con carácter absoluto, aunque *se* mueva, *se* introduce en el tiempo vital.

En el primer caso: lo *que se* da como inmóvil, bajo el tiempo, *se* trata *de* una ascensión, cuando entra en ella la temporalidad que fluye. En el segundo caso: lo *que es* absoluto —inmóvil o no, en modo supratemporal — *se* trata de una reducción, al entrar en el fluir temporal. El tiempo *de* la vigilia opera pues un cierto análisis en ello.

Y el tiempo de la vigilia muestra entonces la complejidad de su estructura; sus plurales dimensiones y aun la presencia en él de otras estancias temporales, receptáculos que albergan, por así decir, lo no soluble de lo que se presenta con carácter absoluto.

Pues que es un hecho, fácilmente recognoscible, que en la vida, bajo el sueño o ante la conciencia despierta y alerta, se presentan sucesos, acontecimientos, presencias con carácter de absoluto. En el primer caso: bajo el tiempo; en el segundo: más allá de él o, al menos, planeando sobre él.

Lo cual nos avisa de que antes de *que* haya lugar alguno para plantearse la cuestión de si la realidad es absoluta o relativa, de la constitución del sujeto llamado hombre, es necesario reconocer y aun entender en lo posible la aparición, la simple aparición, de lo absoluto en la vida humana y su subsiguiente entrada en el tiempo que define y envuelve esta vida. Y aun: la necesaria, inevitable complicación del fluir temporal de la vida humana: un ensanchamiento que lleva consigo una pluralidad de dimensiones; un moldearse del tiempo bajo la presión de lo que ante el sujeto se presente con carácter de absoluto.

Y sólo con un mínimo de *experiencia* acerca de estos sucesos, es posible abordar la pregunta acerca de la estructura íntima del sujeto de la vida humana, de aquel que la vive. Aunque esta estructura no pueda revelarse internamente, íntimamente, en su último fondo, pues exigiría en quien lo descubra, vaciarse, no sólo *de* su vida, sino *de* sí mismo. Lo cual no *es* posible ni *de*seable. Mas, quedará esbozado, presente, el sujeto, y algunas de sus elementales exigencias, de su constante actuar. Y la vida, en su condición de intermediaria entre lo que *se* presenta y el sujeto, aparece sin más. Lo que se presenta, que puede ser llamado, fenomenológicamente, *materia* —en cuanto que es dado por sí mismo con todos sus caracteres—.

La vida y su fluir temporal está en medio. La vida: está. Y aun señalada, indicada su posible prolongación, su requerimiento, su horizonte, independientemente de lo que sobre esta cuestión *se* opine, crea y aun se piense.

No nos *es* dado afirmar que en los sueños aparezcan todos los modos en *que* lo absoluto se presenta en la vida humana. La vida ha de tener sus modos específicos, mas como se verá, en ellos, en los sueños, hay una búsqueda y un acercamiento a la realidad, y un tocarla. Lo cual los aleja *de* su absoluto primero y los eleva hasta otro modo de absoluto que no es ya el de la simple atemporalidad. Y así, como ya se ha dicho, el acercarse al modo en que se vierten en la vigilia, en cómo se incorporan a ella, en cómo se resuelven prolongándose por sí mismos, es parte ineludible de esta cuestión central: ver cómo el absoluto *se* presenta en la vida humana y cómo se adentra en ella, como, por así decir, es asimilado, persiste, se transforma.

El seguirse de la realidad de los sueños

Toda realidad es percibida como fragmento, dice Ortega, lo que hace, añadimos, que todo lo real esté en otra cosa; que el fragmento de realidad no vaga ni está desprendido, sino solamente cuando se destaca por su carácter absoluto. Mas aun en este caso, ese absoluto aparece en conexión. La conexión es simplemente de planear sobre el resto de realidad percibida, de ser como una actualización del fondo, de ese fondo en el que parece descansar la realidad sosteniéndola.

En esquema pues, la realidad aparece percibida y más todavía, sentida, como fragmento. Mas fragmento uno, que descansa y es sostenido en un doble fondo, en uno inmediato apenas percibido: el pasado, pues se nos aparece en ese seguirse de la vigilia, ese último fondo nunca revelado y que por ello tendemos a situarlo como fundamento, como ser.

De otra parte, la realidad se da en un horizonte, envuelta en él. El horizonte no *es* simplemente envoltura, sino infinitud, prolongación ininterrumpida, como si cumpliera la función de ir recortando de la realidad lo que puede sernos presente. Por ello, el horizonte hace alusión al futuro, es garantía del futuro, función del futuro.

Y así, en orden al tiempo, toda la realidad es vivida como viniendo desde un pasado y atraída a lo menos por el futuro, abierta a él, como depositada en el cruce del pasado y del futuro, que apenas da presente. Mas en ciertos momentos el presente se ensancha, se asienta y predomina, vence; la realidad vivida se yergue victoriosamente y a ella se lo atribuimos cuando se trata de algo que sabemos que dura. En realidad si este algo vence la inestabilidad de la conjunción pasado-futuro no es a causa de su duración, sino de su lograda presencia, ya que, de otra parte, la presencia de algo de esencia fugitiva pero de lograda presencia, no sólo es percibido en este presente vencedor sino aun en el siempre.

El siempre parece ser el atributo temporal de la máxima realidad. El siempre que no hay que confundir con la atemporalidad, ni con la suspensión del fluir del tiempo intercalado en su corriente. Pues el siempre es como un círculo producido por un movimiento. Un girar atraído, producido, desde un centro invisible, desde algo uno. Sin duda que este uno viene del sujeto que encuentra la ocasión de actualizar su unidad en forma activa, actuante. Ya que la unidad del sujeto se hace sensible en todo momento por la continuidad que imprime al río de las vivencias y de las situaciones. Mas este modo de manifestación de la unidad es lo que se ha llamado mismidad y que no excluye ciertamente el sentir de la monotonía. El que él mismo transfiera su mismidad a lo que vive y diga que es lo mismo.

El *siempre* está muy lejos de *lo mismo*. Es otro modo de manifestación de la unidad del sujeto viviente. En el mismo que llega a vivir lo mismo el sujeto es pasivo, actúa pasivamente, sostiene, mantiene, ordena, discierne y aun elige —atiende y desatiende—, crea una especie de paralelas entre las que transcurre el fluir de las vivencias. Y estas paralelas tienen la misma dirección y guardan la misma distancia entre sí, por eso el volumen de vida, de experiencia, es el mismo con ligeras variaciones. Y el sujeto que mantiene esta igualdad también la sufre, es afectado por ella y no se revela más, no se descubre y queda casi sumergido en un vigilar dentro de lo previsto.

El *siempre* descubre la unidad del sujeto en modo más íntimo y por tanto más actuante, más libre. Cuando es sólo esto, se trata de uno de esos instantes de decisión, de querer, de fe, de voto o juramento. Y queda en

soledad flotando, dejando caer la realidad en virtud de esa realidad a la que se aferra. Es la actualización del siempre del querer.

Mas hay ese siempre más pleno, en el cual no se decide, no se está solo, se. alza sobre todo lo demás una idea, un voto. No está solo y al descubierto. Hay reposo, armonía, coincidencia. Por tanto, ha de haber en la realidad que se vive alguna unidad que corresponda a la unidad del sujeto que la vive.

En el siempre de la plenitud se diría que coinciden dos centros: el centro íntimo del sujeto y el centro de la realidad, de alguna realidad. Y· así el sujeto como real está en ella y ella, la realidad, está en él. Y la realidad alcanza su plenitud, ya que todo lo real está siempre en otra cosa, se da dentro de otra cosa. La realidad dentro del sujeto y el sujeto dentro de ella no puede producirse sino por la coincidencia del centro de los dos: del sujeto con el de una región de la realidad.

Que una especie de sueños estén abiertos al futuro, que el futuro esté en ellos indicado en un cierto horizonte, es cosa que ya hemos visto («El sueño creador»). Mas ahora nos preguntamos si ellos, como sueños, tienen futuro en la manera como en principio tienen todas las vivencias de la vigilia. Pues se diría que lejos de agotarlas se viven en modo incompleto; que rara vez una vivencia pasa por haber sido agotada, rara vez muere. Por esto, porque todo pasa antes de acabar de pasarse, vuelve, reaparece, por inacabado, por haber sido enterrado vivo. Es la primera capa de la memoria, su discontinua vida formada por las vivencias que vuelven para acabar de morir, para poder hacerse pasado, pasado que no se recuerda. Y engrosar así ese fondo de olvido, ese sedimento que aquietado permite ver al sujeto dentro de sí mismo, le va creando una transparencia.

¿Cuáles son en la vida de la vigilia las vivencias más dadas a reaparecer? Por el pronto, aquellas más cargadas de emotividad, lo que no tuvimos tiempo de sentir.

Vuelven a pasar para acabar de pasar, para poder hacerse pasado. Y para ello han de consumir su emotividad superficial, la emotividad que se desata en movimiento, lo que es principio de acción y reacción, el aspecto primario de la vida psíquica; tienen que dejar de ser punto de partida de un acto reflejo.

Y cuando no sucede así la vivencia es actual, posee la psique, forma una isla enquistada de atemporalidad; es sueño ella misma. Son las islas de sueño que subsisten en la vigilia y que pueden dominarla, transformarla en un soñar despierto sostenido, mantenido por el Yo. El sujeto pasivo, sosteniendo en el tiempo la atemporalidad de una vivencia que crece, conquista, atrae y deja entrar en su círculo mágico cada vez mayor número de ellas. Se produce así un estado obsesivo, prmc1p10 de una acción violenta y *natural.*

Estas vivencias sólo pasan realmente cuando han dejado de ser origen de reacción refleja, cuando han perdido la carga emocional necesaria para desencadenar un movimiento o conato de movimiento. Quedan entonces

purificadas, palidecidas, reducidas a su pureza psíquica, sin mezcla ya con reacciones corporales. Y si vuelven es porque en ellas se contiene un núcleo necesitado de esclarecimiento, de conocimiento. Mas esto puede, en ciertos sujetos, no pasar e irse acumulando así en un fondo oscuro de donde un día, un instante, nace el grito, el llanto, el clamor. Constituyen *la oscura raíz del grito.*

Y mientras el grito no se desata, queda una resonancia, un rumor casi constante y un adelantarse hacia la superficie de la conciencia y un recaer a su profunda atemporalidad, una especie de sepultura nada hermética. Y a medida que las vivencias cargadas de emotividad y generadoras de ella se van de ella liberando, purificando, se va haciendo un lugar, y aun el lugar mismo donde estuvo su isla atemporal, un espacio transparente, un espacio de visibilidad.

Así en los sueños, los de la simple, fundamental, especie -sueños de la psique- cuando son portadores de una densa carga emotiva, penetran en la vida de la vigilia por esa emotividad que es justamente lo más fluido, por idéntico a la vigilia. Tiñe con ella lo que se llama el estado de ánimo. Desvanecida la historia en que consisten los sueños típicos de la psique, queda la resonancia de la emoción que, al no tener historia donde sostenerse, tiende a adherirse a lo que en la vigilia acontece y a teñirlo con su tono. Son raramente recordados, es decir, raramente se presentan, a no ser que la emoción sea muy intensa, lo cual no se da ciertamente sino en conexión con la historia soñada; son los sueños de deseo y de temor, en los cuales ninguna acción está propuesta. Mas si son recordados, aparecen simplificados y visibles. Vuelven al mismo lugar de la psique donde aparecieron, mas ahora visibles desde la conciencia, como a través de una capa de agua a medias transparente y que como el agua ofrece una resistencia difusa a dejar evadir lo que contiene, sin contar con la que es posible al sujeto imprimir en su esporádica aparición.

Es la forma más simple de reaparición de un sueño —en el recuerdo —, análogo al modo como reaparece cualquier acontecimiento de nuestra vida o cualquier imagen. Salvo su carácter de intromisión, propio de todo sueño que reaparece o se recuerda sin saber bien por qué. Aparece ahí; quieto se deja ver, un tanto esquematizado, como dispuesto a dejarse captar, especie de preparación para el concepto por muy alejado de él que se encuentre, a dejarse ver como historia, entero, en su línea intrincada, presentando o pidiendo orden.

Y con esto la interioridad específica de los sueños, el que sea el intra-acontecimiento paradigmático, cede. Conservando su interioridad, su inmanencia, se deja ver; aparece dentro del recinto de la conciencia no como actuante —en esas islas de la atemporalidad— sino como un visitante que se somete a las reglas del lugar que visita, que entra conservando sus caracteres propios, pero al entrar ha de someterse por fuerza a la estructura de ese recinto, a su ley. Y la ley de la conciencia es la visibilidad.

Y como no es la conciencia —en el caso que examinamos— la que lo llama, sino el sueño que se presenta como visitante, podemos demandarle qué es lo que busca, ¿qué entra buscando? Ser visto como una llaga que se exhibe. Mas, ser visto es entrar a formar parte de lo visible consciente, del lugar donde las vivencias: imágenes, emociones, conceptos, se dan en conexión que aspira a ser orden, en una sucesión, en un seguirse que tiende a ser un orden: orden, realidad. El sueño que se presenta así, por sí mismo, sin ser evocado, pide entrar en realidad, formar parte de ella. Nos referimos a la especie de sueños que no contienen ninguna imagen de la realidad, que por su carácter —aunque no igual al de la realidad sin más— irían a situarse en una suprarrealidad. En los sueños *de deseo,* de temor, en los que la psique está recogida en sí misma, agazapada bajo el Yo abatido, se desprenden como tentáculos de esta pasividad, *que* toman vida independiente como emanaciones *que* se desprenden de su lugar de origen; podemos ver un conato *de* sustantivación para entrar *en* otro mundo, *en* el de la vigilia y de él formar parte en alguna forma. Especie de larvas sedientas *de* ser y *de* entrar *en* el sistema que es la realidad.

El camino de los sueños en el tiempo. El tiempo inalcanzable

En los sueños hay un aparecer del pasado y del futuro, que *es* visión si al pasado *se* refiere en modo directo; no porque sea visión de una escena, *de* una imagen *que* aparece nítidamente visible, como ha aparecido el sueño recordado en la vigilia, *en este* medio de visibilidad *que* no es la caverna inicial *de* los sueños. Es una escena que efectivamente sucedió una vez o bien que no sucedió nunca, mas se la coloca por su irrealidad en un pasado remoto, en un pasado que ya no vuelve, que no propone ninguna acción, que no despierta siquiera nostalgia, remordimiento ni sentimiento alguno de los *que* parten del *presente.* Vuelven como puro pasado sin carga emocional ni sentimental, despojados de toda posible alusión a entrar en el presente, como pura visión, ideal, purificada de vida, vida a salvo ya como encerrada en un vidrio transparente o dentro de agua clara, es decir: en otro medio. En un medio donde ya no es posible ni necesario moverse, ni siquiera comprender el lugar de lo intangible e inalcanzable y por ello sustraído al pensamiento. Y queda como un ejemplo de a lo que puede llegar algo vivido, en lo que puede quedar una vida o un trozo de ella: en algo que se emparenta con el ser.

Y así, esta visión del sueño despojado ya de su carga emotiva,

desconectado de la acción y aun de la tensión elemental de la psique, esa que tiene lugar en la conciencia de la vigilia, prepara una especie más alta de sueño. Aquel que se produce como una visión que aparece en un medio claro que no es ya la caverna donde el sueño primario se engendra. Puede ser que algo sucedió alguna vez y que aparece ya sin suceso, como si no hubiera sucedido nunca. O algo que nunca nos ha sucedido, como escena de otra vida, en un tiempo inalcanzable.

Y marchan las escenas de estos sueños, pasan sin ruido lejos de la palabra, imposibles de palabra, como hacia algo. A su pasar, si es que lo tienen, se sobrepone este otro pasar de ir hacia una última finalidad que a todos los de esta especie envuelve: ir hacia su propia finalidad que no es la del cumplimiento de aquella escena, el término de aquella acción que aparece ya cumplida, o cumpliéndose, sino que por cumplido, pasa, se mueve desde su fin y acabamiento a otro remoto, en un último desfile ante la conciencia espectadora.

Cuando por obra del arte se produce este modo de ver en la vigilia, ver que es asistir y sentir, tiene la misma estructura que en los sueños correspondientes: el tiempo se ha detenido para la conciencia ante este otro tiempo de un pasar ante ella y que se aleja de ella: ante algo así como una despedida.

Y, paradójicamente, este último pasar se parece al ser; este pasar no de un suceso que se desarrolla, sino que unido, pasa. Pasar puro, puro tránsito es el verdadero suceso de estos sueños, este pasar inalcanzable que parece ser también una promesa.

Y hay en ellos, en último fondo, en un íntimo núcleo de la escena o de algún personaje que en ella va, algo nuestro. Y así la alusión a la vida presente, al fin se descubre. No se capta inmediatamente, porque es de sentido contrario a la alusión directa, elemental: la de despertarnos —en sueños o ante la obra de arte— para entrar en nuestro presente y pedirnos albergue de algún modo. La alusión es una ligera atracción de incorporarnos a este cortejo, de despertarnos hacia ese desfile, hacia esa especie de ir, de pasar. La despedida que es una invitación apenas perceptible.

Y en ello se trasluce la aparición del futuro. Y por leve, mínimo, que sea el moverse del sujeto en el sueño —en tanto que sujeto real— significa que el futuro se comienza a actualizar. Por leve que sea la modificación que en el moverse en el tiempo de sujeto, sea en sueños, sea en vigilia, es que el futuro está actuando.

Llamamos futuro a la dimensión del tiempo que se descubre cuando se dibuja aun en modo apenas perceptible —como en este caso— la finalidad. Y la finalidad, aunque sea en esta forma apenas perceptible, es pura cuando algo, un proceso acabado, concluso, sin posible continuación, avanza y hace avanzar, se sigue moviendo.

A través de la vigilia, pasando por ella, esta clase de sueños,

los más elementales de la psique herida que engendra historias, se ha resuelto en un movimiento ganado por haberse cerrado como historia y por haber ganado una dimensión del tiempo, la del futuro imprevisible, no definido por un fin concreto, situado en la misma cadena de su suceso, porque ha entrado a formar parte de un suceso más amplio, ha desembocado en un confín de la vida donde la psique y su consustancial memoria se retiran: al dejar de ser plenitud de memoria, deja de ser memoria.

Y lo que escapa de ser memoria, tras de haberla atravesado, es libertad.

Vemos pues, que es posible, aunque hasta ahora en forma mínima, delinear el proceso de un ciclo a través de la memoria consciente, su paso por la memoria para volver a hacerse sueño. No es necesario que se trate de un mismo sueño, de un sueño con el mismo contenido; basta con que se trate de sueños de la misma especie para que el resultado sea válido. Pues que en el fondo se trata de una acción liberadora de la conciencia con ciertas especies de sueños, con todos los que por un momento irrumpen en ella, como si el hecho de entrar en su recinto les imprimiese un movimiento y una dirección del que ellos no estaban dotados pero que parecía convenirles. Exagerando un poquito, podríamos hablar de una acción redentora de la conciencia ejercida con algo, los sueños, que de su vida espontánea y encadenada necesitan ser redimidos; de su encadenamiento, de su inmovilidad, de su atemporalidad congénita; necesitan ser llevados al tiempo y conducidos a través de él, según su específica condición.

En este sentido opera la conciencia con los sueños, al igual que con el pasado, con el pasado que no pasa por lleno o con lo que se fue hacia el pasado por leve y apenas percibido. Lo lleno no puede pasar como si el canal hacia el pasado fuese un poro abierto en el presente, lo que así en efecto sucede, pues en realidad no nos damos cuenta del ir pasando de las vivencias. Y así esa sorpresa de cuando nos venimos a dar cuenta de algo que ha pasado ya. Y es raro, en extremo, percibir cuando algo se va hacia el pasado, su tránsito desde el presente.

Y lo leve y minúsculo desaparece, en cambio, como hundiéndose en un mar, perdiéndose en ese océano que sentimos ser en el fondo de donde se recorta aquello que estamos viviendo, el presente más o menos iluminado por la atención, como si dependiera tan sólo de su intensidad y extensión el abarcarlo todo. Y así, esas vivencias se escapan al presente por su levedad o por su no aparente conexión con el sistema habido en ese momento, edificado en la conciencia por la atención, por el interés en todos sus géneros. Su suerte no puede ser la misma al irse que la de lo que no puede pasar, acabar de pasar. Su irse es más bien un perderse. Son las vivencias que engendran los sueños de significación. Han pasado por la conciencia apenas rozándola, apenas bañadas de ella se pierden, dejando, eso sí, un ligero desasosiego, un cierto vacío. Se han ido antes de ser

identificadas, antes de alcanzar a ser ellas mismas esa mínima mismidad que tiene toda vivencia reconocida como tal, aunque no enteramente en su contenido y aun falta de tiempo, privadas de su *natural* prosecución.

Se han ido sin el tiempo mínimo indispensable para alcanzar mismidad. No se sabe no sólo lo que encierran, sino lo que son.

El sueño de la conciencia.

La aparición de lo mismo. Lo ya visto

La vivencia de lo ya visto, de lo ya vivido otra vez, en la vigilia, tiene uno de sus orígenes, sin duda, en un abrirse de la conciencia que es un adelantarse, para aferrarse después, al objeto que se le presenta precedido de tanta ansia. Y así hay un volver atrás, una recaída o retroceso en el transcurrir temporal, el que aparezca como pasado el presente del objeto o del suceso.

Mas hay otro modo de vivencia de lo ya visto más completo e intenso, de mayor relieve, que surge en medio de una calma, de una situación en la que propiamente no está sucediendo nada, en un estar lleno de sentido; de un sentido impreciso, intenso y sin contenido, de un sentido puro, libre, diríamos, de significación. No acaece nada, no se espera tampoco que acaezca: se está inmerso en la situación. Y como la conciencia no tiene que hacer sino tomar nota, no mantiene su vigilia, se ausenta y vuelve, y al volver nada ha cambiado: se encuentra con lo ya visto, con lo ya vivido otra vez. La vida en esta situación tiene la contextura de un sueño prolongado que la conciencia no puede acompañar, hecha como está al sucederse de las vivencias, a la no detención del fluir; hecha como está a recortar, a delimitar, a ejercer esa especie de acción continua para impedir que lo que está en el borde entre a tomar la plaza del suceso central. En esa situación todo es centro y nada más, la conciencia nada tiene que hacer para establecerlo ni para mantenerlo; esos alrededores que acechan están en suspenso; nada se agita tampoco allá en el fondo, en ese mar que sostiene igualmente lo que está a la luz de la conciencia. Y su tensión vigilante no tiene lugar, se ha quedado sin la primera y más elemental de sus funciones. De ahí que se ausente y hasta intente pensar en otra cosa, aprovechando la extraña pausa, a la inversa que en los sueños, donde acude quieta. Mientras aquí se mueve despierta ante una quietud sin peligro, ante una vida que no la necesita.

No la necesita y la necesita, pues que sin ella carecería de integridad ese estar, se hundiría en el recuerdo, como, en efecto, se hunde en el

instante en que se ausenta. Pero si vuelve allí, allí mismo, es porque el sujeto no quiere romper esa situación y tira de la conciencia como de un cometa que tiraría de él si lo dejara. Es un trozo de vida transparente y la conciencia lo escinde en momentos, lo rasga en su revolotear forzadamente ocioso. Y si aquello que se está viendo hunde sus raíces en lugares hondos del sentir, en esperanzas remotas que sin declararse ahora se ven cumplidas, entonces se produce la vivencia de lo ya vivido. Y lo es por cumplido, lo es porque, en su simplicidad, cumple largas promesas a veces informuladas, y por encima de ellas, esa promesa del vivir enteramente algo alguna vez, de que algo que se vive tenga la calma del estar, de que no pase, de que esté ahí asemejándose al ser.

La conciencia no puede alejarse aún más, quedándose quieta, asistiendo. Entonces, libre de tensión y de cuidado, ve. Ve sin acicate y sin obstáculo. Y al ver desde lejos prevé, se adelanta en el ver, pues que está viendo algo casi inmóvil, que domina un cierto horizonte temporal quieto, y dentro de él puede discernir y así anticipar. Como si ella, la conciencia en sueños, profetizara. A la inversa de lo que en sueños sucede, que si hay profecía, no proviene de la conciencia paralizada, sino de una realidad que se desborda libre de los lazos de la conciencia. Es lo inverso de los sueños, porque aquí se podría decir que es la conciencia la que sueña, que esta situación es el sueño de la conc1enc1a.

La conciencia que sueña por falta de ocupación, por libre de cuidado, destituida por una realidad que satisface profundamente el ansia del sentir, que apacigua las entrañas; el centinela destituido por la paz. Opone una resistencia a aceptar su destitución y vuelve una y otra vez a encontrar lo ya visto, lo ya vivido y, en el extremo límite: lo mismo.

Lo mismo que es el resultado —paradójicamente— de una lucha. De la resistencia que opone la conciencia a abandonar su función, de su vigilia con la realidad quieta, lograda, calma. Pues cuando se entrega se hace la libertad, la libertad real, lograda. Y la conciencia se mueve en la libertad a medias lograda, en la libertad que hay que buscar. La conciencia va en busca de la libertad y la hace. Cuando, por raros instantes, se le ofrece ya lograda, la interrumpe. Tendría que abandonarse a su no actuación, quedarse en su no ser. Y entonces fluiría esa realidad libremente, sin ser sentida como ya vista, sin llegar a aparecer jamás como la misma, sin dar lugar a que apareciese la visión y la vivencia azarante de *lo mismo.* Y esto, en sueño o vigilia tiene igualmente carácter de sueño, de sueño indisoluble una vez que se ha formado. Pues la conciencia que sigue actuando, cuando no ha lugar, en vez de hacer pasar, fija; en vez de buscar la libertad, la detiene. Y aísla ese instante de libertad lograda, lo recorta como en un sueño. Y lo hace, hace a esta libertad apresada, extraña, irrecognoscible, absoluta, dada, es decir, no-libertad.

Y si la conciencia se aviene a esta su destitución, la vida quieta no deja sin embargo de fluir, como un río ajustado a su cauce. Todas las vivencias

se acuerdan entre sí, todas siguen la misma dirección y lo que cuenta tanto o más: el mismo ritmo, que no se distingue del ritmo de la respiración. De ordinario no se da esta unidad de ritmo, de velocidad, en las vivencias. Un grupo de ellas marcha a mayor velocidad y arrastra a las demás, que no pudiendo seguirlas se pierden, quedan en esa situación que hemos señalado: faltas de tiempo y por ello sin alcanzar el ser siquiera identificadas. La claridad de las vivencias protagonistas condena a las que no lo son. En la situación que ahora describimos parece que una misma velocidad envuelva a todas ellas; de ahí la igualdad en la marcha, que por ello se asemeja a la inmovilidad, y el ritmo común, como si obedeciese a otro ritmo elemental primario. Y todo ello junto es eso que llamamos, como aspiración, la vida. La vida entregada a sí misma, a su orden que parece espontáneo, del que ha desaparecido el esfuerzo que precede al logro, como no son visibles de una obra de arte lograda los cálculos y esfuerzos, los tanteos que han acompañado el proceso de su ejecución.

El sujeto está adherido en esta situación; adherido, no sometido como en los sueños primarios de la psique; por eso se mantiene. Y por ello, siendo lo inverso de un sueño, viene a ser equivalente en un grado superior de vigilia. Equivalente, por contrario, pues que el sueño es la inmovilidad de un movimiento. Y en esta situación tenemos un movimiento que fluye con continuidad, con ritmo igual, acordadamente.

El absoluto de los sueños

El absoluto de los sueños es su significación; aquello que significan. Absoluto como símbolo. Mas hay que entender el símbolo como acción. Por eso todo sueño fragmentario ha de ser llevado a su unidad, a su simplicidad oculta que es la acción
de la persona que los crea.

Y todo sueño simple ha de ser, si es posible, fragmentado, descompuesto como acción, pues la acción aparece nuda en la nuda imagen, ha de ser fragmentado en la imagen que es lo único asequible.

En los sueños de una sola imagen, de simple presentación, tenemos sin duda un símbolo. Y como tal una imagen de realidad. Una imagen real. Real como símbolo. En ella están concentrados, absorbidos, una pluralidad de sentidos, si es una imagen histórica.

Si son historia, síntesis de historia, son abordables en principio. Mas si no hacen referencia a la historia, son larvada manifestación de la realidad desconocida, misteriosa, del Yo, lo cual sucede en el límite de la locura, o es ya locura. Si se reviste de esta larvada imagen del Yo, con una apariencia, es ya la locura en marcha, la locura que inicia su representación mimética.

Pues la locura es el ir representando por nuestra cuenta, con completa autonomía, la realidad. Es ir revistiendo lo desnudo, *que* se ha quedado desnudo *de* atributos y figuras, de trajes y aspectos, autónomamente, mas sin libertad. Es, pues, la falta total de libertad, dirigida fatalmente, autónomamente. El reverso de la libertad moral, que es autonomía en medio de la realidad concreta de cada persona, en sus circunstancias, del Yo que asume las circunstancias y que es la persona.

La función propia de la persona es la función moral: acción en el tiempo, finalidad. Sólo desde la finalidad se puede dirigir la temporalidad. Y eso aparece ya en sueños. Ya que si no apareciese en sueños no sería real,

no tendría realidad alguna viviente, no estaría fundada en la naturaleza del ser viviente llamado hombre. Sería impuesta ficticiamente al hombre. Mas el haberlo encontrado en los sueños no obedece al afán de demostrarlo sino que, por el contrario, el encontrarlo es un verdadero descubrimiento, proporcionado por el conocimiento del sueño.

Si el soñar fuese extraño a la moral, si lo que en sueños hacemos de verdad, es decir, nuestra acción personal, fuese amoral, la moral sería extraña a la condición humana: un error, se podría vivir sin ella. Y no se recaería en ella una y otra *vez*.

Por tanto tenemos que el absoluto de los sueños es el absoluto moral, la inexorabilidad moral de la vida humana. La imposibilidad de pasarse sin la moral, el que ella no dependa de que la queramos o no admitir, es el juego moral espontáneo y, como tal, automático de la moral vital. El escapar de ella es entrar en una fatalidad que es la locura. Y entonces la moral viene a refugiarse en el contenido del sueño persistente, en el argumento que es la locura. Entonces la moral no vive, no se desarrolla, y es la locura como sueño prolongado. Es dejar de vivir. Pues los sueños son la suspensión de la vida mirados desde la integridad persona-vida, persona viviente, o en la vida son realidad escueta y pueden llegar a ser entrada en la vida verdadera.

La vida eterna es vida sin fin, porque *se* actualiza en ella el carácter total de la vida que es originarse a sí misma, engendrarse a sí misma. Y ello no puede acaecer sino cuando se llega a una finalidad, cuando se alcanza una finalidad y de ella emerge un principio. Al cumplirse la realidad se retorna al pasado incompleto y se le integra desde el principio. La vida es una, sale de una unidad, de un átomo viviente que se desgarra sin disgregarse, se fragmenta. La vida que se ha creído ser síntesis es por el contrario fragmentaria. Fragmentaria en su primer aspecto, mas si se analizase toda ella sería no-vida, es decir, *materia* como son los astros.

Tal vez los astros se han originado de un átomo de vida que se ha fragmentado. En realidad no son los astros a quienes esto ha ocurrido, sino al espacio y a la materia totales. Al espacio-tiempo, que se especificó desenvolviéndose, fragmentándose. Mas si esto hubiera sido posible solamente en el espacio sin el tiempo, la vida no hubiera jamás existido.

En el principio era ya la vida y no la materia. De la vida puede salir, por fragmentación, la materia. Al decir materia estoy diciendo espacio, extensión. La vida fragmentada dio el espacio y el tiempo en su conjunto, en su integridad espacio-tiempo. El espacio-tiempo total es vida, es una vida única, íntegra, donde todo vive, es... Dios.

Mas volviendo a nuestra vida individual, encontramos mediante los sueños que al cumplirse en cada etapa de la vida una finalidad, al llegar a su término el tiempo pasado, lo pasado, como tal, aparece y a la vez se integra, emergen de él nuevas posibilidades, pues el pasado fecunda, al par que es fecundado, crea un plano temporal nuevo y más complejo. Más complejo y

más próximo a la unidad. Pues la vida es como una columna o espiral que asciende creando planos nuevos. Es verdadera y propia creación.

Para ello atraviesa la historia. Primero se hace historia, entra en la dimensión de la historia, que es la del pasado como tal pasado. La simple acumulación del pasado no resuelto. De ahí el conflicto histórico. En realidad, todo conflicto es histórico, pues solamente en el plano de la historia existe el conflicto. La conciencia lo recoge y lo fija; retiene el pasado. El pensamiento hace el vacío temporal, suspende la vida y crea el pasado como tal, lo hace aparecer. Lo hace desde el futuro, desde un futuro aún vacío, por tanto, escapado a la fatalidad del pasado ya hecho.

De ahí que el pasado puro comience en un punto vacío que es lo que Ortega jamás ha visto. Desde ese punto fuera de la vida es desde donde únicamente se puede pensar. Arquímedes decía *dadme un punto de apoyo y moveré el mundo.* Este punto de apoyo está fuera del espacio que ocupa el cuerpo a mover. Para encontrar la solución al conflicto hay que salirse fuera. Este fuera ha de ser un fuera absoluto, pues si no sería entrar en otro sistema de conflicto, pensar la historia, en sentido de pasado, desde otro sistema que sería igualmente del pasado, mas de otro pasado, lo cual agravaría el conflicto. Hay que pensar desde un punto fuera de toda historia, lo que a Ortega le sería absolutamente inconcebible. Y desde este punto ahistórico se abre una posibilidad, porque este punto situado en el vacío no puede ser cualquier punto, sino uno desde el cual la comunicación es posible. Un vacío cualitativo.

El Yo está solo en el vacío como un vigía. Un átomo solitario, por eso inerme, por eso puede ser revestido, enmascarado. Es la persona la que cualifica esta tierra de nadie que es el vacío, la que se apropia de un vacío donde conducir al Yo encerrado como en una cápsula. Pues el Yo es atención simplemente, mientras que la persona es voluntad y como es voluntad es también alma, tiene su raíz hundida en el querer, en la pasión. Es el punto avanzado de la pasión y la libertad que no se desliga, por eso conquista y sitúa al Yo más allá, en un punto inédito, fuera del alcance de la pasión y de la situación. Sin esta escapada moriríamos víctimas de la situación.

Cada situación apurada rectamente, cada finalidad cumplida engendran nueva vida, como unidad semejante al uno primero. Entonces, ¿por qué la muerte? La persona tiende a abandonar al individuo, tiende incesantemente hacia la libertad, hacia una finalidad más desligada, más libre si puede decirse. La muerte viene hacia nosotros y viene con el carácter absoluto de los sueños, viene como un sueño; es un sueño, el sueño total. Mas no quiere esto decir que en él nos durmamos para siempre sino al revés, en él despertamos enteramente, por eso se presenta como un cuerpo, el que de nosotros se desgaja. El cuerpo que cae con su tiempo ya vivido para que seamos enteramente libres.

La muerte es el sueño paradigmático, total, acabado, absoluto,

insoluble. El sueño que no puede disolverse por ser lo ya vivido, la historia que queda, lo ya formado en nuestra vida, por eso: ser. Ser en sentido del ser de Aristóteles según la crítica de Ortega: lo ya hecho. La muerte es propiamente lo que hacemos. Lo cual acaba de mostrar el carácter moral de la vida, se quiera o no tener moral, pues ya se tiene por el simple hecho que es estar haciendo nuestra muerte. Rilke lo sintió y lo vio.

Por eso la muerte se presenta como un sueño, pues no hay sueños sino del pasado, del pasado desde el futuro. Y como el futuro es ese punto vacío a partir del cual se abre, lo abrimos en sueños y por eso aparecen a veces cosas del porvenir, pues el porvenir, lo que aun no ha sucedido, es ya pasado, puede serlo desde el futuro.

Los sueños son el dintel entre vida y muerte, participan de las dos, muestran la unidad de las dos, son el canto de la medalla, el bisel de la lámina, el corte de la madera, el espesor del tejido. Los sueños son transversales, cosa que vio sin comprenderla el inglés autor de Un experimento con el tiempo, Donne. Interpretó el tiempo como transversal, cuando lo transversal son los sueños, dintel entre vida y muerte. Mitad muerte, mitad vida, atemporales y capaces de representar, de albergar en esa atemporalidad todos los tiempos de la vida vaciados en la muerte. Y por ello son fugitivos y absolutos.

Los sueños se presentan como un absoluto. Por ello no pueden acabar de ser vividos. La *vivencia* del sueño se destaca de la de la vigilia ante todo por esto: en la vigilia vivimos cada uno de nuestros actos de conciencia, la vivencia se da plenamente, aunque exista también una especie de halo formado por vivencias nebulosas, por una masa de vivencias, especie de atmósfera en medio de la cual juegan, como personajes de un drama, las vivencias plenamente vividas; las protagonistas de cada uno de nuestros momentos.

Mas en los sueños no se vive propiamente; se sueña. Y esto que es tan obvio, es la clave de todo. Pues los sueños son, por su carácter absoluto, algo así como el vaciado de la vida en la muerte, como el movimiento en la inmovilidad. Su carácter común y más inmediato es la fijeza, aunque en ellos sintamos que nos movemos, que vamos de uno a otro lugar. Todos estos movimientos son sufridos, y no son modificables a voluntad. Nos movemos sin poseer la clave de nuestros movimientos, la capacidad de poder suspenderlos o cambiarlos en otros diferentes. Por eso poco importa lo que en sueños nos suceda en cuanto a este carácter de absoluto que los sueños tienen.

¿De dónde proviene el absoluto de los sueños? Un desconocido juega con ellos, tras de ellos. La impresión que todos nos dejan es la de encontrarnos ante algo, no ante alguien. Y, sin embargo, ellos son nuestro espejo. Así nos encontramos también cuando de improviso nos vemos reflejados en un espejo. Basta pues el vernos para sentir esta impresión inequívoca de algo absoluto. Mas en el espejo vemos nuestra imagen

reflejada fuera de nosotros mismos, nos vemos proyectados fuera, como si fuésemos otro. Un otro al cual no tenemos posibilidad de ver enteramente, según acontece a la visión del prójimo.

Nos vemos pues, no en el medio de la vida, sino en el medio del conocimiento, donde las cosas se representan y se detienen, se fijan para destacarse. En la imagen que el espejo ofrece, encontramos tan sólo un aspecto de nuestra figura física, un instante de nuestra expresión en una imagen fragmentaria. Por eso la rechazamos, aunque sea bella; nos horroriza, no puede ser aceptada; pues la unidad del ser viviente rechaza como degradación, y aun calumnia, su descomposición fragmentaria. Aunque sólo sea porque la fragmentación de la vida la reduce a muerte, al ser. El espejo nos dice así eres. Y es cierto, en tanto que ser, desde el ser así somos. Mas no es cierto, porque es sólo un instante y es quietud aunque nos estemos moviendo, y es parcial; si acaso cedemos al juego propio de la adolescencia, de movernos frente al espejo para conocernos mejor. Y aun así se siente la calumnia del espejo, el análisis en lugar de la síntesis.

Porque conocernos sería vernos en unidad, en una unidad viviente que incluye todos los aspectos de nuestra vida y de nuestra persona y figura, mas eso sólo podría acontecer si nos viésemos, al par, en todo nuestro tiempo, pasado y futuro y en algo más que el transcurrir plano de la temporalidad; si se realizase la informulada esperanza de vernos en todos nuestros tiempos y al par en un supratiempo, que nos libere y nos salve de toda servidumbre de la temporalidad. Pues sólo desde un lugar atemporal, mas que incluya la temporalidad, toda la temporalidad, podríamos vernos en la realidad verdadera.

Por eso toda imagen parcial de nosotros en términos de ser nos parece calumniosa. No sólo la del espejo y las de los sueños, sino aun las que se desprenden de nuestra vida, las ofrecidas por los demás en su visión o en su recuerdo, lo que llamamos nuestra historia. Nadie en verdad acepta su historia, a lo menos como le es contada. Y pocos pueden contársela a sí mismos, siendo él el término de ella misma. Pues toda historia acaba cuando es contada.

La verdad en los sueños

En el absoluto de los sueños, emerge en algunos el carácter terrificante de la verdad. Terrificante no porque la verdad, la determinada verdad que aparezca, lo sea, sino simplemente porque es una verdad, porque es simplemente verdad.

Las verdades que en la vigilia obtenemos tienen este carácter de ser *obtenidas,* justamente; de que se nos revelan tras largo esfuerzo, tras de mucho haberlas perseguido. Mientras que las del sueño vienen a nuestro

encuentro. Y esto solamente sucede —en la vigilia— en los momentos escasos y decisivos, tal la muerte y su inminencia; el desenlace de una situación absurda por largo tiempo mantenida, una catástrofe que revela el mal oculto, los instantes llamados de *desenlace,* instantes típicos de la tragedia, sin los cuales ninguna tragedia existe.

En los sueños, pues, la verdad aparece trágicamente, viniendo a nuestro encuentro como una sorpresa, en la atemporalidad. Sucede que es justamente en los sueños puramente atemporales, en la más estricta atemporalidad, donde la verdad se muestra. La verdad objetiva. Y por ello pertenece al aspecto absoluto de los sueños, que se realiza cumplidamente tan sólo en los sueños de pura atemporalidad.

Mientras que en los sueños donde se desliza un átomo de tiempo, son la realización de una acción, el punto culminante de un proceso personal. Sueños de la persona según los hemos llamado. Sería lógico, de acuerdo con la lógica de la vigilia, pensar que sería en estos sueños de la persona donde la verdad venga a nuestro encuentro. Y así lo pensamos al buscarla despiertos. Por ello, lo que más valor tiene de estas verdades de la vigilia, es la acción de ir a buscarla. Lo cual está en la raíz misma de la actividad filosófica, lo que se puede llamar la *ética de la verdad;* la integración de la persona por ella. Pero a cambio de esto no hay mucha garantía de que la verdad sea encontrada tanto como es buscada, pues la mente despierta obtura con su lógica, con su estática estructura, con sus ideas, juicios y opiniones la aparición de la verdad. Nos referimos especialmente a las verdades que aquí nos interesan, que aquí son cuestión, las verdades de la vida.

En sueños aparecen separadas la verdad y la persona. En los sueños de la persona aparece, sí, la verdad, mas la verdad activa de la vida personal: la acción. Ha de ser así, ello mismo indica que la esencia de la persona es un movimiento, un proceso.

La verdad viene a nuestro encuentro en sueños, como algo absoluto en los sueños puramente atemporales. Viene pues a nuestro encuentro como absoluto, como verdad pura. Como verdad sin sujeto. Y, por ello, terrificante verdad pura, que llega de más allá de los confines de la tierra conocida. No es nuestra, no nos encontramos en ella; no encontramos nuestro esfuerzo ni siquiera nuestro afán de conocerla. Es una desconocida que avanza y se fija ante nosotros sin tiempo. Indeleble, sin relación con nada. Fuera de la memoria y del olvido. Ella sola. Como la misma muerte. Como si la verdad fuese, en el absoluto de los sueños, rostro y voz de la muerte.

Y al ser así es la absoluta objetividad, esa que en la vigilia busca el pensamiento y que sólo ha encontrado en algunos instantes de intuición intelectual pura, como en el Uno de Parménides.

La verdad que llega en sueños participa pues del Uno de Parménides y de la verdad de la tragedia. Es pues el instante trágico y objetivo. La

muerte. La verdad en sueños es como la muerte, intangible, inabordable, insoluble.

La procesión de los sueños

Salen los sueños como una procesión. De un interior, de una caverna donde queda el misterio último, de una oscuridad rasgada por luces inaccesibles. El tiempo tampoco existe en las procesiones; se arrastran como una tenia. Y cada figura es una aparición velada cuya identidad en la vigilia es otra. Pues todas las procesiones son representación del camino de la vida y, a su vez, camino en una especie de muerte. Muerte, por ser vida aparte, sin transcripción posible. Vida autónoma. Es el aspecto en que se muestra la autonomía de los sueños; su salida que obedece a una invisible señal. Y el estarse cumpliendo algo.

Lo que se cumple es una manifestación de imágenes, escenas. Todo bajo un signo que cualifica y define sin declararse. Y no parece que exista otra finalidad a la vista de esta salida y de esta manifestación que un cumplimiento. Se manifiesta algo escondido en una cripta. Y la primera significación que tiene es doble: hacerse visible y entrar en movimiento algo, movilidad de lo inmóvil.

Hay algo, una imagen central que es llevada, arrastrada, sacada en procesión: es el Yo revestido. Aparece al fin en una clase de sueños y ahí cesa la procesión, como si todos los personajes enmascarados o descubiertos le hubieran precedido para sacarle. Son personajes del pasado que preceden a este último, diferente en cualidad y en materia, misterioso aunque aparezca limpio y descubierto. Es el pasado más ancestral, resuelto en vía hacia el futuro.

Todo sueño, por el hecho mismo de formarse, es movimiento procesional de imágenes del pasado, de escenas que aluden, o quizá representan, a conflictos habidos ya. Teatro resumido y abreviado que deja libre un hueco al final en que aparece la imagen única, irreductible a las demás, portadora de la solución de los diversos conflictos aludidos en la historia manifestada.

Esto en lo que se refiere al carácter absoluto de los sueños. Pero ello no es lo único que los destaca de la vigilia, pues que sólo eso los situaría a la par que los momentos en que algo con carácter absoluto se presenta dentro de ella.

Pero sucede que estos momentos de la vigilia se dan dentro de la realidad, o más precisamente del estar abierto a ella.

El sueño que se sigue

Pues hay la angustia que precede a la procesión, y aun la ansiedad que precede a la salida de la cripta. Todos los sueños están desatados por una cierta angustia. Por ello en los periodos particularmente angustiosos se multiplican hasta formar un mundo aparte y paralelo al de la vigilia y más real que él. La vida de la vigilia es pálida y desprovista de significado frente a ellos. Un paso y es la locura, el caer bajo esta manifestación espontánea sustraída a la voluntad y al tiempo en el cual podemos actuar. Por ello en tales periodos es decisiva la imagen salvadora.

Es el centro, el fin de esta procesión. La imagen salvadora que va al final y que cuando aparece redime todas las máscaras que la han precedido. Cuando es ella sola la que constituye el sueño, se trata de un sueño regenerador que puede tener hasta virtudes curativas.

La imagen que ha sido apresada en la poesía es Beatriz, Dulcinea, la que preside la creación poética personal. La guía. Y es en realidad la propia alma destacada, libre, activa. Su revelación atrae, desata la manifestación del infierno en todos sus grados, de todos los conflictos, los saca fuera, los lanza a la representación. Hace al pasado que salga de su caverna, lo obliga a salir para ir desvaneciéndose, borrándose, consumiéndose.

Por su parte, los sueños serían en principio un trozo de realidad en tanto que aspectos de la vida del sujeto: un acontecimiento de su vida a retener o a olvidar, como otro cualquiera y si sólo así fueran, lo serían en modo diferente a como constituyen y revelan la realidad del sujeto, su vivir de la vigilia. Pues la realidad —sea la objetiva o la del propio sujeto— se caracteriza por su seguirse. A través del abismo del sueño y del soñar, en cada despertar, se continúa la marcha de la vida. Del otro lado, como lado en sombra, la serie de sueños donde no parece existir continuidad alguna. Por ello no pueden ser aceptados como realidad. Por ello su carácter absoluto se acentúa y les es atribuido como exclusivo —existe este fácil peligro—. Pues no aparece visible su ilación. Y en cada mañana los sueños se hunden en la realidad del día para desaparecer sin dejar rastro de sí. Eso es al menos lo que se entiende. Y sólo a título de excepción el hombre normal recuerda un sueño por su intensidad emotiva o por alguna oscura alusión que su contenido encierra.

Los sueños son el intra-acontecimiento por antonomasia: íntimo y extraño en grado máximo. Mientras que aun lo más interno de las vivencias de la vigilia forma parte de su seguirse, de su continuidad, de su sistema. Los sueños carecen de transcendencia al darse sueltos, sin sucesión, sin continuidad en su trama.

¿Cómo pueden ser asimilados, incorporados a la vida de la vigilia,

abierta a través del fluir temporal a la realidad? Para que así pudiese suceder tendrían que ser ellos a su vez una continuidad, un sistema por simple que fuese, tendrían que aparecer en una conexión.

Y esto es justamente lo que a través de todo lo expuesto se sugiere; lo que habría de ser comprobado por dos caminos: la asimilación de su absoluto en la relatividad del fluir temporal, y la conexión íntima y a través de grandes lapsus, épocas de la vida de los sueños en un proceso de avance, en un perfeccionamiento de su propia realidad, de exponente del avance del sujeto, de la integración de la vida, de toda la vida, por la persona humana; del hacerse suya, íntima, propia, hasta en aquello que se caracteriza como más irreal o irreal simplemente por suelto, inconexo, fragmentario.

La verificación de este segundo proceso de apropiación de los sueños es visible en un tipo de sueños que se reproducen a partir de sí mismos, sin apenas estímulo externo, a partir del punto en que quedó interrumpido y que hemos llamado sueño-melodía: el sueño que se sigue. Mas como la melodía, en un avanzar que incluye un volver atrás, en una verdadera prosecución que es la libertad. Se trata pues, de la memoria total, integradora, activa, creadora.

Obras de María Zambrano publicadas en Ediciones Siruela:

Los bienaventurados (1990)

El hombre y lo divino (1991)

Los sueños y el tiempo (1992)

España, sueño y verdad (1994)

Séneca (1994)

La confesión: género literario (1995)

Persona y democracia (1996)

ISBN: 84-7844-432-7

Depósito legal: M-54 .873-2003 Impreso
en Rigormagrafic, S. L.